
Patience
LAS HERMANAS SHACKLEFORD
LIBRO 5
BEVERLEY WATTS

PATIENCE

LAS HERMANAS SHACKLEFORD

LIBRO CINCO



BEVERLEY WATTS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Nota de la Autora
Contacta conmigo
Charity
Sinopsis Charity
Serie «Las hermanas Shackleford»
Sobre la autora

CAPÍTULO 1



Maximilian Wolverton, décimo marqués de Guildford, observaba cómo el collar de diamantes y zafiros favorito de su bisabuela se paseaba por el salón de baile.

Su expresión era del todo impasible, mientras fingía sorber el champán con un hastío cuidadosamente ensayado. En realidad, el líquido tibio jamás habría logrado pasar entre sus apretados dientes.

Y ese, precisamente, era el motivo por el que había decidido asistir a su primer baile en casi tres años. En efecto, el collar era la segunda joya que había detectado esa noche y que, por derecho, debería estar guardada bajo llave en los cofres de los Wolverton. En lugar de eso, la lucía una dama de la alta sociedad.

—Guildford, hace siglos que no tenemos el placer de su compañía. ¿Acaso piensa honrarnos con su presencia esta Temporada? —La voz femenina le susurró directamente en su oído derecho.

Max cerró los ojos un instante e hizo un esfuerzo titánico por tragarse la indignación. No podía permitirse ofender a las madres ambiciosas que buscaban esposo para sus hijas en el mercado matrimonial de la próxima Temporada, por mucho que él detestara semejante pantomima.

Ahora que tenía la certeza de que todo estaba tan mal como había temido, iba a necesitar ganarse su favor, especialmente, el de aquellas matronas cuyas hijas vinieran acompañadas de una dote considerable. Cuanto mayor, mejor, dado que en ese momento Max no tenía un penique.

Conteniendo su furia, se volvió hacia su interlocutora.

—Lady Bellamy —ronroneó, inclinándose sobre la mano que ella le tendía—, qué alegría volver a verla.

—Percy, no tengo la menor duda, ninguna en absoluto: esto es un desastre total, absoluto y... y... Inequívoco. —Sin esperar respuesta de su sufrido coadjutor, el reverendo Augustus Shackleford se dejó caer en la única silla de la sacristía—. ¿Por qué? ¿Por qué? —se lamentó, alzando la vista al techo, lo cual indicaba con claridad que la pregunta no iba dirigida a Percy.

Este soltó un suspiro, se incorporó y dejó con cuidado el candelabro medio limpio sobre la mesa.

—¿Ha ocurrido algo, señor? —preguntó con cautela, bastante seguro de que no quería saber la respuesta.

—¡Bien que lo preguntas, Percy, bien que lo preguntas! —exclamó el reverendo, hundiéndose aún más en la silla—. Uno pensaría que, con todo el bien que he hecho, el Altísimo podría concederme un mísero respiro. —Le dirigió una mirada feroz al coadjutor, como si de algún modo todo aquello fuera culpa suya. Acostumbrado como estaba a tales escenas, Percy simplemente lo observó con escepticismo y esperó—. Mis dos hijas mayores..., las más entrometidas..., han tenido de pronto la absurda idea de ocuparse de ella personalmente y buscarle un... —El reverendo se calló de repente, cerró los ojos y pareció abrumado por la magnitud de la catástrofe, fuera la que fuese.

Sin saber qué otra cosa hacer, Percy dio un paso adelante y le dio unas palmaditas torpes en la espalda.

—Seguro que no puede ser tan grave, señor —murmuró, del todo convencido de que, tratándose de los Shackleford, no podría ser de otro modo.

El reverendo emitió un gemido desesperado y lo acompañó con un suspiro tan hondo que Percy temió que se echara a llorar.

—Se trata de Patience —logró decir por fin el vicario—. Quieren buscarle un maldito esposo...

—¡Maldita sea! —masculló Patience mientras arrancaba de un tirón una rama que la ocultaba de miradas indiscretas. Rememoraba los acontecimientos que la habían llevado hasta su actual posición, encaramada en lo alto de un manzano en el descuidado jardín de la vicaría.

El día había comenzado bastante prometedor. Había conseguido convencer a su padre y a su madrastra, durante el desayuno, para que le dieran permiso para llevar a sus hermanas y a su hermano a las celebraciones del Domingo de Pascua en el pueblo. Una vez obtenido su consentimiento, había propuesto sacar a los niños de la vicaría bien temprano para que su padre pudiera concentrarse por completo en la guía espiritual de sus feligreses en una jornada tan señalada.

Su argumento había sido tan persuasivo que logró parecer noble y abnegada. En realidad, su único propósito era librarse del interminable sermón de Pascua de Percy. El año anterior, su padre lo había leído a la velocidad del rayo y aun así había durado más de dos horas.

Por supuesto, el reverendo Shackleford era perfectamente consciente del verdadero motivo del repentino altruismo de su hija, pero, sabiendo que Patience podía argumentar durante horas con tal de salirse con la suya, decidió rendirse a lo inevitable.

También pesaba el hecho de que, sin duda alguna, ella iba a hacerlo de todos modos, con o sin su permiso, y al menos, al dárselo, él

podía conservar la ilusión de que aún tenía un mínimo control sobre su hija más audaz.

Patience, por su parte, no perdió ni un segundo en preguntarse por qué su padre había accedido. Le bastaba con que lo hubiera hecho.

Fue justo al levantarse de la mesa cuando todo se fue al infierno. Estaba entretenida robando unos bollos dulces para llevárselos más tarde cuando llegó una misiva de su hermana Temperance.

Como Tempy acababa de dar a luz a un niño, cuyos pulmones —según Patience—, lo convertían ya en candidato a pregonero oficial del pueblo, no prestó atención mientras su padre comenzaba a leer la carta en voz alta. Solo cuando él hizo una pausa al cabo de unos segundos, dejando un silencio tan denso como inquietante, ella alzó la vista con el ceño fruncido. El rostro de puro terror que se había apoderado de su padre la obligó a tragar saliva con aprensión mientras miraba a su alrededor.

Pero fue el lamento inesperado de Agnes, su madrastra, el que de verdad le heló la sangre. Aun así, no comprendió del todo el motivo hasta que la mujer dijo con un chillido:

—¡Haz algo, Augustus! Si dejan que esa salvaje ponga un pie a menos de cien millas de la Temporada londinense, Anthony se pasará el resto de su vida como... como... —Soltó un sollozo antes de rematar en un susurro horrorizado—: ¡Como un vicario!

Ignorando el drama de Agnes, Patience le arrebató la carta a su padre y leyó su contenido. Era mucho, muchísimo peor de lo que habría imaginado.

En ella, Temperance anunciaba la intención de su esposo, el conde de Ravenstone, de patrocinar la presentación de Patience en la próxima Temporada. La carta declaraba, sin rodeos, que la difunta madre de la muchacha —que Dios la tuviera en su gloria— se revolvería en su tumba si permitían que Patience siguiera campando a sus anchas. (Las palabras exactas no eran, ni de lejos, propias de

una dama, y mucho menos de una dama casada con un noble). La carta concluía con la afirmación de que tanto ella como Grace se proponían encontrarle un marido a su hermana menor.

«Lo antes posible. Antes de que todas acaben con sus reputaciones arruinadas».

Bueno, esa última frase no estaba escrita, pero Patience no albergaba la menor duda de que era lo que sus hermanas querían decir de verdad.

Ignorando la caída dramática de su madrastra sobre el diván —donde Prudence le pasaba por las narices sus sales aromáticas con un inquietante entusiasmo—, Patience alzó la vista del papel y la clavó en su padre, cuya expresión reflejaba el mismo espanto que sentía ella.

Se había puesto tan pálido que a Patience no le cupo duda de su genuino pavor ante la idea de que la hija menor de su primera esposa fuera presentada en sociedad. Por un instante, Patience no supo si sentirse aliviada o ligeramente ofendida, pero entonces la realidad se impuso. Su padre tenía toda la razón para estar alarmado.

En verdad, Patience era —más aún que cualquiera de sus hermanas— inadecuada por completo para el matrimonio, y mucho más para casarse con un hombre de fortuna, lo cual era, obviamente, la intención de Grace y Tempy. El último pretendiente que había intentado acercarse a ella no repitió la experiencia, y la reputación de Patience en el pueblo había tocado fondo tras el episodio en el corral de los cerdos del viejo Bernard. Y eso que ni siquiera se trataba de gente con posibles.

No. Patience lo tenía claro mientras se acomodaba con terquedad entre las ramas del manzano:

Si tenía que celebrarse una quinta boda de las hermanas Shackleford..., desde luego, no iba a ser la suya.

Max miraba el fondo ambarino de su copa de *brandy*. Eran las dos de la madrugada y él se sentía agotado hasta los huesos. En conjunto, a lo largo de toda la velada, había reconocido un collar, una pulsera y dos sortijas de diamantes.

Todas las joyas, sin duda, habían sido vendidas por su hermano Hugo, ese pájaro de mal vivir.

En realidad, Max solo podía culparse a sí mismo. El deseo de ser útil a su rey le había llevado a descuidar sus propios asuntos. Pero no fue el saqueo de sus posesiones lo que lo había traído de vuelta a casa; Max no abrió los ojos ante la perfidia de su hermano hasta que ya estaba de regreso en Londres.

Lo que en verdad lo había obligado a abandonar su puesto junto a Wellesley en Portugal había sido el definitivo descenso del rey hacia la locura y la petición personal que la reina Carlota le había hecho para que regresara con urgencia. Para cuando Max llegó a Inglaterra, el hijo de Jorge III ya actuaba como Príncipe Regente y, para sorpresa de Max, Hugo parecía firmemente instalado en los favores de Prinny[1], pese a la diferencia de edad entre ambos.

Aquello no era del todo inverosímil: la familia Wolverton había tenido siempre estrechos lazos con la Corona, y el padre de Max, el noveno marqués, mantenía en particular una amistad leal y de larga duración con Jorge III. Tan estrecha era esa relación que el propio monarca había sido padrino de Hugo, mientras que la reina Carlota había sido madrina de Max. Tras la muerte de sus padres en un accidente de carruaje, Su Majestad se había hecho cargo de los chicos de manera no oficial.

Ambos se habían educado en Eton y luego en Oxford bajo la atenta mirada del rey y la reina. Pero mientras Max había brillado en la mayoría de las asignaturas, saliendo de Oxford con una nota sobresaliente en matemáticas, Hugo se había limitado a correr juergas y a esperar que su hermano mayor le sacara de las diversas meteduras de pata en que se metía.

A sus veintiún años, el atractivo físico de Max le había acelerado el corazón a más de una debutante. El joven marqués medía casi dos metros y tenía el cabello negro como el ala de un cuervo y unos penetrantes ojos azules; le resultaba difícil pasar desapercibido en un salón abarrotado. Lástima que rara vez asistiera a los bailes que tanto adoraba la alta sociedad.

La verdad era que Max siempre se había sentido mucho más a gusto en su propia compañía. A diferencia de su hermano, nunca había sido un donjuán. Claro que tuvo sus escarceos —su popularidad entre las damas hacía que jamás le faltaran proposiciones—, pero ninguna mujer consiguió atraparle el corazón. Quizá porque procuraba dispensar sus atenciones a aquellas damas que solo buscaban una distracción pasajera.

Se decía que, para más de una joven embelesada, él era algo más que un simple entretenimiento, lo que ponía a los cotillas de la alta sociedad en plena efervescencia; aun así, Max se cuidaba de no provocar jamás la ira de Su Majestad la Reina en su trato con las damas de la nobleza. Hasta ahora había sorteado con habilidad las intrigas de las madres ambiciosas que querían casar a sus hijas con él. Aunque su popularidad no decayó, Max siguió siendo deliberadamente esquivo y su corazón había permanecido siendo suyo.

Hugo, en cambio, era otra historia. Apenas diez meses menor que Max, su paso por Oxford le valió la fama de ser mucho más sociable que su hermano. Su entrada en sociedad había sido entusiasta y desmedida, hasta el punto de que muchos de los miembros más prudentes le consideraron excesivamente sociable, y más de un escándalo se evitó por los pelos gracias a la intervención de Max. Conociéndole como le conocía, Max debería haber sabido que dejar el marquesado al cuidado de Hugo era tentar a la suerte.

Nada más regresar de Portugal, Max acudió sin demora a presentar sus respetos a la Reina. Su Majestad estaba abatida, incluso con lágrimas en los ojos, como cabía esperar, pero se mostraba resuelta

a seguir siendo la guardiana del rey, aunque su hijo ejerciera como regente. Quedó claro que Carlota quería contar con Max como una suerte de confidente: su relación era lo bastante íntima como para que pocos la conocieran, y la reina necesitaba a alguien ajeno a las intrigas palaciegas que la escuchara sin mezclarse en política.

Aunque Max siempre había sido demasiado franco para granjearse favores en el parlamento, esa misma sinceridad lo había hecho imprescindible para Su Majestad como enviado en los campos de batalla de Portugal. Ahora que él estaba de vuelta, la reina dejó patente que deseaba valerse de su consejo directo en asuntos privados.

Una vez acabada su audiencia con la reina, Max intentó localizar a su hermano, pero le dijeron que estaba en Brighton con el príncipe, por lo que decidió dirigirse de inmediato hacia Guildford Hall, la finca familiar en Sussex, para ponerse al día con las cuentas de los Wolverton. Al repasar los papeles, una mezcla de indignación, asco y miedo le revolvió las entrañas. En seguida mandó una carta ordenando a su hermano menor que se presentara ese mismo día. Hugo podía escudarse tras la sombra de Prinny, pero no osaría desobedecer una petición formal del marqués de Guildford, aunque ese marqués fuera su propio hermano.

Sin embargo, la conversación no fue en absoluto como Max había esperado. Hugo se mostró desdeñoso al principio y, al verse acorralado, respondió con un insolente desafío. Aunque había pasado sus veintitantos años en el círculo del príncipe de Gales, como hijo segundo no disponía de fondos para relacionarse de verdad con el heredero. Pero en cuanto Max abandonó el país, Hugo no perdió tiempo en agasajar al príncipe, que por entonces ya se había deshecho de una esposa y había contraído un nuevo matrimonio en un intento de apaciguar a su padre y convencer al parlamento para que atendiera sus crecientes deudas.

La segunda boda de Su Alteza con Carolina de Brunswick no aminoró en nada los excesos del príncipe —su glotonería, su afición

a la bebida y sus aventuras con las mujeres—, sobre todo, porque ambos se habían detestado desde su primer encuentro. Naturalmente, las deudas de Jorge no dejaron de crecer, y Max no tuvo dificultad en imaginar lo bien que habían sonado a los oídos del príncipe las afirmaciones despreocupadas de Hugo al asegurar que las arcas de Guildford bastaban para sufragar sus caprichos. El príncipe, por supuesto, no se molestó en preguntar si el marqués realmente había concedido carta blanca a su hermano para gastar a discreción, o incluso para vender las joyas de la familia.

Así, Max había encontrado la finca casi en quiebra y la mayor parte de las alhajas desaparecidas.

La discusión terminó cuando Hugo se marchó hecho una furia, negándose a responder a más preguntas. Cuando Max se serenó al fin, tuvo que admitir que Hugo estaba tan pegado al culo del ahora Príncipe Regente que él tenía las manos atadas. Aunque Su Majestad la Reina sintiera afecto por su ahijado, jamás consentiría acusar al príncipe de haber colaborado en el saqueo de las arcas de los Wolverton —ya fuera con conocimiento de causa o sin él—. La implicación de Su Alteza impedía a Max reprender públicamente a su hermano; si la nobleza sospechara siquiera de la perfidia de Hugo, y más aún del destino del dinero gastado, la familia Wolverton no solo no se recuperaría del escándalo, sino que probablemente perdería lo poco que le quedaba.

En resumen: Hugo era intocable. Y Max lo sabía.

Maldijo por lo bajo mientras se servía otra copa y se dejó caer en la silla. Por todos los diablos, no podía creer que hubiese confiado en el sinvergüenza de su hermano. Nada de lo que Hugo había hecho desde niño daba pie a pensar que fuera digno de esa confianza.

La verdad era que, aunque el deber de Max con el marquesado debía haber sido lo primero, ya no podía negar que lo había relegado a un segundo plano. Sencillamente, él había preferido jugar a los soldados.

Al haberse convertido en marqués siendo aún muy joven, apenas había conocido otra cosa que la obligación. Siempre le estaría agradecido a la reina por haberle exigido que completara sus estudios antes de asumir la dignidad de su título, pero eso le hizo pasar directamente de Oxford a las responsabilidades de gestionar una gran finca.

Al principio no resultó tan absorbente: la mayor parte de la contabilidad la llevaba el administrador de la hacienda. Pero Fielding había sido empleado de su padre y la edad le pasó factura, por lo que Max tuvo que llevar él mismo las cuentas.

Aunque vivía a gusto en la soledad de Guildford Hall, seguía con interés las campañas del capitán general Wellesley en la guerra de la península ibérica, y cuando a Max se le presentó la oportunidad de tomar parte, no lo dudó: se dijo a sí mismo que ya iba siendo hora de que su hermano menor asumiera responsabilidades.

¿Cómo había podido ser tan ingenuo?

Y allí estaba ahora, embriagándose para no pensar en que necesitaba encontrar una esposa rica. Siempre había supuesto que acabaría casándose, sí, pero no de esta forma. Ni en mil años habría imaginado que tendría que casarse por dinero, ni humillarse reconociendo que los Wolverton lo habían perdido casi todo sin explicar cómo. Los chismosos no tardarían en lanzarse a la caza de conjeturas.

Max sacudió la cabeza y recordó el collar de diamantes que había visto en el cuello de aquella joven del baile. Nadie pareció darse cuenta de que se trataba de una de las joyas de su familia. Era una pieza valiosa, sí, pero poco identificable. Al menos en eso su hermano había sido hábil.

Pero no lo había sido con Sepideh.

Max rememoró la primera vez que su padre le mostró el perfecto diamante rosado. Él solo tenía diez años.

«Se lo regaló el propio *shah* de Persia a tu bisabuelo, en agradecimiento por haber salvado la vida de su hija», le había dicho al entregarle la gema. Max la había sostenido con fuerza, temeroso de dejarla caer.

«Es el diamante más grande del mundo», había susurrado Max con asombro, alzándolo hacia la luz.

Su padre había sonreído y luego había negado con la cabeza.

«Se talló a partir de otra piedra aún mayor, llamada «la Gran Tabla», la cual, según cuentan, adornó el trono del emperador mogol *Shah* Jahan. La leyenda dice que la Gran Tabla se dividió en tres partes, y esta es la más pequeña, conocida como Sepideh, que significa «amanecer». Es el mayor legado de la familia Wolverton, y cuando yo muera será tu responsabilidad. Tiene un valor incalculable, Max. Cuídala bien. Puede que algún día la necesites».

La siguiente vez que Max vio el diamante fue en el funeral de sus padres. En aquel entonces pensó que lo intercambiaría sin dudar por sus vidas. No volvió a pensar en la gema desde aquel día, y Sepideh permaneció guardada en Guildford Hall, en una cámara acorazada hecha a medida.

Hasta ahora.

Hasta que Hugo, de algún modo, puso en ella sus sucias manos. Quienquiera que fuese el comprador, este no se atrevería a exhibirla en público, pero alguien la tenía y sabía perfectamente que su venta había sido ilegal, por lo que le habría pagado a Hugo una miseria por ella. Max estaba decidido a averiguar su identidad y a recuperar el diamante, aunque tuviera que estrangular a su hermano para lograrlo.

---

1 Nota de la traductora: apodo del futuro Jorge IV, Príncipe Regente.

CAPÍTULO 2



—Entonces, ¿qué piensa al respecto, padre?

El reverendo Shackleford frunció el ceño y miró por encima de su escritorio a Patience, que daba golpecitos impacientes con el pie.

—Pues que no sería una mala idea que empezaras a mejorar tu conducta —murmuró él con exasperación.

—No puedo cambiar mi carácter más de lo que puede hacerlo usted —replicó ella. Para sorpresa del reverendo, su hija parecía al borde del llanto—. Tenemos que acabar con esta farsa, padre. No deseo casarme. Los dos sabemos que solo seré un estorbo para cualquier hombre lo bastante insensato como para pedirme en matrimonio. —Parpadeó varias veces, conteniendo las lágrimas—. Incluso aunque consiguiera no hacer el ridículo —o algo peor— durante toda la Temporada, estamos hablando del resto de mi vida.

La palabra *vida* resonó tan alto que se oyó por toda la vicaría, sobre todo en el pasillo, donde Agnes y los cuatro hijos menores de los Shackleford escuchaban a escondidas tras la puerta del despacho.

—Bueno, fíjate en Temperance —intentó calmarla el reverendo—. En verdad, era mucho peor que tú, hija mía, y ahora..., bueno..., me han dicho que es toda una sensación.

—¡No quiero ser toda una sensación! —sollozó Patience, tan desesperada que a su padre le recorrió un escalofrío. No estaba acostumbrado a lidiar con escenas femeninas; prefería resolver los problemas discretamente, por decirlo así. Observó con inquietud el rostro encendido de su hija y se preguntó si la muchacha no estaría a punto de sufrir una apoplejía.

—¡Agnes! —gritó el señor Shackleford, sin saber que su esposa se hallaba justo al otro lado de la puerta. Apenas pronunció su nombre, la puerta del despacho se abrió de golpe, y el reverendo estuvo a punto de caerse de la silla.

—Coincido por completo —declaró Agnes sin preámbulos—. Augustus —continuó con una energía inesperada—, tenemos que actuar si no queremos convertirnos en el hazmerreír de la parroquia.

—Cálmate, mujer —protestó el reverendo, frunciendo el ceño—. Seguro que no es para tanto.

—Lo es, y bien que lo sabes —replicó ella, indignada.

El reverendo Shackleford, que hasta ese momento había pensado lo mismo, se sintió de pronto a la defensiva al ver a su esposa tan alterada.

—Bueno —resopló él, sin pensar lo que decía—, al menos, ella no estuvo a punto de lanzar a la reina de Inglaterra al estanque de los patos.

El silencio que siguió fue tan absoluto que incluso Freddy levantó la vista. Todos en la casa parecían estar conteniendo el aliento.

En aquel preciso instante, el reverendo Shackleford habría vendido su alma al diablo si este le hubiera concedido retroceder treinta segundos en el tiempo. El rostro de Agnes había adquirido un tono violáceo mientras abría y cerraba la boca sin emitir sonido alguno. Más tarde, Charity comentaría que su madrastra le recordó a las carpas *koi* del nuevo estanque del duque de Blackmore: el parecido en el color era asombroso.

Él la miró sin decir palabra y alcanzó a ver de reojo a sus cuatro hijos menores, que lo contemplaban con los ojos muy abiertos, como si se hubiera vuelto loco de remate. Uno a uno salieron de puntillas, seguidos rápidamente por Freddy. «Traidor», pensó el reverendo, sin apartar la vista de su esposa.

—Lo que trataba de decir... —balbuceó él cuando el silencio se volvió insoportable, pero Agnes alzó la mano, deteniéndolo en seco.

—No deseo volver a hablar con usted jamás, Augustus Shackleford —declaró ella con todo el orgullo que pudo reunir—. Sacará sus cosas de mi alcoba de inmediato y, desde hoy, dormirá en el desván... o en el establo..., me da igual.

La palabra *establo* sonó varios tonos más agudos que el resto de la frase, y Agnes remató su discurso con un sollozo digno de la más trágica de las heroínas griegas.

Acto seguido, se giró sobre sus talones y salió tambaleándose hacia la puerta, como si el dolor la incapacitara para mantenerse en pie. Sin embargo, el portazo que siguió demostró que, si bien podía tener el corazón roto, su brazo derecho gozaba de excelente salud.

—Ahora sí que la ha hecho buena, padre —dijo Patience con total naturalidad—. Tendrá que ayudarme a salir de este lío, si quiere volver a dormir en su cama alguna vez.

Por desgracia, cuando tres días después llegó a la vicaría la señorita Felicity Beaumont, amiga de Grace, para comenzar las lecciones de etiqueta de Patience, ninguna de las dos conspiradoras había logrado idear un plan mínimamente razonable. La situación se volvía desesperada, más aún porque el reverendo había tenido que resignarse a compartir cama con Percy...

La señorita Beaumont, muy consciente de que su alumna no estaba en absoluto satisfecha con la situación, no esperaba precisamente una bienvenida entusiasta, aunque sí había confiado en recibir una mínima muestra de hospitalidad. Pero, como le contó aquella misma

noche a la duquesa de Blackmore durante la cena, el ambiente en la casa era tan lúgubre que cualquiera habría pensado que allí había muerto alguien.

Su pupila estaba, en general, hosca y poco colaboradora, y no ayudaba el hecho de que la idea que Patience tenía de la buena educación se limitara a no soltar blasfemias en público. La frase «maldita sea y que le parta un rayo», como la señorita Beaumont le aclaró el primer día, no era admisible ni siquiera en las circunstancias más extremas.

Naturalmente, Grace no deseaba que su vieja amiga pasara por semejante suplicio a diario y se sentía más que frustrada con su hermana. Llegó incluso a declarar que pensaba darle una buena reprimenda, pero la señorita Beaumont le recordó con suavidad si ya había olvidado su propio comportamiento durante los primeros meses de su matrimonio con el duque de Blackmore. Grace, algo avergonzada, reconoció que quizá estaba siendo demasiado severa con su hermana menor y accedió a conceder un mes de margen antes de intervenir.

Con todo, el hecho de que Grace había sido madre hacía poco no contribuía a su serenidad. Varias noches, al acostarse, le confesó a su esposo su sincera esperanza de que la pequeña Jennifer no heredara el tozudo carácter de los Shackleford. Nicholas, por toda respuesta, se limitó a resoplar con ironía.

—¡Por todos los Cielos, Percy Noon, tienes el trasero tan huesudo que podrías cascar nueces con él! —protestó el reverendo Shackleford—. ¡Muévete a tu lado de la cama!

—¿Qué lado? —replicó el joven coadjutor de mala gana—. ¡Si ocupa usted tres cuartas partes de la cama, señor!

Aquel arranque de audacia habría sido impensable en otras circunstancias, pero el propio Percy reconocía que aquello no era, ni

de lejos, una situación normal. Y si quería volver a dormir solo, tenía que afrontar el problema.

Miró de reojo al reverendo, que yacía boca arriba, mirando al techo. Por un instante, el corazón se le detuvo: creyó que el hombre había partido ya a mejor vida. Y Percy pensó, con ironía, que las palabras del reverendo «al menos no tendré que compartir orinal en el cielo» habían cobrado de repente un nuevo significado.

Cuando ya se disponía a darle un codazo para asegurarse de que seguía respirando, el reverendo soltó un largo suspiro y negó con la cabeza en la oscuridad.

—La verdad, muchacho —dijo con voz cansada—, por absurdo que parezca, esta vez solo puedo culparme a mí mismo.

Percy no podía estar más de acuerdo, aunque, sabiamente, se guardó de decirlo. Por lo general, había que llevarlo a rastras para participar en los líos del reverendo, casi siempre provocados por la incapacidad de este en mantener la nariz fuera de los asuntos ajenos. Pero en esta ocasión, si Percy quería recuperar su cama, no le quedaba más remedio que ofrecer su ayuda de forma voluntaria.

Ambos permanecieron callados mirando al techo, cada uno rumiando posibles soluciones.

Fue el reverendo quien habló por fin al cabo de un rato.

—Mi querido Percy, supongo que no estarías dispuesto a casarte con la muchacha, ¿verdad?

Dos semanas después de comenzar las clases, Patience estaba al borde del colapso. La situación se había vuelto aún más insostenible porque Felicity Beaumont era una de las pocas personas con las que realmente se sentía cómoda: era aguda, divertida, y más de una vez logró que Patience soltara una carcajada antes de que esta recordara por qué estaba allí la dama.

Además, era evidente que la señorita Beaumont había conseguido escapar de las garras del matrimonio, y Patience se moría de curiosidad por saber cómo lo había hecho. En cualquier otro momento, no habría tenido reparo en preguntárselo directamente, pero dado que la importancia de las buenas maneras parecía el eje central de todo lo que su mentora enseñaba, se sintió cohibida de una forma inexplicable, algo nada habitual en ella.

Siempre que Patience quería algo, era incansable en su empeño, incluso a costa de todo lo demás. De ordinario, disfrutaba de la soledad, le gustaba recorrer los caminos y prados de Blackmore, donde las apariencias no contaban y la etiqueta carecía de sentido. Tal vez, si hubiese sido guapa, con unos rizos rebeldes como los de Tempy enmarcándole el rostro, se sentiría de otro modo. Pero no era así, y su cabello, del color del barro y lacio como una vara, tampoco ayudaba.

Las pocas veces que se había mirado al espejo con detenimiento, había reconocido que tenía unos ojos bonitos, unos labios llenos y una piel clara, casi de porcelana. Pero en conjunto no pasaba de tener una cara corriente, fácil de olvidar.

¿Enamorarse? Para ella, las relaciones solo podían causar tormento. La idea de estar siempre a merced de la opinión de un hombre, vivir pendiente de su voluntad por el resto de sus días, le parecía una tortura. Y luego estaba el horror de la temida *tête-à-tête*[1]: Patience era algo más que franca; sus comentarios eran, como mucho, directos y, como poco, abiertamente ofensivos. De hecho, la mayoría de las conversaciones en las que participaba solían acabar obligando a su familia a tener que pedir disculpas en su nombre.

Patience solo podía suponer que sus hermanas preferían olvidar sus defectos, convencidas de que, si lograban casarla, pondrían fin de una vez por todas a sus excentricidades.

Suspiró y se levantó de la cama. Aquel día, ella, su padre y la señorita Beaumont debían asistir a un almuerzo formal en

Blackmore. Estaba claro que Grace había considerado prudente ofrecerle a su hermana la ocasión de desenvolverse en sociedad, ya que en dos semanas terminaría su educación a cargo de la señorita Beaumont y tendría que partir hacia Bath.

«Más dichosa charla insustancial», gruñó Patience para sí mientras se ponía a toda prisa su mejor vestido de día.

La señorita Beaumont le había explicado que, como patrocinador de su presentación en sociedad, el conde de Ravenstone había alquilado una espaciosa casa en una zona muy distinguida, justo en el centro de Bath. En cuanto se instalaran cómodamente, las damas se ocuparían de poner a punto el vestuario de Patience.

Según Felicity, la elección del guardarropa de una debutante solía hacerse en Londres y, dado que la Temporada ya estaba en pleno apogeo, parecía que no había tiempo que perder.

Sin embargo, después de lo ocurrido en la boda de Hope dieciocho meses atrás, se decidió aplazar la entrada de Patience en sociedad hasta después de la tradicional presentación de debutantes ante la reina Carlota, en abril. Incluso la propia Patience comenzaba a sudar solo de pensar en ser la causante de que los Shackleford volvieran a llamar la atención de Su Majestad.

Y no era para menos, porque temía que tendría que mostrarse escandalosamente maleducada para rechazar a cualquier pretendiente que se atreviera a pedir su mano. La verdad era que jamás creyó que aquella absurda idea llegaría tan lejos y, aunque no tenía intención de sabotear los planes de sus hermanas ni de avergonzar a la familia, temía que, llegado el momento, su falta de tino hiciera de las suyas sin que ella pudiera evitarlo.

Ya podía verse, por ejemplo, atándose la liga en público, y eso sin contar con el bochorno de tener que presentarse ante una reina a la que recordaba tambaleándose al borde de un estanque de patos.

—He oído que Bath está preciosa en esta época del año —declaró el reverendo Shackleford con ese tono suyo tan cargado de segundas intenciones, haciendo que a Grace se le encogiera el estómago.

Patience apenas oyó el comentario de su padre; estaba demasiado entretenida observando, con cierta angustia, las hileras de cubiertos alineados a ambos lados de su plato. No podía dejar de preguntarse cómo había logrado sobrevivir hasta entonces con una simple cuchara.

—En efecto —respondió Felicity Beaumont, sin notar la tensión que había invadido a la duquesa tras las palabras, aparentemente inocentes, del reverendo—. ¿Ha estado alguna vez en Bath, señor Shackleford? ¿Ha tomado las aguas, tal vez?

—No, no lo he hecho —repuso él con jovialidad—, y que yo sepa, la señora Shackleford tampoco.

Siguió un silencio sepulcral mientras el reverendo los miraba a ambos con expectación.

—Qui-quizá algún día tengan ocasión de hacerlo —tartamudeó Felicity al darse cuenta, demasiado tarde, de su desliz.

El silencio se prolongó hasta que Nicholas dejó el tenedor sobre la mesa.

—¿Debo entender, Augustus, que apreciaría una invitación? —preguntó el duque con un deje de ironía nada disimulado.

—Sería espléndido recibirla, por supuesto —contestó el reverendo, sin dudar un segundo.

Patience sintió una chispa de esperanza al ver la expresión radiante de su progenitor.

—Padre —dijo Grace—, ¿se da cuenta de que vamos a Bath para preparar el debut de Patience? Estaremos muy ocupadas, y tendría que buscar la manera de entretenerse por su cuenta.

Patience apenas logró contener una risa. Si su hermana había pensado que aquello bastaría para disuadir a su padre, estaba muy equivocada. No había nada que asegurara más el entusiasmo del reverendo Shackleford que saber que sus hijas no querían que él hiciera algo.

El elegante almuerzo se fue pronto al traste, en medio de una acalorada discusión sobre por qué sería una terrible idea que el reverendo —y, ya de paso, Agnes y Percy— los acompañaran a Bath.

Patience, entretanto, apenas los escuchaba.

Aquel giro inesperado podía resolver todos sus problemas. Si había alguien capaz de comportarse peor que ella, ese era su padre. Bastaría con que se mantuviera callada para no tener que preocuparse de avergonzar a sus hermanas.

Su padre lo haría por ella.

—¿Y qué hay de las gemelas, ...de Pru, ...de Anthony? ¿Y de Freddy? —protestó Grace, al borde de la desesperación, tras agotar todas las excusas imaginables.

El reverendo arrugó la frente, confundido.

—Vendrán con nosotros, naturalmente. Porque alquilará una casa, ¿verdad, Nicholas?

—Yo no —respondió el duque—. El honor de patrocinar el debut de Patience corresponde a Adam. Estoy seguro de que estará encantado de veros a todos... —concluyó con una sonrisa taimada.

---

1 Nota de la traductora: expresión francesa que significa «conversación íntima o privada entre dos personas».

CAPÍTULO 3



Max contemplaba la carta que tenía en la mano, con el estómago revuelto por una mezcla de rabia, miedo, frustración y, por encima de todo, una tristeza abrumadora.

Su estúpido hermano había muerto. A los veintinueve años. Según la misiva, el insensato se había roto el cuello al participar en una absurda carrera de caballos por Pall Mall.

Max arrojó el papel sobre la mesa, se levantó con brusquedad y se sirvió un *brandy*, que apuró de un trago. Conteniendo a duras penas aquella punzada de pesar inesperado, cerró los ojos y se preguntó qué demonios iba a hacer ahora.

A pesar de sus repetidos intentos por dar con Hugo y obligarle a confesar a quién había vendido Sepideh, Max no había hecho ningún avance en averiguar quién había comprado en secreto el diamante. Lo único que había conseguido era elaborar una lista de quienes, a su juicio, eran lo bastante ricos y vanidosos como para codiciar la valiosa gema. Pero no podía acusar a nadie sin pruebas. En realidad, dado que los cinco hombres de su lista eran todos miembros influyentes del círculo de Prinny, Max no podía hacer una acusación pública sin arruinar su propia reputación.

Volvió a coger la carta. Como único pariente vivo de Hugo, le pedían que viajara a Londres para identificar el cadáver. Una vez cumplido ese desagradable deber, los restos serían entregados a su custodia.

Max hizo una bola con el papel y lo lanzó con furia a un rincón. No había alternativa: tendría que ir a la ciudad. Tiró del cordón de la campanilla y esperó, impaciente, la llegada de su mayordomo. En cuanto la puerta se abrió, informó a Greaves con voz grave de la triste noticia y le ordenó que el carruaje estuviese listo en el plazo de una hora.

Para su sorpresa, la expresión consternada del anciano le provocó un súbito nudo en la garganta. Maldita sea... no lloraba desde la muerte de sus padres. Reprimiendo sin piedad la emoción, añadió que su ayuda de cámara debía preparar equipaje suficiente para una semana.

—¿Será enterrado lord Hugo en el panteón familiar? —preguntó Greaves con cautela.

Max parpadeó; la verdad era que no había llegado a pensar en eso.

—Naturalmente —respondió con sequedad, en un tono que dejaba claro que la conversación había terminado.

El mayordomo asintió con una leve inclinación y se retiró en silencio.

Hora y media más tarde, Max estaba en camino hacia Londres. Su intención era cubrir el trayecto en un solo día, lo que significaba que no alcanzaría su destino hasta bien entrada la noche. Para asegurarse de que el personal de su casa de Belgravia estuviera al corriente de su llegada, había enviado por delante a uno de los mozos de cuadra con las debidas instrucciones.

Max se reclinó contra el mullido asiento, cerró los ojos e intentó dormir. Sabía bien que, una vez en la capital, no tendría un momento de descanso. Los llamados amigos de Hugo, junto con una buena parte de la alta sociedad, se presentarían enseguida para

ofrecerle sus condolencias, y todos fingirían su pesar mientras especulaban si habría algún escándalo oculto por desentrañar.

Max apretó los dientes. Si al menos supieran la verdad...

Aunque, pensándolo bien, había una persona que sí la conocía: el comprador de Sepideh. Y tal vez hubiera más. Quizá algunos habían rechazado la oferta de Hugo, por considerar demasiado arriesgado poseer la piedra.

Alguien debía de saber algo.

Tenía una semana para reducir sus cinco sospechosos a uno solo. Lo único que esperaba era que su hermano hubiera seguido fiel a su costumbre de escoger siempre el camino más fácil. Si Sepideh había cambiado de manos y había salido del país, temía que la gema estuviera perdida para siempre.

Y con ella, la fortuna del marquesado.

—El Altísimo está de nuestra parte esta vez, Percy —proclamó el reverendo Shackleford irrumpiendo en la iglesia, seguido de Freddy, que saltaba y giraba con alegría, contagiado del inesperado buen humor de su amo—. ¡De hecho, creo que deberíamos celebrarlo con una jarra antes de cenar! ¿Qué te parece si damos un paseo hasta el Lion?

—Todavía no he terminado —replicó el coadjutor, aunque su protesta fue más por cortesía que por convicción. Había sido un día inusualmente caluroso, y una buena pinta de cerveza le sonaba a gloria.

—Si echas más aceite en ese banco, los feligreses acabarán en el suelo —comentó el reverendo con urgencia—. Además, aún no te he contado la buena nueva. ¡Vamos, muchacho, que esta vez invito yo!

Aquello sí que era raro, pensó Percy. La posibilidad añadida de que el reverendo hubiera conseguido el perdón de su esposa y pudiera

volver al lecho conyugal, le dio al joven un aliciente extra para acompañar con entusiasmo a su superior, cosa que resultaba más extraña aún.

Media hora más tarde, ambos se hallaban en su mesa habitual, en un rincón de la taberna, y el reverendo había terminado de poner al tanto a Percy de los recientes acontecimientos.

—Así que, en resumen..., nos vamos a Bath. Aún no he comunicado la buena noticia a Agnes, pero no dudo de que se alegrará de poder chapotear un poco en esos baños que tienen allí. Seguro que le sientan de maravilla a su juanete. —Augustus bebió un gran sorbo de su pinta—. Y mientras ella se da un remojón, nosotros podremos ocuparnos de este endiablado asunto de Patience.

—¿Y quién oficiará los servicios mientras estemos fuera? —preguntó Percy.

El reverendo frunció el ceño. Pascua estaba a la vuelta de la esquina, pero una vez pasada, no había nada de importancia hasta Pentecostés, así que tendrían tiempo de sobra.

—Creo que el viejo señor Cobbins se ocupará encantado hasta que regresemos —decidió—. Quizá puedas prepararle unos cuantos sermones antes de marcharnos.

—No estoy muy seguro de que el señor Cobbins sepa leer —musitó Percy con gesto preocupado.

—Bueno, así te ahorrarás trabajo —replicó alegremente el reverendo.

Hubo un breve silencio mientras ambos bebían de sus pintas.

—¿Tiene alguna idea de cómo piensa resolver lo de... eh... el asunto, señor? —se aventuró a preguntar Percy con cierta aprensión.

El señor Shackleford negó con la cabeza, risueño.

—¿Y a ti qué te importa, muchacho? —dijo con un guiño—. Ya sabes que, si caes, caemos juntos. —Se irguió con aire importante—. El Señor nos ha encomendado esta misión —declaró, levantando su jarra para pedir otra ronda—, así que lo justo es confiar en que Él nos señale el camino.

Dos semanas después, tal como estaba previsto, Patience viajaba en el carruaje del duque de Blackmore junto a Grace y los hijos de esta, Peter —que ya rondaba los cuatro años—, y Jennifer, de seis meses, además de Briony, la niñera y Felicity Beaumont. Decir que el coche iba lleno era quedarse corto. Por fortuna, se habían librado de la presencia de Freddy, el sabueso, que ocupaba otro de los dos carruajes que iban detrás. Nicholas había partido antes con su ayuda de cámara, Malcolm, para asegurarse de que todo estuviera listo a su llegada.

A pesar de su disgusto por lo que la esperaba, Patience no pudo evitar un leve estremecimiento de emoción cuando el carruaje se adentró al fin en una coqueta plaza con un pequeño parque y una hilera de cinco casas adosadas, altas y elegantes, de piedra dorada. Mientras bajaba y estiraba las piernas entumecidas, alzó la vista hacia la fachada bañada por el sol primaveral. Las viviendas, dispuestas en media luna para aprovechar las vistas al jardín, parecían tranquilas y apacibles.

Era la primera vez que Patience salía de Torquay, salvo para hacer alguna que otra visita a Temperance y Hope en sus casas de Wiltshire, y tenía la sensación de haber entrado en otro mundo. Uno al que no pertenecía.

El corazón le dio un vuelco. Si ya se sentía fuera de lugar en una ciudad como Bath, ¿qué sería de ella en Londres?

No tuvo tiempo de seguir cavilando, porque Grace descendió del carruaje envuelta en una alegre algarabía infantil. Apenas un par de minutos después, los otros dos coches entraban en la plaza, y la serena vida del vecindario quedaba oficialmente interrumpida.

Como Patience era el motivo de aquel viaje, se decidió que merecía una habitación propia. Además, Grace consideró conveniente que el cuarto hiciera también de probador para los distintos conjuntos que compondrían su nuevo vestuario.

Al abrir la puerta de la enorme estancia, con su fastuosa cama con dosel, Patience dejó escapar un leve chillido de asombro. Incluso en casa de sus hermanas casadas había tenido que compartir habitación con Prudence; disponer de un dormitorio entero para ella sola le parecía el colmo del lujo.

Se sentó en la gran cama y rebotó sobre ella un par de veces antes de dejarse caer de espaldas contra los mullidos almohadones. Observó el dosel y suspiró con un deseo imposible: que todo aquello no fuera más que unas simples vacaciones.

Si pudiera andar a su aire, podría explorar Bath a su antojo. Su gusto por la soledad la había vuelto una maestra en el arte de escabullirse sin ser vista y convencer a su familia de que se hallaba en algún rincón cercano. Bastaban un par de pistas bien escogidas y podía desaparecer durante horas sin que nadie lo notara.

Cuánto habría disfrutado recorriendo sola las plazas y los jardines escondidos de Bath...

Pero comprendió que sus días de libertad habían terminado... al menos mientras estuviera a merced de la alta sociedad y de sus caprichos.

Hasta que esa alta sociedad se cansara de ella, por supuesto, cosa que, sin la menor duda, ocurriría más pronto que tarde, por mucho que sus hermanas desearan lo contrario.

Pese a la emoción inicial de estar en un lugar nuevo, Patience se sintió de pronto invadida por una tristeza insoportable.

Si su familia lograba salirse con la suya, pasaría el resto de su vida sometida a un hombre, convertida en una simple posesión,

dependiendo por completo de su marido para todo. En resumen, su idea particular del infierno.

De manera inesperada, sintió cómo las lágrimas le ardían en las mejillas. Sollozando, se incorporó de golpe.

Eso no serviría de nada.

La autocompasión no la sacaría del atolladero en que estaba metida.

Y, en justicia, debía admitir que sus hermanas mayores no parecían haberse visto sofocadas por el matrimonio; de hecho, había comprobado en persona cómo todas ellas conseguían hacer que sus respectivos esposos bailaran a su son.

Quizá, si llegaba lo peor y no tenía más remedio que escoger marido, conseguiría encontrar uno igual de manejable.

Al sacar las piernas de la cama, ignoró la pequeña voz interior que le recordaba que ninguno de sus cuñados era precisamente dócil, y que el motivo por el que estos consentían tanto a sus esposas no era otro que el amor.

La verdad era que Patience no veía en sí misma nada que pudiera inspirar amor.

Sus hermanas tal vez lo hubieran olvidado por un tiempo, pero ella era muy consciente de lo testaruda, torpe y obstinada que podía llegar a ser.

La señorita Beaumont aseguraba que la buena educación era algo que podía aprenderse, igual que pintar o tocar el piano, pero sus dotes artísticas o musicales no eran mucho mejores que sus modales.

El caso era que simplemente no pensaba ni reaccionaba como los demás. No tenía amigos, salvo uno, y se sentía muy satisfecha con esa carencia.

Nunca había revelado quién le había enseñado a forzar cerraduras, pero su maestro había sido el hijo de un buhonero ambulante; por eso, Patience no se atrevía a decir su nombre ni, por supuesto, su oficio, ya que, con tales habilidades, el muchacho bien podía acabar algún día en la horca.

Aun así, ella consideraba aquel talento su mayor logro, aunque, a diferencia de su instructor, probablemente nunca llegaría a usarlo con un propósito real.

Con todo, las numerosas veces que la habían encerrado en su dormitorio «para que reflexionara sobre su conducta» habían bastado para que no perdiera la práctica.

Patience recordó la primera vez que lo vio. John estaba agachado ante la puerta del granero del pueblo, intentando abrir el candado.

Sin que él lo advirtiera, ella se había acercado con sigilo hasta quedar a un paso de su hombro —infiltrarse era otro de sus talentos menos recomendables—, y había observado cómo el muchacho introducía un alambre en la cerradura hasta que, de pronto, se oyó un clic metálico y el candado cedió.

Patience no había oído en su vida un sonido tan satisfactorio.

Debió de hacer algún ruido, porque el chico se volvió de golpe, con el puño alzado dispuesto a propinarle un golpe. Por fortuna, su picardía no incluía la violencia contra mujeres, y logró detener el puño a tiempo.

El susto, sin embargo, hizo que Patience se cayera de espaldas con un sonoro «¡uf!».

La expresión de horror en el rostro del muchacho le provocó un estallido de risas, justo cuando la puerta del granero se abría lentamente tras ellos.

Creyendo que lo habían descubierto, el rufián se dispuso a salir corriendo, pero Patience gritó:

—¡Espera!

Algo en su voz detuvo en seco al muchacho.

—¡Deja de berrear, por todos los demonios! —murmuró él, mirando nervioso a su alrededor—. No iba a robar *ná*, lo juro.

—¿Cómo has hecho eso? —le preguntó Patience, poniéndose en pie despacio para no asustarlo.

—¿El qué? —replicó él con fingida inocencia—. Yo no he hecho *ná*, solo estaba mirando la cerradura, eso es todo.

—La puerta estaba bien cerrada antes de que llegaras —alegó ella, sacudiéndose la falda—. Así que, lógicamente, la has forzado. Eres un... un... caco de primera —concluyó triunfante, muy satisfecha de recordar aquella expresión[1].

El chico la miró con una mezcla de desconcierto y diversión. Luego negó con la cabeza y dio un paso atrás, de nuevo dispuesto a echar a correr.

—Enséñame —ordenó ella.

—¿Qué? —Él frunció el ceño, creyendo que la muchacha estaba loca.

—Quiero que me enseñes a forzar cerraduras —repitió Patience en un tono más suave, señalando con la mano la puerta abierta, como si su petición fuera la cosa más normal del mundo para una jovencita de buena familia.

—¿Quieres que te enseñe las malas artes? —preguntó, incrédulo.

Patience asintió con entusiasmo.

—Debes de tener el seso hecho papilla —respondió él con desprecio —. No pienso enseñarte *ná.* Vete a jugar con tus muñecas.

Patience entornó los ojos.

—Si no me enseñas —le advirtió, plantando las manos en las caderas—, gritaré y diré que te he pillado robando. Ahora mismo. —Retrocedió un poco por si el bribón decidía que pegarle a una mujer no era tan mala idea, después de todo.

—No, no lo harás —contestó él con arrogancia—. Si pensabas delatarme, ya lo habrías hecho. ¿Quién eres tú, de todos modos? —Sus ojos se abrieron de par en par al reconocerla—. ¡Válgame Dios! ¡Si eres la hija del vicario! La rara... ¿Y por qué demonios querrías aprender a abrir candados? Apuesto a que es porque tu viejo te encierra cada noche. Yo lo haría si fueras mi hija y te dedicases a asaltar a chicos inocentes.

Patience bufó, sin darle la menor importancia a que la hubiese llamado rara; la habían llamado cosas mucho peores.

—No hay nada de inocente en ti, John Smith —declaró ella con frialdad—. Sé tu nombre, y también sé que tu padre no es más que un malhechor. Todo el mundo lo dice.

El muchacho adelantó la cabeza con gesto indignado.

—¡Que te zurzan y te salten los ojos, estirada señorita Shackle... como te llames! ¡Retira eso ahora mismo! ¡Mi padre es curandero, y vale más que cualquier médico!

Patience resopló.

—Ah, ¿sí? Pues oí decir que la última vez que la señora Jenkins probó uno de sus remedios, se le cayeron todos los dientes. Y no es que tuviera muchos que perder, la pobre.

—Eso no tuvo nada que ver con mi padre. ¡La muy idiota tenía que frotárselo en los pies, no beberse el condenado ungüento!

Una risa involuntaria amenazó con escapársele, y Patience se tapó la boca con la mano.

Se miraron un instante, hasta que ambos rompieron a reír con la misma sorpresa.

Cuando la risa se desvaneció, John la observó con curiosidad. Nunca había conocido a nadie como ella.

—¿Y por qué vas vestida como un chico? —preguntó, frunciendo el ceño.

Patience se limitó a encogerse de hombros.

—Nadie se fija en ti cuando llevas calzones —respondió, agachándose para recoger la gorra que se le había caído al suelo al tropezar. Tras sacudirla con aire contrariado, se la encasquetó de nuevo, metiendo su espesa melena dentro.

—¿Entonces vas a enseñarme tus habilidades o no? —insistió ella con fastidio al ver que él seguía mirándola en silencio—. Si no lo haces, gritaré, te lo juro. ¡Lo juro por mi codo, que no se enderece si miento! —concluyó, levantando el mentón en un gesto desafiante.

Al cabo de unos segundos, John suspiró, resignado. En realidad, no veía escapatoria, aunque no le gustaba nada la situación.

—Vale, vale... Mañana, justo antes del amanecer, aquí mismo —dijo entre dientes, antes de darle la espalda.

—Me llamo Patience —dijo ella de pronto, haciendo que él se detuviera un instante, aunque no contestó—. ¿Y qué vas a hacer ahora? —preguntó, mientras el chico se encaminaba hacia el interior del granero.

—Algunos no tenemos una cena caliente esperándonos en una mesa bien puesta —replicó John por encima del hombro—. Así que, si no te importa, haré lo que he venido a hacer.

Desapareció en la oscuridad del almacén de grano y Patience miró a su alrededor, inquieta. Estaba a punto de marcharse cuando él asomó la cabeza una vez más.

—Y, por cierto —añadió el muchacho con sorna—, mi padre dice que fueron los tragos de Old Tom[2] lo que hizo que se le cayeran los

dientes. —Y cerró con un portazo decidido.

---

1 Nota de la traductora: En el original, *rum dubber*, argot del Londres del siglo XVIII-XIX, recogido en diccionarios de *cant* (jerga criminal) como el de Grose (*Classical Dictionary of the Vulgar Tongue*, 1811).

2 Nota de la traductora: «Old Tom» era un tipo de ginebra inglesa muy popular en el siglo XVIII y principios del XIX, más dulce que la London Dry tradicional.

CAPÍTULO 4



A Patience le llevó tres años enteros dominar las malas artes, pero para cuando cumplió los quince ya estaba casi convencida de que podría forzar el depósito de las joyas de la Corona si se lo proponía. John la llamó «una fanfarrona de mucho cuidado», aunque ella advirtió que, en el fondo, estaba impresionado. Patience nunca perdió el placer que le producía oír el clic final de una cerradura al abrirse, aunque sabía que su antiguo maestro de fechorías era el único capaz de comprenderla de verdad. Y, pese a sus diferencias sociales, entre ambos fue creciendo una sólida amistad. Patience incluso le enseñó a leer, a cambio de que él le transmitiera sus habilidades más inconfesables.

Ahora, tumbada sobre su lujosa cama y mirando el dosel bordado con primor, Patience pensó —no por primera vez— que resultaba curioso que su única amistad en el mundo fuese el hijo de un rufián. Y lo cierto era que, ahora que John rondaba los veintiún años, se estaba convirtiendo con rapidez en un bribón aún mayor que su propio padre. Por suerte, cuando ella se transformó en una joven hecha y derecha, nunca sintieron la menor tentación de enredarse en un asunto romántico. John, de hecho, llegó a decir con descaro que ella no estaba a su altura. Patience, sin embargo, jamás lo había considerado de ese modo, y sabía muy bien que él sentía lo mismo.

Tampoco se había detenido nunca a pensar en lo irregular de aquella relación. Hasta ahora.

Ahora temía de veras que su amigo terminara siendo otra víctima de las ambiciones de sus hermanas. En realidad, nadie de su familia tenía la menor idea de su conexión con alguien a quien sin duda considerarían un sinvergüenza. Y Patience no podía contradecirlos. De hecho, tuvo que contener una carcajada al imaginar la cara de Grace si llegaba a enterarse. Tal revelación bastaría para arruinar cualquier posibilidad de un matrimonio ventajoso...

Patience se incorporó de un salto. ¡Cómo no le había ocurrido antes! La solución había estado siempre delante de sus narices. Solo tenía que asegurarse de que alguien los viera juntos; después, John desaparecería, dejándola con su reputación hecha jirones... y libre.

Funcionaría, estaba segura de que funcionaría. Ahora solo faltaba convencer a su pícaro amigo para que la ayudase.

Cuando llegó a Londres, Max se quedó perplejo al descubrir que el príncipe regente ya había reclamado el cuerpo de su hermano. Prinny insistía en que Hugo debía ser enterrado en un panteón que Su Alteza había adquirido expresamente para sus amigos más íntimos, convencido de que todos ellos desearían pasar la eternidad juntos.

Por supuesto, la mayoría de esos queridos camaradas no tenían el menor deseo de soportarse más de unos pocos días, y mucho menos toda la eternidad, pero nadie se atrevía a contradecir al sentimental regente. Todos daban por hecho que el príncipe moriría mucho antes de que ninguno de ellos tuviera ocasión de ocupar su sepultura. Por desgracia, ese no fue el caso de Hugo Wolverton.

Para colmo, el mausoleo ni siquiera estaba en Londres. Tampoco en Sussex.

Estaba, por todos los demonios, en Bath.

Como hermano mayor y cabeza de la familia Wolverton, Max había solicitado al príncipe respetuosamente que renunciara a su pretensión sobre el cuerpo, pero el regente, desbordado por la pena ante la pérdida de tan querido compañero, no quiso oír hablar del asunto. Al final, Max estaba demasiado agotado para discutir. En realidad, poco le importaba dónde acabara el bastardo de su hermano. Más de una vez, desde la muerte de Hugo, había deseado arrojar sus restos al Támesis. Y probablemente lo habría hecho si hubiese conseguido echarle mano al maldito cadáver.

Para complicar las cosas, este no era un problema que pudiera presentar a la reina Carlota. Desde aquel único encuentro en el que la soberana lloró en sus brazos mientras ella calificaba a su hijo como «el más sentimental de los hombres», Max había procurado no volver a verla, temeroso de no poder contener la lengua.

El príncipe había dispuesto que el entierro se celebrase en el plazo de una semana, lo que dejaba a Max muy poco tiempo para averiguar el paradero de Sepideh. Hasta el momento, ninguno de los conocidos de Hugo se había mostrado dispuesto a hablar de este más allá de los consabidos tópicos vacíos y, dado que Max no podía formular la maldita pregunta de manera directa, decidió probar suerte con otra táctica: visitar el club White's y ver si, tras unas copas de oporto, los cotillas más notorios de Londres dejaban escapar algo de utilidad.

Aunque Max llevaba años siendo socio, no solía frecuentar el club. Tenía poco en común con los dandis[1] que solían acompañar a su hermano, y la mayoría de sus iguales lo consideraban educado, sí, pero tremendamente aburrido. Max llegó incluso a tener el dudoso honor de ser descrito por el mismísimo Beau Brummell, amigo íntimo del príncipe, como «notablemente apuesto, impecablemente vestido y con el ingenio de una cuchara».

En su momento, Max apenas prestó atención a semejante juicio. Mantenía solo unas pocas amistades sinceras —las únicas a las que en realidad dedicaba su tiempo— y, por lo general, no le importaba

lo que los demás pensaran de él. Pero tras cuatro días de pesquisas infructuosas, empezaba a quedarse sin opciones.

Si Brummell se sorprendió al ver al hasta entonces distante marqués de Guildford mostrando de repente un aire más cordial, no lo demostró. El dandi se limitó a entrecerrar un poco los ojos, preguntándose qué habría provocado semejante cambio.

Invitó a Max a unirse a su mesa preferida junto a la ventana y le expresó sus condolencias por la muerte de Hugo, calificando su pérdida de «devastadora», mientras se enjugaba con un pañuelo de lino blanco unas lágrimas inexistentes.

—¿Asistirá al funeral? —preguntó el marqués, negándose a unirse al coro de elogios de los presentes.

—Desde luego —replicó Brummell—. Dudo que Prinny sea capaz de superar la ceremonia sin mí. Me alojaré con el conde de Bamford; temo que él ha sentido la pérdida de Hugo más que nadie. —El caballero lanzó una mirada calculada a los hombres sentados a su alrededor, dos de los cuales se removieron incómodos en sus asientos—. De hecho —prosiguió Brummell, con una sonrisa apenas insinuada—, tan pronto como Bamford supo del trágico accidente de Hugo, se sintió tan abrumado por la pena que se retiró de inmediato a su casa de Bath. Una feliz coincidencia, aunque no para su hermano, lo admito, que el príncipe haya decidido enterrar allí a su más querido amigo.

—No sabía que mi hermano conociera a Bamford —dijo Max con cautela—. No creí que formara parte del círculo del regente.

El conde ni siquiera figuraba en su lista. Era bastante mayor y nunca se había movido en los mismos ambientes que los Wolverton. En las pocas ocasiones en que se habían cruzado, Max lo recordaba como un individuo peculiar, con una malsana afición por los asuntos ajenos. Hasta donde sabía, Hugo y él jamás habían sido amigos. Evidentemente, eso había cambiado durante su ausencia en Portugal.

—Oh, eran inseparables en los meses previos al accidente —añadió Brummell—, siempre andaban juntos. La verdad es que no creo que Prinny estuviera del todo encantado con ello.

A Max le dio un vuelco el corazón. ¿Tendría Bamford el diamante en su poder? Disimuló su nerviosismo con una expresión de educado interés.

—Estaría muy agradecido de escuchar cualquier anécdota que el conde Bamford pudiera compartir —dijo Max con una sonrisa medida —. He pasado los dos últimos años fuera y empiezo a darme cuenta de todo lo que me he perdido.

Se despidió con una leve inclinación de cabeza. Para no despertar sospechas por marcharse de inmediato, reprimió un súbito brote de esperanza y decidió quedarse a jugar una partida de *whist*[2] con dos antiguos amigos. Ambos sabían bien la verdadera relación entre los hermanos Wolverton, de modo que solo le dieron una palmada en el hombro en señal de apoyo y luego le invitaron a una copa. Para su sorpresa, Max disfrutó de la velada. Los conocía desde su estancia en Oxford, y a uno de ellos incluso de su época en España.

Un año atrás, Gabriel Atwood, vizconde Northwood, había desaparecido y se le había dado por muerto durante una misión secreta a la que le había enviado su difunto tío, un almirante muy respetado de la Marina Real. Por fortuna, los rumores de su muerte resultaron ser exagerados, pues fue hallado, herido de gravedad, por el propio tío, que acabaría dando su vida para traerlo de regreso.

Aunque Max conocía la historia, por aquel entonces se hallaba en Portugal y no había podido expresarle al vizconde ni sus condolencias ni su alegría. Desde entonces, Northwood se había casado —nada menos que con la hija de un vicario— y ahora estaba emparentado a través de su esposa tanto con el duque de Blackmore como con el conde de Ravenstone, casados a su vez con las hermanas de aquella. Desde luego, las tres hijas de aquel clérigo debían de ser mujeres extraordinarias para haber conseguido

alianzas semejantes. Max intuyó que había ahí una historia interesante que quizá, en otro momento, valdría la pena sonsacarle a su amigo.

—Un penique por tus pensamientos, Guildford —comentó el vizconde cuando vio que Max estaba distraído.

Este sonrió con cansancio y dejó las cartas sobre la mesa.

—Perdonadme, amigos —suspiró—. Mi mente está en otra parte, aunque vuestra compañía sea un placer.

—Eso salta a la vista —replicó con sequedad el señor Charles Lindley.

—¿Qué te preocupa, Guildford? —preguntó Northwood—. Además de la triste noticia sobre tu hermano, claro. Ya sé que puedes ser un maldito gruñón incluso en tus mejores días, pero esta noche pareces especialmente taciturno. ¿Hay algo más que te inquiete?

Max frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Todo este asunto con Prinny me tiene desquiciado. Aunque entre Hugo y yo nunca hubo ningún afecto, pensaba que acabaría enterrado con el resto de la familia. Pero ahora... —Encogió los hombros.

—¿Has hablado con Su Majestad? —preguntó Lindley, conocedor de la estrecha relación entre Max y la reina.

—No —respondió el marqués—. La reina Carlota parece creer que su hijo actúa por simple sentimentalismo.

—¿Y tú no lo crees así? —inquirió Lindley.

Max negó otra vez.

—Creo que hay algo más en todo esto, pero no quisiera aburriros. —Apuró el resto del *brandy* y añadió con una sonrisa resignada—: Y ahora debo prepararme para hacer una inesperada visita a Bath.

Northwood hizo una mueca.

—Debería advertirte que la familia de mi esposa se encuentra ahora mismo en Bath. No sé si debería felicitarte... o compadecerte por adelantado.

Max arqueó una ceja.

—¿Están allí para tomar las aguas? Me agradará conocerlos.

—No, no se trata de eso —respondió el vizconde con énfasis—. Han ido en busca de un marido, Guildford. Así que, si yo fuera tú, me mantendría a una prudente distancia.

—¿Otra de las hermanas, entonces? —preguntó Max, intrigado a su pesar—. Deben de ser mujeres muy singulares para haber conquistado el corazón de un duque, un conde y un vizconde.

—También hay un capitán de navío —replicó el vizconde con sequedad—. Y la hermana a la que están empeñadas en casar es, desde luego, única..., aunque no precisamente en el sentido que convierte a una dama en una buena esposa. —Soltó una risita baja —. Mi consejo es que te mantengas bien lejos de la duquesa y la condesa: son las patrocinadoras de Patience.

—¿Patience? —repitió Max—. Me imagino que el nombre no le hace justicia, precisamente[3].

—Ni por asomo —rio el vizconde, negando con la cabeza—. En realidad, Patience suele ser divertidísima, sobre todo porque no pretende serlo. Sus modales son espantosos, y con ella jamás hay un momento aburrido... cuando se puede encontrarla. Lo más habitual es que desaparezca sin avisar a nadie adónde va.

—Definitivamente, no parece que tenga madera de esposa —comentó Max, arqueando una ceja con fingido horror.

El vizconde volvió a negar con un gesto divertido.

—A decir verdad, creo que cualquier hombre que se atreva con una de las hermanas Shackleford es o muy valiente o un completo insensato..., quizá ambas cosas a la vez. Y me incluyo en esa valoración.

Max soltó una carcajada, aunque enseguida frunció el ceño, pensativo.

—Shackleford... —murmuró—. Juraría haber oído ese apellido hace poco. —Su ceño se profundizó unos segundos antes de despejarse —. Puede que se lo oyera a Su Majestad, la reina Carlota —concluyó —. ¿Ha tenido esa familia algún trato con la soberana?

El vizconde Northwood soltó un suspiro.

—La reina asistió a mi boda con Hope —dijo con una mueca—. Y digamos que, a corto plazo, no sería prudente mencionar en su presencia estanques de patos.

Max alzó una ceja.

—¿Estanques de patos? No me digas que Su Majestad acabó dentro de un estanque.

—Tendrás que preguntárselo a ella —replicó Northwood alzando las cejas—. No me corresponde contar esa historia. Pero baste decir que hay una buena razón por la que han decidido preparar la presentación de Patience en Bath... y puede que el motivo tenga algo que ver con evitar Londres durante la tradicional presentación de debutantes ante la reina.

—Ahora sí que debo pedirte que me presentes a tan interesante familia —comentó Max con una sonrisa.

—He tenido el honor de conversar con la duquesa de Blackmore — intervino Lindley—, y tengo que decir, Northwood, que Su Excelencia me pareció de lo más cordial y extraordinariamente amable.

—Eso es porque es la que más práctica tiene en sociedad — respondió el vizconde con una carcajada sombría—. En fin,

Guildford, no digas luego que no te advertí. Si te quedases más tiempo en Londres, te presentaría a mi esposa. Hope suele considerarse la más apacible de las hermanas, y te serviría como una introducción suave. —Rio de nuevo, y Max no pudo evitar notar el brillo de amor en los ojos del vizconde y el orgullo en su voz al hablar de ella. Ojalá él pudiera permitirse el mismo lujo: casarse por afecto y no por deber.

—Quizá en otra ocasión —respondió Max con sincero pesar, antes de levantarse—. Gracias por vuestra compañía esta noche, caballeros —dijo—. Ha sido una velada muy grata y, aunque no lo esperaba, justo lo que necesitaba.

Con eso, se dirigió hacia la puerta, sintiéndose más esperanzado. Si Bamford tenía en su poder Sepideh y él lograba demostrarlo, tal vez aún pudiera elegir esposa con la libertad con la que siempre había soñado.

---

1 Hombre que se distingue por su extremada elegancia y buenos modales.

2 Juego de cartas inglés, antecesor del bridge, muy popular en los salones del siglo XIX.

3 Patience: Nombre femenino inglés que significa «paciencia».

CAPÍTULO 5



—La cosa, Percy, es que vamos a sudar tinta para parar este disparate antes de que vaya a más. Pero estaba pensando: quizá sea mejor que hagamos el ridículo nosotros antes que Patience. ¿Tú qué opinas?

Al coadjutor no le hacía ninguna gracia hacer el más mínimo papelón. Frunció el ceño y se aventuró a preguntar:

—¿No sería mejor, señor, tratar de poner algún obstáculo a los planes de Su Señoría, hablando con la persona afectada?

El reverendo se quedó unos segundos sin entender.

—¿Y quién demonios es Su Señoría? —Y, de pronto, cayó en la cuenta—. ¡Ah, te refieres a Temperance! —Soltó una risa breve—. Es de lo más extraño, Percy: me he acostumbrado al título de Grace, el cual le sienta de maravilla, pero con Temperance..., no termino de asumir que ningún hombre haya querido cargar con ella, y menos un conde. —El señor Shackleford sacudió la cabeza, divertido, y volvió al asunto—. Y aquí estamos, en un enredo todavía peor. —Se estremeció un poco y añadió, recuperando la compostura—: Aunque quizá convenga hablar con Patience. Al fin y al cabo, es su reputación la que pretendemos arruinar.

Percy soltó un suspiro. Una vez más, el reverendo solo le había escuchado a medias.

—Es una idea excelente, señor.

—La llevaremos a tomar el té —decidió el reverendo—. A un sitio poco distinguido, donde sea difícil que nos oiga nadie importante.

El coadjutor asintió y esperó.

—¿Y bien? —lo apremió el reverendo—. El salón de té no va a venir a buscarnos, Percy.

—Por el amor de Dios, Patience, ¿podrías quedarte quieta más de tres segundos?

Patience fulminó a su hermana mayor, reclinada con su vestido malva con el aire de quien está por encima de todo mientras supervisaba la primera prueba con la modista.

—Inténtalo tú, con un millar de alfileres clavándosete —replicó Patience, y añadió un sonoro «¡Ay!» para subrayar su sufrimiento.

—A lo sumo hay media docena —refunfuñó Grace, exasperada—. De veras, eres tan insoportable como Tempy.

—¿Cuándo viene? —preguntó Patience, aferrándose a la esperanza de que, pese a los comentarios mordaces que la condesa le había hecho en su carta a su padre, Temperance al menos se mostrara más compasiva hacia su absoluta falta de voluntad por casarse.

—Confío en que ella y Adam lleguen esta tarde —respondió Grace con un tono que decía mucho más: necesitaba unos aliados en aquella batalla constante por hacer de Patience una dama presentable. En el fondo, Grace habría preferido que Felicity no se hubiera marchado; pero su vieja amiga había aprovechado para visitar a una prima en las afueras de Bath.

Patience, encaramada en el estrado de la modista, frunció el ceño y masculló que le sonaba ya el estómago y que, si debía seguir convertida en acerico humano por más tiempo, acabaría desmayándose, cosa que todos lamentarían.

Grace apretó los labios para contenerse. La modista, en cambio, mucho más pendiente de la paga que esperaba, dedicó a la duquesa una sonrisa cálida mientras murmuraba frases tranquilizadoras a Patience. Y si algún alfiler se le «deslizaba» atravesando el satén azul pálido hasta la carne..., bueno, las miradas indignadas de la señorita Shackleford estarían más que justificadas.

Cuando por fin descendió del estrado, Patience reconoció, con cierto retraso, que quizá había sido demasiado dura con Grace. Intentó despedirse de la modista con la debida corrección y luego abandonó la estancia junto con su hermana para ir a tomar un almuerzo frío. Patience enlazó su brazo con el de Grace y le sonrió con gesto culpable. A pesar de sus diferencias, las dos habían corrido libres en su infancia por las colinas del sur de Devon. La diferencia era que Grace había encontrado su lugar en el gran tablero social y había dejado atrás casi todo aquello, mientras que Patience seguía siendo una pieza cuadrada intentando encajar en un hueco redondo.

Grace le apretó ligeramente el brazo y, con otra sonrisa, se inclinó para darle un beso rápido en la mejilla.

—De veras, Patience, sería de gran ayuda que, por una vez, hicieras honor a tu nombre —dijo con ironía mientras descendían las escaleras.

Patience asintió, tragándose un inesperado escozor en los ojos. Últimamente, no hacía otra cosa que arremeter contra todos entre sollozos. Sabía que su familia no la conocía en realidad..., no conocía a la verdadera Patience. Ni siquiera ella misma estaba segura de quién era. Pero si la dejaran tranquila, estaba convencida de que hallaría su propio camino, aunque para ello tuviese que desafiar todas las normas. Y tenía algo muy claro: por mucho que quisiera a sus hermanas, no permitiría que la empujaran hacia un destino que

sabía que la destruiría. No entendía aún por qué, pero reconocía en sí misma un espíritu demasiado indómito para inclinarse ante ningún hombre. Obligarla a hacerlo solo conduciría al desastre.

Patience soltó un suspiro y le devolvió el beso a Grace. El momento de su rebelión se avecinaba, y no deseaba herirla a ella ni a nadie de su familia..., pero temía que fuera inevitable.

Cuando siguió a Grace hasta el comedor y saludó a sus hermanas menores, cayó de pronto en la cuenta de que sí había alguien que podía entenderla. Alguien más parecido a ella de lo que jamás habría sospechado. Su padre, en efecto, despreciaba las convenciones..., salvo cuando le venía bien no hacerlo, lo cual no era casi nunca.

Aunque la ciudad balnearia de Bath ya no figuraba entre las favoritas del príncipe Jorge, lo cierto era que este no había escatimado gastos en la construcción del mausoleo, supuestamente con la intención de ofrecer un reposo cómodo a sus más queridos amigos.

Tal vez el príncipe pensaba que sería útil tenerlos a todos reunidos cuando le llegara el momento de abandonar este mundo.

Como el primer y único infeliz en ser sepultado en aquel celestial club de caballeros era Hugo Wolverton, aún quedaban muchos amigos del regente vivos y coleando. Naturalmente, casi todos acudieron aquel día helado para adular a su príncipe, quien lloró sin pudor mientras el féretro quedaba sellado tras la gran puerta de piedra. Era, en verdad, una curiosa paradoja: la mayoría se estremecía solo de pensar en terminar allí dentro junto a Hugo, pero el hecho de tener reservada una plaza significaba haber alcanzado la cumbre del prestigio social como favoritos del regente.

La mayoría se conformaba con pelear por ser incluidos en la lista de Prinny, mientras rezaban en secreto para que Jorge estirase la pata antes que ellos y así evitar quedar encerrados en aquel mausoleo. Si por los favoritos fuera, Hugo Wolverton podía quedarse en exclusiva con el príncipe para siempre.

Durante el entierro, Max, que no tenía conocidos en Bath, se mantuvo apartado, completamente solo. No era un hombre locuaz, y el torbellino de emociones por la muerte de su hermano le había despertado una necesidad casi desesperada de soledad. Mientras observaba cómo el cuerpo de Hugo desaparecía en la negrura del sepulcro, se le hizo un inesperado nudo en la garganta. ¿En qué momento se había torcido tanto su relación?

De pequeños habían sido inseparables, siempre metidos en algún lío, pero cuando murieron sus padres, Hugo pareció descubrir, de golpe, que como hijo menor su importancia era mínima, salvo en el improbable caso de que Max jamás llegara a tener hijos. Por algún motivo, aquella idea desató en él una rebeldía que antes solo había asomado de vez en cuando. Max nunca supo si el afán de Hugo por desafiarlo todo nacía de un rencor callado o simplemente de un deseo feroz de hacer lo que le venía en gana. Fuera como fuese, cuanto más se vio Max obligado a frenarlo, más se desvaneció aquella antigua cercanía, que ya nunca volvió.

Y ahora, sin un heredero —que él supiera— y con sus arcas vacías, Max se veía empujado por un camino que jamás habría imaginado tener que tomar: casarse por dinero. Recordó las veces que había sido objeto de insinuaciones por parte de madres ambiciosas que buscaban un título para sus hijas. Ni una sola vez se había mencionado el afecto, y mucho menos el amor. Eso, sencillamente, era irrelevante.

Sacudió la cabeza y regresó al presente. Helado hasta los huesos y hastiado de toda aquella farsa, se excusó ante el príncipe Jorge, decidido a no pasar ni un minuto más con esa corte de aduladores traicioneros a los que su hermano había llamado amigos. Prinny se le echó encima, aun sollozando, y Max sintió cómo, por un instante, se le ablandaba el corazón. Con todos sus defectos, Jorge había querido de verdad a Hugo, de eso estaba seguro. Quizá había sido el único.

En realidad, Max no creía que el príncipe hubiese participado de forma consciente en la decisión de su hermano de dilapidar toda la fortuna familiar, aunque se hubiera beneficiado de ella. Lo más probable era que Prinny hubiese hecho la vista gorda, prefiriendo creer las mentiras —sin duda muy convincentes— que Hugo solía soltar con desparpajo.

Como era de esperar, el único hombre que conocía muy bien el verdadero alcance de la duplicidad de Hugo no se había presentado al funeral, lo que reforzaba la convicción de Max de que aquel canalla tenía el diamante en su poder. Max ya había confirmado lo que le había dicho Brummell: lord Bamford estaba en su casa de Bath y, aunque Max no esperaba recibir una invitación para entrar en el cubil del lobo, estaba decidido a hacerlo, aunque para ello tuviera que forzar la maldita cerradura.

—¡Rayos y centellas, Percy! Te dije un sitio poco elegante, pero no esperaba la compañía de un puñado de zarrapastrosos, una familia de cabras y un maldito ejército de gallinas —dijo el reverendo, en un tono tan discreto que atrajo hacia ellos todas las miradas del destartalado salón de té.

—Shhh, padre —murmuró Patience, esquivando con cuidado unas bolitas oscuras esparcidas por el suelo, probablemente depositadas por los parroquianos de cuatro patas.

—Usted insistió en que buscara un lugar donde fuese improbable que alguien nos reconociera —protestó el coadjutor, mientras tomaban asiento con cautela en la única mesa libre, la cual parecía a punto de desplomarse.

El reverendo suspiró. Bien mirado, debería haber imaginado que acabarían en un antro como ese, teniendo en cuenta el interminable laberinto de callejas y recodos que habían atravesado para llegar hasta allí. Empezaba incluso a dudar de que supieran regresar.

—Sospecho que los habituales de este lugar no reconocerían ni a su propia madre —murmuró el señor Shackleford, justo cuando una mujer de edad indefinida y escaso recato se acercó para preguntar qué querían beber.

Patience carraspeó, algo incómoda.

—¿Tienen chocolate caliente? —preguntó, evitando mirar aquel generoso escote que apenas dejaba nada a la imaginación.

La mujer la observó un segundo, como si dudara de haber oído bien.

—Té —intervino el reverendo con rapidez—, tomaremos tres tés, buena señora, si es tan amable.

—¿Queréis un trago de Old Tom también? —preguntó ella, pasando por la mesa un trapo que parecía haber sido rescatado del fondo de una letrina.

—Eh... No, gracias —respondió el reverendo Shackleford, conteniendo un estremecimiento.

—Tenemos que irnos de aquí enseguida, padre —susurró Patience en cuanto la mujer se alejó—. Dios sabe qué enfermedad horrible podemos contraer si nos quedamos más tiempo.

—Pero no podemos marcharnos sin pagar... —se escandalizó Percy, horrorizado ante esa posibilidad.

—Pues dejamos unas monedas y nos vamos —masculló Patience, tratando de mover la silla sin que esta se hiciera astillas.

—Ea. —La camarera regresó de repente, haciendo que los tres dieran un respingo. La mujer depositó en el centro de la mesa un enorme cuenco que parecía contener agua sucia—. Ahora traigo los demás.

—¿Tienen azúcar? —preguntó Percy con un hilo de voz.

—¿Estás mal de la cabeza? ¡Claro que no tienen azúcar! —gruñó el reverendo, mientras la mujer bufaba y desaparecía en busca de los

otros cuencos.

—No pienso beber esto —protestó Patience, justo cuando su padre empujaba el cuenco hacia ella con gesto alentador—. Le diré a la dueña que tendrá que mejorar mucho sus estándares si quiere atraer a una clientela de categoría.

—No creo que eso le interese lo más mínimo —declaró el reverendo con el ceño fruncido al ver, en un rincón, a una mujer casi desnuda sentada en las rodillas de un cliente. Augustus carraspeó cuando la camarera volvió con los otros dos cuencos.

—Son tres peniques —dijo ella con brusquedad y las manos en las caderas, desafiándolos a replicar.

Patience abrió la boca para responder, pero su padre se le adelantó.

—Por supuesto, por supuesto —dijo el reverendo con jovialidad—. Paga tú, Percy.

Como ambos iban vestidos de paisano para pasar inadvertidos, Percy rebuscó en los bolsillos de sus incómodos pantalones para encontrar la moneda.

—¿Me vas a pagar, o vas a seguir jugando con la sardina? —le espetó la mujer, impaciente—. No tengo todo el día.

Percy se puso colorado como un tomate cuando por fin le entregó la moneda, y Patience frunció el ceño mientras la camarera se alejaba.

—¿Qué ha querido decir con eso de jugar...? —preguntó.

—Bien —la interrumpió el reverendo con prisa—. Aprovechemos este bendito anonimato y terminemos de una vez.

Patience apretó los labios, resignada, y se inclinó hacia adelante.

—La única forma de detener esta farsa es asegurarnos de que nadie desee casarse conmigo —declaró ella con calma—. La cuestión es: ¿cómo lograrlo sin causar vergüenza a mis hermanas?

—Eso es imposible —rezongó el reverendo—. Cualquier cosa que hagamos provocará algún tipo de bochorno. Pero si Percy y yo somos quienes hacemos el ridículo, quizá a ti no te vaya tan mal, hija.

—Naturalmente, ya pensé en eso —respondió Patience, para horror de Percy—. Pero he cambiado de opinión. Un escándalo que implicase al padre de la duquesa de Blackmore, la condesa de Ravenstone y la vizcondesa Northwood, acabaría salpicando a sus esposos.

—No creo que a ninguno de sus esposos le importase lo más mínimo —protestó el reverendo.

—Quizá no —concedió Patience—. Pero tenemos que pensar en Charity, Chastity y Prudence. No puedo, en conciencia, arruinar sus posibilidades de encontrar un buen marido solo porque yo no estoy hecha para tener uno. —Levantó la mano cuando el reverendo hizo ademán de intervenir—. Y luego está Anthony. Si la reputación de su padre hubiese quedado manchada, no podría conseguir en el futuro el matrimonio ventajoso que su madrastra tanto desea para él.

Augustus Shackleford contempló perplejo el rostro decidido de su hija. Estaba claro que había reflexionado mucho sobre el asunto. Para su sorpresa, sintió una oleada de compasión hacia ella. Patience nunca había encajado, igual que él. Eran dos caras de la misma moneda.

—No —continuó Patience con la misma determinación—. Todo el mundo que conozco ya me considera irredimible, así que atarme la liga en público sería un paso bastante pequeño. Creo que el secreto para que nuestro plan tenga éxito consiste en verme envuelta en una situación comprometida con alguien que luego no se vea obligado por honor a convertirme en una mujer honrada.

El reverendo entrecerró los ojos.

—¿Y dónde demonios vamos a encontrar a semejante individuo? —exigió—. No puedes buscar por ahí a algún pobre incauto simplemente para que te comprometa. Bien podrías acabar con mucho más de lo que esperas, muchacha —concluyó sin rodeos—. Los únicos hombres con los que podrías tener contacto son aquellos caballeros que deben acatar las reglas de la sociedad, y ninguno de ellos se arriesgaría a ponerse en una situación que los obligase después a hacer justo lo que has descrito. Sobre todo, porque sabrían que, de no responder con honor, quedarían tan arruinados como tú. —El reverendo hizo una mueca antes de añadir—: A menos que el caballero en cuestión sea un miembro tan prominente de la alta sociedad como para que le importen un comino sus convenciones. ¿Y qué probabilidad tenemos de encontrar tal candidato?

—Desde luego, en Bath sería difícil —convino Percy.

—Y aunque lo encontrásemos —el reverendo se dirigió a su hija—, eres la cuñada de un duque. Si necesitamos a un noble de alto rango, este sin duda conocería a Nicholas. —Suspiró—. Lo cual nos devuelve al punto de partida.

—Eso, sin olvidar que el objetivo es evitar que el escándalo resultante mancille para siempre el buen nombre de la familia —añadió Percy, esforzándose por ser la voz de la razón.

—¿Como que la reina de Inglaterra acabe dentro de un estanque de patos en una boda de los Shackleford? —soltó Patience con aspereza —. Precisamente por eso estamos escondidos en Bath...

—En realidad, Su Majestad no cayó al estanque —arguyó el reverendo, indignado.

—De haberlo hecho —replicó Patience con una mueca—, sospecho que mis hermanas estarían ahora preparando mi presentación en sociedad en las tierras salvajes de Escocia Como bien ha dicho Percy, debemos evitar cualquier clase de escándalo. Si hacemos esto como es debido, mi nombre quedará olvidado por completo en unos

meses. —Respiró hondo y añadió—: De hecho, tengo a alguien que creo que nos ayudará.

Patience sabía que sería un error contarle a su padre la verdad sobre su poco ortodoxa amistad con John Smith, así que decidió describirlo como el hermano mayor de una de sus conocidas del pueblo.

—No tenía constancia de que tuvieras conocidas en el pueblo o en ningún otro sitio —declaró el reverendo arrugando la frente al escuchar la declaración de su hija.

De hecho, ella tuvo que desplegar todo su ingenio para continuar con su farsa.

—Oh, caramba —dijo Patience con una risita. ¿Desde cuándo decía «caramba»?—. Lo conozco desde niña. Seguro que usted también conoce a la familia Williams. El padre suele ayudar en la botica.

Eso, razonó Patience, era casi cierto, pues el padre de John vendía con frecuencia sus pociones al boticario del pueblo.

Sin embargo, no existía ninguna familia Williams, como Patience sabía muy bien, pero estaba segura de que su padre jamás admitiría no conocer a alguno de sus feligreses.

—Por supuesto —resopló el reverendo tras unos segundos—. Confío en que nunca hayas estado a solas con ese... ese... chico —declaró con el ceño fruncido.

—Por supuesto que no, padre. —Patience quizá exageró su tono de indignación, pero afortunadamente, a esas alturas, tanto su padre como Percy estaban ya desesperados, puesto que era cada vez más obvio que la casa de té era también un burdel.

—Muy bien entonces —dijo el reverendo de repente al ver algunos movimientos sospechosos en el rincón más alejado—. Está decidido. —Se levantó a toda prisa, tomó a su hija por el brazo y la condujo hacia la puerta mientras hacía todo lo posible por protegerla de la actividad cada vez más frenética del rincón. ¡Rayos y centellas!,

gracias al Señor que no los habían visto en un lugar tan poco recomendable. De haber sido sorprendidos allí, el *casi chapuzón* de la Reina en el estanque habría sido el menor de sus problemas. Tenía que aclarar con Percy de forma urgente qué constituía para el joven algo «poco elegante»...

CAPÍTULO 6



—Bueno, yo creo que estás preciosa —declaró Temperance mientras contemplaba a Patience con el vestido de baile de color hielo azulado que, en realidad, no hacía nada por realzar sus pálidos rasgos. Por suerte, Prudence, su hermana menor, no estaba presente para hacer comparaciones con desenterradas o cosas peores.

Grace se mordió el labio.

—La verdad, había pensado que ese tono claro resaltaría más sus ojos grises —suspiró la duquesa.

—¿Quizá un poco de colorete? —sugirió Temperance.

—Sí, eso servirá —convino Grace con rapidez—, pero creo que debemos prescindir de los polvos para el cabello en esta ocasión.

—¿Para que no parezca que acabo de levantarme de entre los muertos? —dijo Patience con sequedad.

—No digas tonterías —respondió Grace, a la vez que tomaba el pequeño tarro de colorete de Temperance. Abrió el frasco y aplicó unos ligeros toques en las mejillas de Patience—. ¡Ya está! —declaró después de retroceder unos pasos para admirar su obra.

Temperance expresó su acuerdo con similar entusiasmo y Patience negó con la cabeza. No tenía duda alguna del cariño y lealtad de sus hermanas. Pero estaba claro que o las cegaba el afecto o simplemente estaban fingiendo. Y Patience sospechaba que se trataba más bien de lo segundo. Hizo una mueca, se acercó a recoger sus guantes y se los puso sin demasiada delicadeza. Ya le dolía la cabeza por los cientos de horquillas que sujetaban su cabello en lo alto de la coronilla, y estaba segura de tener más de una quemadura en el cuero cabelludo por las tenacillas calientes que la doncella había usado para rizarlo.

—¿Y qué tal un chal? —sugirió Temperance.

—No necesito ningún maldito chal —dijo Patience entre dientes—, y si no salimos pronto, llegaremos cuando el baile haya terminado —concluyó, dirigiéndose hacia la puerta.

Sus hermanas intercambiaron una mirada ansiosa y la siguieron hasta las escaleras.

—Qué tontería —dijo Grace—. Siempre es mejor llegar tarde para hacer una gran entrada.

Patience reprimió su impulso de gritar.

—En el mejor de los casos, tengo el aspecto de haber visto un fantasma —dijo con acritud—, y en el peor, podrían confundirme con uno. De veras, agradezco vuestros esfuerzos, pero no creo que mi gran entrada vaya a tener exactamente el impacto que esperáis.

—Ojalá estuviera aquí Felicity —murmuró Temperance mientras comenzaban a bajar los escalones.

—Debería volver mañana —respondió Grace con un suspiro—. Y en este momento, pienso que quizá deberíamos haber esperado a su regreso antes de hacer el debut de Patience.

Temperance se mordió el labio y enlazó su brazo con el de Grace.

—Todo saldrá a la perfección, estoy segura —la tranquilizó, dándole palmaditas en el codo.

Nicholas y Adam estaban esperando en el vestíbulo, ambos magníficos con sus trajes de etiqueta.

—Todas están preciosas, señoras —comentó el conde mientras el mayordomo abría la puerta principal. Por desgracia, su cumplido no obtuvo la respuesta que había anticipado, al margen de una sonrisa desvaída de Grace, una mirada preocupada de su esposa y el ceño fruncido de su cuñada.

Unos minutos después, se encontraban en el carruaje de camino a las famosas Salas de Reuniones de Bath[1]. Como nadie había dicho una palabra en mucho rato, Nicholas alzó una ceja y rompió por fin el tenso silencio.

—¿Ha muerto alguien?

Max se miraba en el espejo de cuerpo entero mientras Chivers, su ayuda de cámara, se ocupaba de eliminar alguna pelusa inexistente en su hombro. El traje de etiqueta le quedaba como un guante, y su cabello tenía un brillo azulado a la luz de las velas. Por supuesto, su decisión de acudir esa noche al baile en las Salas de Reuniones de Bath provocaría el asombro general. De hecho, las damas asistentes no podrían creer su suerte al estar bajo el mismo techo que el soltero marqués de Guildford. Bath nunca había disfrutado de la presencia de semejante partido, y era indudable que se hablaría de ello durante el resto de la Temporada.

Sin ser consciente de su magnífico aspecto, Max dejó escapar un gruñido mientras Chivers continuaba cepillándolo como si fuera un caniche, hasta que, en un arrebato de exasperación, despidió al ayuda de cámara y llamó al mayordomo para pedir que trajeran su carruaje.

Max se había debatido entre la idea de ir o no a aquel baile. Nadie lo esperaba y, desde luego, no tenía estómago para empezar a buscar esposa con el cuerpo de su hermano aún caliente.

Tampoco tenía ninguna garantía de encontrar allí a Bamford, sobre todo, porque el muy bastardo ya se habría enterado de que el legítimo propietario de Sepideh se alojaba a un tiro de piedra de su casa.

Después de que Brummell le hiciera aquellas solapadas insinuaciones en el White's, Max se había ocupado de realizar algunas indagaciones discretas sobre el conde y, aunque la información que reunió no pasaba de ser meros cotilleos, estos no pintaban nada bien.

Parecía que Bamford había adquirido una reputación como ávido coleccionista de toda clase de objetos, inclusive aquellos obtenidos por medios ilícitos. Sin embargo, eso no era lo peor. También tenía fama de ser un coleccionista de esposas, pues había tenido tres en los últimos diez años.

La primera había muerto tras ser derribada por su caballo. La segunda, por una caída, y nadie había visto a su esposa actual desde la boda, celebrada hacía un mes. Evidentemente, ella sufría de histeria y estaba recluida bajo llave. Por supuesto, las tres esposas habían aportado unas cuantiosas dotes al casarse, y no cabía duda de que ese dinero le había permitido a Bamford dedicarse a su afición.

Max hizo una mueca de disgusto. Estaba casi seguro de que el conde tenía el diamante, pero, a la luz de los turbios rumores que lo rodeaban, Max empezaba a preguntarse si Hugo se lo había entregado de buen grado.

También se preguntó si Prinny albergaba sospechas sobre Bamford, ya que, según Brummell, Su Alteza no se había mostrado muy contento con la aparente amistad de Hugo y el conde. Si el príncipe aún estuviera en Bath, Max se habría arriesgado a interrogarlo, pero

el regente había regresado a Londres el día anterior, declarando entre lágrimas que necesitaba pasar un tiempo a solas para asimilar la muerte de tan querido amigo.

Sin embargo, el príncipe había ordenado a los miembros de su círculo más íntimo que permanecieran en la ciudad, así que, incluso si Bamford no daba la cara esa noche, Max podría persuadir a alguno de los parásitos de Prinny, entre copa y copa, a soltar alguna información útil.

Mientras Max cogía sus guantes, recordó de repente otra razón por la que el baile podría no acabar siendo una completa pérdida de tiempo. «¿Cómo se llamaba?», se preguntó, a la vez que salía de su dormitorio. «Ah, sí, Patience». Si las hermanas de la muchacha habían ido a Bath para buscarle un pretendiente, sin duda, ella asistiría al baile esa noche. Y si era tan inepta socialmente como Northwood había sugerido, la velada podría resultar bastante entretenida.

Los Salones de Bath estaban abarrotados y, nada más cruzar el umbral tras sus acompañantes, Patience se detuvo en seco, horrorizada. Por un instante, creyó que iba a sufrir un colapso. Con los ojos muy abiertos, dio un paso atrás.

Sus hermanas, sin percatarse de su súbito malestar, continuaron avanzando con toda naturalidad, buscando entre la multitud rostros conocidos.

Entonces, Patience notó una mano cálida que se posaba con suavidad sobre su hombro. Ella alzó la vista, sobresaltada, y se encontró con los ojos del conde de Ravenstone, quien la miraba con una expresión indulgente.

—Permanece cerca de mí —murmuró Adam, enlazando el brazo de ella con el suyo—. Te lo prometo, todo irá bien.

Su tono atento y tranquilo estuvo a punto de hacerla llorar, pero se contuvo. Parpadeó y asintió agradecida, esforzándose por caminar

como la señorita Beaumont le había enseñado: erguida, serena, con paso elegante.

Una hora después, Patience se sentía como si un nudo invisible le apretase el cuello. Había intercambiado tantas frases corteses que temía que la voz le fallara de un momento a otro. Se sentía como una de aquellas marionetas que observaba de niña durante las fiestas del Primero de Mayo en Blackmore: rígida, manipulada por una fuerza ajena, sin voluntad propia.

Además, por la manera en que las miradas de los presentes se desviaban de ella hacia sus hermanas y viceversa, comprendía que no causaba buena impresión ni por su aspecto ni por su escasez de ingenio. Si supieran el esfuerzo que le suponía limitarse a ser educada...

Se había decidido que, siendo su primera aparición en sociedad, Patience no participaría en ningún baile. Y, en verdad, eso le había supuesto un alivio. No solo porque sus dotes para la danza eran más bien dudosas, sino porque, además, nadie se había molestado en pedírselo.

Así, se dedicó a beber su té a pequeños sorbos mientras fingía observar el suelo con gesto distraído. Aunque podía oír el rumor constante de conversaciones a su alrededor, su mente volvió al plan que le había sugerido a su padre.

Una vez en sus alojamientos, después de su nefasta estancia en el salón de té, él había tenido tiempo de reflexionar con más calma sobre aquella disparatada propuesta, y eso lo había llevado a interrogarla con mayor detenimiento sobre ciertos puntos confusos. Aunque era un hombre de Dios, dominaba de forma magistral el arte de mentir con convicción, y habría reconocido a un farsante incluso dormido.

Una de sus preguntas más incisivas se había centrado en el inusual hecho de que el muchacho del que Patience le había hablado supiera

leer, una habilidad muy improbable en un pueblo donde la inmensa mayoría jamás había asistido a la escuela.

Patience había tenido que exprimir toda su imaginación para inventar una historia creíble. No podía decirle que ella misma le había enseñado al hijo del buhonero a cambio de que él la adiestrara en el dudoso arte de abrir cerraduras. Fuera como fuese, su explicación debió de bastar, porque el reverendo terminó concediéndole permiso para escribir la carta, con la condición de que él la revisara antes de enviarla.

Así que Patience se había pasado horas enteras sentada, pluma en mano, buscando la forma de decir lo que no podía escribir. En esencia, le pidió a John que acudiera a Bath tan pronto como le fuera posible.

Y en cuanto él llegara, Patience estaba convencida de que solo faltaría dar un pequeño paso para su discreta expulsión de la buena sociedad.

Sonrió con ironía hacia el suelo, cuando de pronto advirtió que el salón había quedado en silencio. Patience alzó la cabeza: todos se habían girado hacia la entrada.

—¿Qué mira todo el mundo? —le preguntó a Grace.

—Al caballero más codiciado de las últimas seis Temporadas —susurró su hermana, asombrada—. No tengo idea de qué hace en Bath.

—Guildford ha venido a la ciudad para asistir al funeral de su hermano, según creo —dijo el duque con calma.

—¿Y por qué no me lo habías dicho? —protestó Grace, escandalizada de que su marido hubiera guardado semejante noticia para sí.

Nicholas arqueó una ceja.

—¿Pretendes casar a Patience con el soltero más deseado de Londres, querida?

Grace se irguió con dignidad.

—¿Y por qué no? Al fin y al cabo, ella es cuñada de un duque y de un conde.

—Y de un vizconde también, no lo olvides —añadió Nicholas, divertido.

—¿De veras es el marqués de Guildford? —preguntó Temperance, aún sin aliento después de bailar una cuadrilla[2]—. Pensaba que seguía de luto por la muerte de su hermano.

—Pues parece que esta noche ha decidido dejar su pena a un lado —dijo Grace, encantada—. Qué suerte haber elegido precisamente este día para hacer la presentación de Patience.

—No pretendo frustrar sus planes, señoras —intervino Adam—, pero tengo entendido que Guildford mantiene cierta relación con la reina.

—¿Con la reina Carlota? —Temperance frunció el ceño.

—¿Es que hay otra? —respondió su marido con ironía.

—¡Qué fastidio! —Grace hizo un mohín—. ¿Nos atreveremos a llamar de nuevo la atención de su Majestad, y tan pronto?

Patience apenas escuchaba ya la conversación de sus hermanas. Dio un paso hacia adelante y se puso de puntillas, intentando ver por encima de las cabezas del gentío. Justo entonces, la pareja que tenía delante se apartó.

Cuando su campo de visión quedó despejado, se le escapó un jadeo involuntario.

Ante ella estaba el hombre más hermoso que había visto en su vida.

Era muy alto, casi mediría dos metros, y el traje de etiqueta le sentaba tan bien que parecía una segunda piel. Su cabello, tan

oscuro como la medianoche, enmarcaba un rostro en el que brillaban unos ojos de un azul cerúleo sorprendente. El corazón de Patience comenzó a acelerarse de forma absurda. Se obligó a apartar la mirada con brusquedad, reprochándose su necedad en silencio, justo a tiempo para oír a Grace decir:

—No creo que Su Majestad carezca por completo de sentido del humor; tal vez vea el lado divertido del incidente.

Nicholas resopló.

—Si bien aplaudo tu deseo de que tu hermana consiga el mejor partido posible, amor mío —declaró con una breve reverencia de disculpa hacia Patience—, creo que te convendría rebajar un poco tus expectativas —añadió al observar el gesto obstinado de su esposa.

Patience, comprendiendo por fin que hablaban de ella, las miró atónita.

—¿Estáis las dos chifladas? —balbuceó—. ¿Cómo demonios se os ocurre emparejarme con el marqués de Guildford? —Incapaz de contenerse, se rio ante las expresiones indignadas de sus hermanas —. Es ridículo imaginar que semejante hombre pudiera dedicarme una mirada, y mucho menos dos, e insisto en que os saquéis de inmediato esa estúpida idea de la cabeza, o juro que me marcharé de este salón de baile ahora mismo.

Grace suspiró.

—Tienes razón, Patience —concedió al fin—. Por mucho que me duela admitirlo, esa idea no es más que un cuento de hadas.

—Nosotras tuvimos nuestros cuentos de hadas, y también Faith y Hope —afirmó Temperance acaloradamente—. ¿Por qué habría de ser diferente para Patience?

—Porque yo no quiero eso —dijo Patience entre dientes, cuidándose de enfatizar el «no quiero».

—¿Quizá te gustaría tomar un poco el aire? —le preguntó Nicholas, lanzando una mirada de advertencia a su esposa. Patience lo miró un instante, después cedió y asintió—. Vamos, tomemos otro de esos tés que aquí parecen venerar tanto —añadió el duque, ofreciéndole el brazo a Patience—. Adam, no permitas que nuestras esposas tramen ninguna travesura.

—¿Cómo puedes pensar tal cosa? —alegó Grace

—Qué ocurrencia tan absurda... —protestó Temperance.

—No te preocupes —rio Adam—. Las vigilaré como un halcón.

Nicholas puso los ojos en blanco antes de volver la mirada hacia Patience.

—Sea cual sea el empeño de tus hermanas, nadie te obligará a casarte con quien no desees —le aseguró.

Adam asintió en señal de acuerdo.

—Tienes nuestra palabra.

Patience observó la mirada comprensiva de ambos y sintió un incómodo peso en el pecho. Solo esperaba que mostraran la misma comprensión cuando su planeada caída en desgracia al fin se consumara.

Max nunca había estado rodeado de tantas mujeres parlanchinas. Cualquier esperanza que hubiera albergado de descubrir algo relevante a través de los antiguos amigos de Hugo se esfumó por completo en los primeros quince minutos tras su llegada. Recordando demasiado tarde que este era solo el segundo baile al que asistía desde su regreso de Portugal, se encontró rodeado de un gran grupo de damas empalagosas con la obvia intención de no dejarle siquiera espacio para respirar. «Por Dios», masculló para sus adentros. «Si tengo que esquivar otra mano atrevida, soltaré una reprimenda que echará a temblar a todo este rebaño».

¿En qué demonios había estado pensando? Ni a esas madres casamenteras ni a sus remilgadas hijas les importaba un comino que él acabase de enterrar a su hermano. De hecho, sus imaginativas ofertas de proporcionarle «consuelo» habrían hecho sonrojar hasta al hombre más curtido.

Al cabo de media hora, Max había agotado su paciencia y supo que, si no escapaba de inmediato, acabaría haciendo algo de lo que luego se arrepentiría. Con tal brusquedad que obligó a dos damas a dar un paso atrás, se apartó a un lado e inclinó brevemente la cabeza.

—Les agradezco la animada conversación, señoras —dijo con frialdad—, pero me temo que, por desgracia, debo ausentarme un momento.

El coro de protestas casi le hizo perder la compostura. Aun así, Max forzó una sonrisa tensa, se inclinó de nuevo y se alejó a toda prisa.

—Maldita sea... —murmuró—. Necesito un trago. ¿Servirán algo más que ese té infernal que todos están bebiendo?

¿Era esto lo que le aguardaba hasta que eligiera esposa? Max apretó los dientes, más decido aún a recuperar a Sepideh. No imaginaba cómo podría pasarse toda la Temporada navegando en aquel mercado matrimonial sin perder la cordura. Con un estremecimiento, se dirigió hacia la primera puerta que encontró y siguió caminando por un pasillo desierto, mientras el ruido del salón se desvanecía a sus espaldas.

Al llegar frente a unas puertas acristaladas, las empujó y salió a una pequeña terraza cubierta de maleza, claramente muy poco frecuentada.

Se detuvo y, apoyándose en la pared, respiró hondo. Por fin, solo había silencio. Un bendito silencio. Cerró los ojos para calmarse. Si Bamford aparecía de improviso, debía conservar la sangre fría..., aunque, en ese exacto momento, si el conde ponía un pie en esa terraza, Max estaba casi seguro de que lo tumbaría de un puñetazo.

—Me temo que debo advertirle, milord, que uno de los dos ha de abandonar este lugar de inmediato y, dadas las circunstancias, mucho me temo que ha de ser usted.

Max casi dio un salto al oír aquella voz. Se irguió y entornó los ojos, tratando de distinguir algo entre la penumbra. Pasados unos segundos, alcanzó a ver un par de zapatillas de baile junto a un arbusto. Frunció el ceño y avanzó, hasta que las sombras revelaron la figura de una joven. Max soltó una breve maldición entre dientes.

—No es conveniente que lo vean conmigo —prosiguió ella, con una calma imperturbable—. Mi reputación va a ser arruinada y, si nos ven juntos, podrían considerar que usted es el culpable. Lo cual, por supuesto, sería completamente absurdo.

—¿Qué demonios está diciendo? —preguntó Max, sin saber si se había tropezado con una cita clandestina. O peor aún, con una trampa. Miró a su alrededor, temiendo que alguna madre indignada saliera de los descuidados setos para acusarlo de haber comprometido a su hija. Pero no se movía una hoja.

—Si le preocupa su reputación, *milady*, quizá no le convenga deambular sola por una terraza desierta.

—En realidad, mi reputación me importa un bledo —respondió ella con absoluta serenidad—. No me inquieta quién provoque mi ruina, siempre que sea un desconocido. Y usted, milord, desde luego no lo es. —Lo miró de frente, sin pestañear—. Lo vi llegar —añadió—. Mis hermanas se alborotaron al principio, hasta que les expliqué que un hombre como usted jamás mostraría interés por una mujer como yo.

—¿Y por qué no habría de interesarme? —preguntó Max, intrigado muy a su pesar.

Ella dejó escapar una breve risa despectiva.

—Porque no lleva gafas —se burló—. Si necesita formular esa pregunta, deduzco que no las usa por pura vanidad. Y, en ese caso, le recomiendo que se las ponga enseguida.

—Le aseguro que no padezco problemas de vista —replicó Max, entornando los ojos. Lo que había tomado por una sombra era, en realidad, el color de su vestido y, aunque no alcanzaba a definir los rasgos de la muchacha, advirtió que su tez era pálida. De hecho, su piel parecía ser del mismo tono que su traje de baile. «Ese color no le favorece», pensó de forma distraída—. ¿Por qué desea que su... seductor sea un desconocido? —preguntó Max de repente al recordar su comentario. No tenía ni idea de por qué continuaba aquella disparatada charla, cuando resultaba obvio que su mejor opción era alejarse lo más posible de aquella extraña mujer.

Ella dio un pequeño paso adelante y frunció el ceño.

—No tengo intención alguna de casarme —declaró con firmeza—. Y no deseo que mi caída en desgracia termine en una boda forzada. Si el causante de mi ruina no es nadie conocido, ¿quién podría exigirle que repare el daño?

—¿Y dónde irá usted cuando haya conseguido ser deshonrada? —preguntó Max con sarcasmo—. Eso, suponiendo que el elegido no hiciera nada especialmente indecoroso antes de haberla comprometido lo suficiente.

Patience lo miró desconcertada. ¿Por qué demonios seguía allí aquel hombre? Cuando ella se había escabullido de Nicholas, a quien había dejado charlando con un amigo sobre el precio del trigo, solo buscaba un momento de soledad. Nunca habría imaginado que el hombre más apuesto del salón querría hacer lo mismo.

Pero cuanto más tiempo permanecían juntos, mayor era el riesgo de que alguien apareciera. ¿Y si lo hacía alguno de sus cuñados? Patience se estremeció al pensar lo que ocurriría si la encontraban a solas con Guildford.

—Milord, se lo ruego, no puede quedarse aquí —suplicó, dando otro paso hacia él.

—Entonces, ¿de veras está esperando a alguien? —preguntó Max, sintiendo una inesperada preocupación por su seguridad.

—No, yo... No, no espero a nadie —respondió ella con exasperación —. Si quiere saberlo, solo buscaba un poco de soledad. Sí, mi reputación será... comprometida. Pero no ahora, no en este preciso momento. —Patience estuvo a punto de golpear el suelo con el pie, indignada—. A menos, claro está, que nos descubran. En cuyo caso, señor, se encontrará desfilando hacia el altar con una completa extraña, porque, como ya he dicho, usted será sin duda reconocido por cualquiera que nos vea.

Ella señaló con énfasis el pasillo vacío, más allá de las puertas acristaladas. Por alguna razón absurda, Max se sintió casi ofendido de que lo rechazara con tanto empeño. Llegó incluso a abrir la boca para protestar. «¿Qué demonios me pasa?», pensó, conteniendo una carcajada.

—En ese caso, señora —dijo con ironía—, le deseo buenas noches. Si aún no está preparada para su ruina, le aconsejo que regrese al salón cuanto antes, no sea que aparezca alguien todavía menos adecuado que yo.

Max hizo una breve inclinación y se volvió hacia la puerta. Pero se detuvo de pronto y miró por encima del hombro.

—Por favor, acepte mis disculpas si considera impertinente mi pregunta, pero... su nombre, por casualidad, ¿es Patience?

---

1 Nota de la traductora: En el original, *Assembly Rooms*, elegantes salones públicos del siglo XVIII y XIX, donde la alta sociedad se reunía para bailar, conversar y asistir a veladas musicales y eventos sociales.

2 Nota de la traductora: Baile de salón de moda en el siglo XIX, en el que intervienen dos parejas de bailarines en una formación de cuadrado.

CAPÍTULO 7



Al regresar al salón de baile apenas cinco minutos después, Patience permaneció en silencio mientras Grace le cantaba las cuarenta.

—Nicholas y Adam te han estado buscando por todas partes —la regañó su hermana antes de envolverla en un apretado abrazo—. Estaba tan preocupada por ti... —suspiró.

—No tenías por qué —respondió Patience, desconcertada por completo ante la inquietud de su hermana—. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma, como bien sabes.

—Pero no tienes experiencia en una situación como esta —declaró Temperance—. Podría haber pasado cualquier cosa. Cualquier cosa —repitió con énfasis.

Patience recordó los hermosos y marcados rasgos del marqués. De forma inesperada, se preguntó cómo sería ser seducida por semejante hombre. Tenía la íntima convicción de que él nunca la tomaría por la fuerza. De hecho, sospechaba que no tendría necesidad de hacerlo.

«¡Diantre! ¿De dónde había salido esa idea?», se preguntó. Conmocionada por sus propios pensamientos, Patience parpadeó y se apartó del abrazo de su hermana.

—Como puedes ver, estoy muy bien, así que no hay motivo de alarma —razonó con pragmatismo—. Aunque debo confesar que me siento sumamente cansada.

—Tienes razón. Ahora sería un buen momento para pedir que traigan el carruaje antes de que comience la avalancha de salidas.

Unos minutos más tarde, Patience observó con aprensión cómo Nicholas y Adam se acercaban lentamente. Sin embargo, una vez estuvieron lo bastante cerca como para que ella pudiera ver sus expresiones, se sintió aliviada al notar que ninguno parecía demasiado encolerizado. De hecho, tuvo la fortuna de que el único comentario del conde fuese una observación seca sobre que, para el próximo baile, quizá deberían considerar traer consigo la correa de Freddy.

—O unas riendas —añadió el duque.

Patience los miró a ambos con aire avergonzado antes de ofrecer una torpe disculpa. Puesto que ninguno de ellos desconocía la afición de su cuñada por desaparecer en los momentos más inoportunos, se limitaron a enarcar las cejas.

Media hora después, ya dentro del carruaje, Patience dejó escapar un sentido suspiro.

—Y bien —dijo Temperance con entusiasmo—, ¿qué te ha parecido tu primer baile, Patience? —Al ver el rostro pálido y cansado de su hermana, añadió con calma—: Confieso que me sentí como pez fuera del agua durante mi presentación. La verdad es que lo detesté.

Patience la observó con atención. Era difícil imaginar a Tempy sintiéndose de otra manera que no fuese segura de sí misma. Salvo en las ocasiones en que su temperamento, ciertamente volátil, se descontrolaba.

Temperance le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la mano.

—Por favor, no te angusties, querida —dijo—. Continuaremos con tus lecciones de baile, así podrás salir a la pista la próxima vez. Te sentirás muy diferente cuando un apuesto caballero te haga girar por la sala.

Patience esbozó una débil sonrisa, demasiado cansada para reiterar que, a pesar de sus muchas semanas de lecciones, seguía teniendo dos pies izquierdos y que cualquier intento de hacerla girar bien podría resultar en que uno o más de sus compañeros de baile sufrieran graves lesiones en la cabeza.

—Supongo que tu hermana está fatigada —murmuró el duque antes de que su esposa interviniera, ganándose con ello una mirada agradecida de Patience.

—La verdad es que estoy agotada —respondió ella. Cerró los ojos deliberadamente y no volvió a abrirlos hasta que el carruaje se detuvo frente a su residencia. No tenía sentido seguir discutiendo con sus hermanas. Con un poco de suerte, pronto estaría de regreso en Blackmore y no tendría ocasión ni de hacer el ridículo ni de provocar accidentes en la pista de baile.

Max estaba seguro de que la extraña muchacha de la terraza no era otra que Patience Shackleford. De hecho, era casi exactamente como Northwood la había descrito. Pero por mucho que la duquesa y la condesa albergaran ambiciones respecto a su hermana, él no concedía muchas posibilidades a que consiguieran llevarla frente al altar. Sonrió para sus adentros. Resultaba refrescante encontrar a una mujer que no considerase el matrimonio como el santo grial que otros proclamaban. Aunque, si había que creer a Northwood, ella le estaba haciendo un favor a toda la población de varones solteros.

Aún riéndose entre dientes, volvió al salón y chocó de frente con el conde de Bamford.

Max fue el primero en recomponerse.

—Bamford —dijo con voz cortante, apenas inclinando la cabeza.

Los años no habían sido benévolos con el conde, pero considerando los rumores sobre su disoluto estilo de vida, Max pensó que no era de extrañar. Era bajo y gordo, con el cabello ralo de color arena y una tez rubicunda. Max calculó que rondaba los cuarenta y tres, pero, en realidad, parecía mucho mayor.

—Guildford —respondió Bamford. Si el conde sintió alguna incomodidad por la colisión, lo ocultó bien, aunque la reverencia que le dedicó a continuación rozó lo teatral—. Debo ofrecerle mis más profundas condolencias por la muerte de su hermano —dijo con aire lastimero al enderezarse—. Me temo que somos muchos los que hallamos la pérdida de Hugo casi insoportable.

La tentación de partirle la cara al bastardo era tan fuerte que Max tuvo que apretar los puños y clavarse las uñas en las palmas para contenerse.

—No sabía que usted y mi hermano fuesen algo más que conocidos casuales —logró decir con voz áspera.

—Es comprensible. Al fin y al cabo, usted estuvo ausente bastante tiempo, señor. Me gusta pensar que actué como... bueno, como un hermano mayor sustituto. Una influencia moderadora mientras usted estaba fuera.

Muy al contrario que Max, Bamford parecía estar disfrutando de su encuentro. Incluso le estaba provocando, comprendió enseguida. Aquel descubrimiento le cayó como una jarra de agua fría.

Max respiró hondo.

—Mi hermano y yo teníamos diferencia de opiniones —dijo con pesar —, cosa que supongo que usted ya sabía. Él no era un buen juez del carácter ajeno, me temo, aunque saber de su amistad con el príncipe Jorge me ha proporcionado mucho consuelo. Si usted también le ofreció a Hugo... consejos y orientación, acepte mi agradecimiento.

—En efecto —contestó Bamford con el mismo tono afligido—. La amistad de su hermano fue algo que atesoraré el resto de mis días. Fue tan generoso...

«Demasiado», pensó Max con rabia contenida. A punto de perder los nervios, asintió con brusquedad.

—¿Se quedará mucho tiempo en Bath, Guildford? —continuó Bamford. A pesar de la aparente ligereza de su pregunta, Max reconoció que el conde estaba tanteándolo, y se obligó a contener su ira. No tenía intención de abandonar la ciudad hasta haber recuperado a Sepideh, pero si el diamante estaba oculto en la casa de Bamford, Max no podía permitirse hacer nada que instara al conde a trasladarlo a otro lugar. Lo que implicaba que tendría que seguirle el juego.

De algún modo debía controlar su maldito temperamento y dar una razón convincente para no regresar de inmediato a su finca o a Londres. Respiró hondo de nuevo.

—Nunca había tenido ocasión de visitar Bath —declaró Max al fin— y, pese a las circunstancias tan desafortunadas, he hallado la ciudad y a sus... residentes, sumamente agradables. Pienso quedarme una o dos semanas para explorar el terreno, por así decirlo.

—Ah —respondió Bamford con una leve sonrisa lasciva, captando al instante la insinuación de Max—. Yo también hallé a la gente de Bath de lo más... complaciente.

Max observó la figura corpulenta y sudorosa que tenía delante y dudó que alguna mujer acudiera de buen grado al lecho del conde.

—No le privaré más de sus diversiones, señor —continuó Bamford con cortesía—. Este pequeño *tête-à-tête*[1] ha sido muy esclarecedor. —Negó con la cabeza con aire contrito—. Me temo que el querido Hugo no hablaba mucho de usted, aunque estoy seguro de que lo echó de menos en su ausencia.

Max abrió la boca para soltar una respuesta devastadora, pero logró callarse a tiempo y se limitó a inclinar la cabeza con rigidez y a forzar una sonrisa que más parecía una mueca.

Mientras el conde se alejaba, Max tuvo que obligarse a permanecer inmóvil. Las ganas de destrozar algo lo desbordaban. Entonces divisó a varias damas que se aproximaban hacia él.

«Que el diablo se lleve a las madres casamenteras», masculló para sí.

Se sentía exhausto de repente, y la perspectiva de soportar más charlas triviales con debutantes insípidas le revolvía las tripas. Tenía que salir de allí enseguida. Antes de que la primera de esas matronas obstinadas lo alcanzara, se giró sobre sus talones y caminó a grandes zancadas, decidido a encontrar una puerta trasera.

A pesar del cansancio, Max no pudo conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. Si bien había sugerido una excusa razonable para su permanencia en Bath, no había nadie en la ciudad por quien sintiera afecto. Frunció el ceño en la oscuridad. Lo último que deseaba era dar falsas esperanzas a alguna pobre incauta, y aunque él sucumbiera a semejante conducta, tan poco caballerosa, el tiempo se le acababa.

Ahora, a la fría luz del alba, empezaba a creer que no le quedaba otra opción que intentar entrar en la casa de Bamford a escondidas del conde y tratar de localizar el diamante como fuera.

Naturalmente, allanar moradas no formaba parte, por lo general, de la educación de un caballero, pero Max siempre había sido ingenioso y creía que sería capaz de encontrar la manera de entrar sin demasiadas complicaciones. Dicho esto, si lo sorprendían husmeando y luego se viera obligado a enfrentarse al conde, aquello podría provocar el escándalo que precisamente deseaba evitar, arrastrando por el fango tanto el nombre de la familia Wolverton como, lo que sería más desastroso aún, el del príncipe regente y, en consecuencia, el de la reina Carlota.

Max entrelazó sus dedos por detrás de la cabeza y contempló las primeras luces del alba que se filtraban por los bordes de las cortinas, muy consciente de que se estaba agarrando a un clavo ardiendo.

Por algún motivo, sus pensamientos regresaron a la conversación con Patience Shackleford. Aunque ella no se lo había confirmado realmente, él no dudaba de su identidad. Pensó de nuevo en los comentarios de Northwood y no pudo evitar reírse entre dientes. Era obvio que las hermanas de la joven Shackleford desconocían su ridículo plan para frustrar los intentos de estas para casarla, y él no iba a traicionar la confianza de la muchacha. De hecho, si él les revelaba su ridículo plan, no solo no le haría ningún favor a la chica, sino que arriesgaría sin remedio la reputación de ambos, aunque tenía la esperanza de que ella no diese un bocado más grande del que podía masticar.

La diversión de Max se desvaneció al instante y frunció el ceño en la penumbra de su alcoba. ¿Y si ella estaba de veras decidida a ponerse en peligro? ¿Hasta qué punto estaba desesperada por evitar el matrimonio?

Patience Shackleford le había dejado muy claro que no tenía intención de casarse. Pero ¿hasta dónde sería capaz de llegar para conseguirlo?

Max se obligó a incorporarse y se quedó sentado en su cama.

«¡Por todos los infiernos!», maldijo en voz alta. Al haberle confiado su secreto, ella lo había convertido de forma instantánea en cómplice involuntario de su ardid. Él no podía, en conciencia, quedarse de brazos cruzados cuando las consecuencias podían ser devastadoras, condenándola a un destino inconcebible. ¿Lo habría involucrado ella a propósito? Max recordó su desesperación por librarse de él. Estaba claro que la chica no había planeado su encuentro.

Max se reclinó contra el cabecero de roble y dejó escapar un gemido. Realmente, no necesitaba más complicaciones en su vida. Tenía que centrarse en recuperar lo único que salvaría a su familia de la penuria. No disponía de tiempo para enredarse con una muchacha insensata que muy probablemente estaba chiflada. Ella no le agradecería su interferencia e insistiría en que la dejase buscar el camino hacia su propia ruina de la manera imprudente que desease. Él no podía ayudarla.

A menos que...

Después de haber dado vueltas en la cama la mayor parte de la noche, Patience terminó rindiéndose al sueño alrededor del alba, para disgusto de Freddy. Ella se había llevado al sabueso a su habitación pensando que su presencia le daría la calma necesaria para descansar, pero, por más que lo intentó, no logró sacarse de la cabeza el semblante del marqués de Guildford. ¿Cómo demonios había adivinado él su nombre? Nunca se habían encontrado; de hecho, lo recordaría muy bien de haber sido así. Y ella había sido tan tonta como para confesarle su plan a un perfecto desconocido. Qué cabeza de chorlito era... Si él le contaba a alguien sus escandalosas intenciones, la vergüenza salpicaría a su familia al completo, sin importar que uno de sus miembros fuera un duque.

¿Cuándo se habían complicado tanto las cosas?

Al levantarse de la cama, Patience sintió que el nudo en torno a su cuello se apretaba un poco más. Sabía que se le acababa el tiempo. Si John no llegaba pronto, se vería obligada a... a... Verdaderamente, no tenía la menor idea de qué podía hacer. No tenía a nadie más en quien confiar.

Presa de una sensación claustrofóbica, se acercó a la ventana y descorrió las cortinas para dejar entrar la tenue luz del amanecer. Encendió una vela deprisa y se preguntó si no sería demasiado temprano para dar un paseo. Si salía ahora, regresaría mucho antes

de que la doncella viniera a despertarla. Su familia no se enteraría de su escapada y ella no se metería en ningún lío.

Dejó la vela en la mesa, abrió de par en par el armario y se quedó mirando la multitud de hermosos vestidos que se consideraban necesarios para dar la impresión correcta. Qué tontería...

Aceptando que, en esta ocasión, no podía arriesgarse a ponerse sus habituales pantalones, Patience rebuscó hasta encontrar el vestido que solía llevar para cenar en la vicaría y que había heredado de Faith. Lo sostuvo en alto y pensó que siempre le había parecido ridículamente pomposo, con sus dos lazos de satén en carmesí desvaído. Soltó un suspiro, se lo puso por la cabeza y comenzó a abrochar los botones, tal y como lo había hecho cada noche en el pasado.

Cundo terminó, se colocó un chal sobre los hombros, apagó la vela y se volvió hacia el perro somnoliento.

—Vamos, Freddy... —susurró, abriendo despacio la puerta de su alcoba. Sabía que los criados ya estarían levantados, así que debía andar con cuidado.

Al bajar las escaleras con Freddy a su lado, Patience sintió una súbita oleada de júbilo. Esto era lo que mejor se le daba. Era su mundo. Escabullirse de casa sin ser vista le resultaba tan sencillo como respirar.

Al deslizarse por la puerta principal y bajar corriendo los escalones hacia la tranquila plaza, apenas logró resistir el impulso de reír en voz alta, gozando de su libertad. Durante la próxima hora, al menos, permitiría que la verdadera Patience sustituyera a la marioneta.

El marqués de Guildford era, por naturaleza, madrugador. Disfrutaba de la quietud del alba, de la sensación del mundo preparándose para un nuevo día. Sin embargo, en los últimos años, antes de su estancia en Portugal, las inacabables responsabilidades del

marquesado lo habían obligado a pasar muchas mañanas en su despacho, en lugar de en contacto con la naturaleza.

Esta mañana, no obstante, tras haber estado despierto la mayor parte de la noche, Max estaba desesperado por escapar de las sofocantes paredes de su casa alquilada. Así, en cuanto hubo luz suficiente y, seguro de que no se cruzaría con nadie importante, se vistió de forma sencilla, y salió sin ser visto al exterior.

Caminar por las calles de Bath tan temprano era como entrar en otro mundo. Solo había criados, comerciantes y mendigos. Los posibles carteristas aún estaban durmiendo, sabiendo que a esas horas habría poco o nada que rascar. El sol había comenzado a brillar entre los huecos de los edificios, dando reflejos dorados a las piedras color miel. Max respiró hondo y se pasó la primera media hora saboreando su soledad.

Sin embargo, sus pensamientos no tardaron en regresar a su dilema: en concreto, cómo prolongar su estancia en Bath sin despertar las sospechas del conde de Bamford.

¿Accedería Patience Shackleford a su propuesta? Max no era tan necio como para poner en marcha su plan sin el consentimiento de ella. Si él mostraba cualquier tipo de interés, aunque fuese fingido, por la cuñada del duque de Blackmore, podría terminar siendo vetado si no tenía cuidado. Y Patience Shackleford le había dejado muy claro que no estaba interesada. De hecho, Max no pudo evitar reírse entre dientes al pensar en su cara si él decidía ir a visitarla. Una humillación innegable para un hombre acostumbrado a que las mujeres cayeran rendidas a sus pies.

Pero, aunque ella sin duda quedaría horrorizada, Max no permitiría que la humillaran cuando él tuviera que retractarse, como al final tendría que hacer. Aunque a la muchacha pareciera no importarle su propia reputación, no iba a ser él quien la avergonzara ante el mundo. Como ella misma le había dicho con elocuencia, realmente necesitaba ser arruinada por un completo don nadie. Desde luego, no por un marqués.

Si Patience Shackleford aceptaba llevar a cabo su farsa, él la ayudaría a conseguir su objetivo asegurándose de que ella no sufriera daño alguno. Ahora, lo único que tenía que hacer era persuadirla de que participara en el juego. Algo muy simple, siempre y cuando encontrase una oportunidad para hablar con ella a solas.

Absorto en idear cómo conseguiría tal encuentro, Max casi pasa de largo junto al mismísimo objeto de sus cavilaciones. En efecto, lo habría hecho de no haber sido por el sabueso al que ella perseguía.

Freddy estaba acostumbrado a acompañar a Patience en sus largas excursiones por Blackmore. Bath no tenía la abundancia de olores maravillosos que siempre asaltaban el excelente olfato del animal cuando este husmeaba por las colinas y campos de South Devon, pero, aun así, la ciudad balnearia ofrecía novedades interesantes, y una en particular le resultó especialmente llamativa. Al alzar el morro, Freddy soltó un ladrido de emoción y tiró con brío de la correa. Patience, que paseaba disfrutando del sol de la mañana, no esperaba el impulso del sabueso y la correa se le escapó de las manos.

Después de murmurar una maldición muy poco femenina, Patience se alzó las faldas y echó a correr tras él.

Aunque sus largas caminatas en solitario la habían hecho más fuerte que la mayoría de las jóvenes de su edad, no estaba en absoluto preparada para competir con el vigor ni la velocidad de un sabueso. Eso sin contar con sus ridículos zapatos de ciudad, totalmente inadecuados para correr. Solo había dado unos pocos pasos cuando tuvo que detenerse para quitárselos, lo que le hizo perder un tiempo valioso. Con un lenguaje que habría hecho palidecer a su padre, Patience se guardó los zapatos debajo del corsé y echó a correr de nuevo, con el corazón en la boca al ver que el perro desaparecía al doblar una esquina.

—Lo mataré... —dijo sin aliento al encontrarlo, viendo con horror que el sabueso galopaba hacia un caballero solitario, quien sin duda

había salido a disfrutar de un paseo matinal como ella. Durante unos angustiosos segundos, Patience pensó que Freddy se lanzaría sobre el transeúnte, pero el perro soltó un alegre ladrido y se desvió hacia la izquierda, dispuesto, sin duda, a continuar adelante—. ¡Deténgalo! —le gritó al extraño, tirando cualquier resto de decoro por la borda.

Sobresaltado, el hombre alzó la vista y, con impresionante coraje o idiotez, según se mirase, se interpuso en el camino del perro, extendió el brazo, y gritó:

—¡Siéntate!

«¿Siéntate?». Patience no supo si reír o llorar, pero, para su completa sorpresa, Freddy se paró en seco y, tras mirar al hombre un instante, movió la cola y obedeció.

—Coja la correa —dijo ella mientras se tambaleaba descalza hacia su salvador—. Puede que vuelva a escaparse.

El caballero se agachó y tomó el asa de la correa justo cuando Patience llegaba a su lado, expresándole entre jadeos su más profundo agradecimiento. Pero, en cuanto el desconocido se incorporó, ella se quedó muda, al quedar frente a frente con la mirada azul y escrutadora del marqués de Guildford.

---

1 Expresión francesa que significa «conversación privada o íntima entre dos personas»

CAPÍTULO 8



Patience se puso roja como un tomate en cuestión de segundos y, ante lo absurdo de la situación, hizo lo único que se le ocurrió: se echó a reír.

—Señora, no alcanzo a comprender qué le resulta tan gracioso —dijo el marqués, indignado—. Su perro carece por completo de modales y casi me atropella —añadió, lo que solo aumentó la diversión de ella.

—¿Le pidió que se sentara? —logró decir Patience con incredulidad —. Me atrevo a suponer que usted no tiene perro, milord.

—Ha funcionado, ¿no es así? —declaró Max, curvando un poco sus labios por primera vez.

—No puedo creer que le haya hecho caso —rio Patience—. Normalmente se hace el sordo ante cualquier palabra que no implique comida.

Ella se sacó un pañuelo y se enjugó las lágrimas de risa, mientras extendía la mano para reclamar la correa. Cuando él se la entregó, sus manos se rozaron apenas un segundo, pero bastó para que un hormigueo inesperado la recorriera de arriba abajo. Con el rostro ardiendo por segunda vez, Patience lo miró en silencio, paralizada ante aquel hombre de presencia imponente. Él se inclinó ligeramente

y, por un instante que casi le para el corazón, ella creyó que iba a besarla.

En lugar de eso, el marqués murmuró en voz baja:

—Señorita Shackleford, nada más lejos de mi intención que cuestionar sus hábitos, pero... ¿es consciente de que lleva un par de zapatos bajo el vestido?

—Maldición... —bufó ella, mirando los zapatos que asomaban por su escote, como si acabaran de aparecer allí por arte de magia. Los sacó con brusquedad, los dejó caer al suelo y se levantó las faldas para calzárselos de nuevo. Por desgracia, los pies se le habían puesto del mismo color que las botas del marqués, y bajó la tela de inmediato para ocultarlos, intentando ponerse los zapatos sin mirarlos—. ¿Y qué hace usted tan temprano fuera de casa? —le preguntó al marqués, aferrándose a su brusquedad habitual para ocultar su humillación.

—Iba a formularle exactamente la misma pregunta, señora —respondió él con sequedad. Si a él le sorprendió su rudeza, no lo demostró.

Patience no contestó de inmediato, empeñada en meter los pies dentro de aquellos condenados zapatos que se enredaban con el vestido. En realidad, habría deseado que la tierra se abriera bajo ella y la tragara entera.

—Creo que es muy evidente, lord Guildford —dijo Patience entre dientes—. Simplemente estoy dando un paseo.

—¿Sola? —preguntó él, alzando una ceja.

—Sí, sola —siseó ella antes de mascullar—: Malditos zapatos..., los detesto. —Se levantó la falda de nuevo y, por fin, logró calzarse, mostrando unos pies visiblemente sucios antes de bajarse el dobladillo del vestido—. Así que... —declaró con altivez, como si no acabara de blasfemar delante de un noble—, le deseo un buen día, milord. Vamos, Freddy. —Conteniendo las ganas de llorar, alzó la

cabeza y trató de rodear al marqués, que no se había movido ni un milímetro.

Consciente de que no había manejado demasiado bien aquel encuentro, Max trató de reconducir la situación.

—Permítame acompañarla a su destino —se ofreció—. No creo que sea seguro que ande sola a estas horas.

Patience frunció el ceño y abrió la boca, pero la cerró enseguida. Aquella conversación no hacía sino empeorar. Respiró hondo y, haciendo un esfuerzo por mostrarse correcta, murmuró:

—Le agradezco su preocupación, milord, pero estoy acostumbrada a caminar sola y dudo mucho que alguien se atreva a abordarme mientras Freddy me protege.

—Y se ha mostrado muy eficaz hace un momento —respondió él—. Su costumbre de pasear sola puede ser inofensiva en el campo, pero esto es una ciudad y, si no le preocupa su seguridad, tal vez debería considerar su reputación, dado que aún no está en disposición de arruinarla. A menos, claro, que las cosas hayan cambiado desde anoche.

«¿Qué demonios le ocurría a este hombre?», se preguntó ella. Si él pretendía ayudarla, desde luego había elegido el peor camino.

—Yo... yo... —Patience se quedó sin palabras, algo tan inusual que toda su familia se sorprendería de verla así. Aquel hombre odioso estaba dejando perfectamente claro lo que pensaba de ella. ¿Por qué tuvo que hablar con él en el baile la noche anterior? Si se hubiese quedado entre las sombras, el marqués ni siquiera habría advertido su presencia y se habría marchado sin saber que ella existía. —Al fin, Patience se irguió y dijo con frialdad—: Le ruego acepte mis disculpas por las confidencias que le hice anoche, lord Guildford. Fue un completo error por mi parte. Mis asuntos no le incumben y, como estoy segura de que no desea convertirse en el villano ejecutor de mi desgracia, creo que hemos prolongado este

encuentro más de lo necesario. —Patience inclinó la cabeza con cortesía y, luchando contra las lágrimas, continuó su camino.

Admitiendo que su intento de arreglar la situación había sido un desastre, Max buscó algo que decir para impedir que ella se marchara.

—Tengo una propuesta que hacerle —declaró de pronto a su espalda, cuando ella ya se alejaba.

Por un instante, pensó que la muchacha no se detendría, pero lo hizo y, tras un momento de vacilación, se volvió hacia él. Para sorpresa de Max, ella tenía el semblante encendido de indignación.

—Ah, ¿una propuesta, milord? —le espetó Patience con desprecio—. ¿Tiene algo que ver con mis palabras insensatas de anoche, quizá? ¿Se está ofreciendo para arruinarme? —Cegada por la ira —dirigida, en verdad, contra sí misma—, ella no se dio cuenta de la creciente frialdad en la expresión de él y continuó hablando—. Sin duda, me tendrá por presa fácil, señor mío. Una campesina a la que puede... tomar y olvidar después. Desde luego, me expuse a ello al confiar en usted como una necia. Pues bien, descanse tranquilo, porque, aunque usted fuera el último hombre sobre la faz de la tierra, yo jamás... —Se calló de pronto, demasiado consciente del silencio glacial del marqués.

—¿Ha terminado ya, señorita Shackleford? —preguntó él, con el rostro convertido en una máscara de absoluto desdén.

Ella lo miró, comprendiendo de inmediato que había ido demasiado lejos. Sus palabras no solo habían sido groseras, sino francamente vulgares. Había insultado a un noble. Y lo peor era que no sabía por qué.

—Tiene razón en describirse como una muchacha de campo —prosiguió él en el mismo tono gélido—. Lo que ha olvidado mencionar es que también es una arpía grosera y malhablada, y compadezco a cualquier hombre que tenga la desgracia de verse

involucrado con usted. Puede estar segura de que yo no seré ese hombre. —Entrecerró los ojos y la miró con desprecio—. ¿O acaso imagina que tengo un gusto peculiar por las mujeres maleducadas y con los pies negros como el hollín?

Con una leve inclinación de cabeza, el marqués dio media vuelta y echó a andar.

Patience lo contempló alejarse, luchando contra las lágrimas de rabia.

—Qué hombre tan detestable... —murmuró para sí—. ¿Qué le hace pensar que yo siquiera consideraría ser su amante? ¿Cómo se atreve a insinuar tal cosa?

Patience se calló de repente, como si algo le golpeara en el estómago. Apenas podía respirar. Él no había sugerido nada de eso. Ni una sola vez. Lo había supuesto ella.

Dios Santo... Esta vez sí que había traspasado todos los límites. Había insultado a un noble. Y no solo eso: le había hablado como una mujerzuela de los callejones de Haymarket. Su comportamiento había sido vergonzoso, incluso para sus bajos estándares. Si su familia llegaba a saber que había sido tan imperdonablemente grosera con el marqués de Guildford, el escándalo sería inmenso. ¿Qué demonios la había puesto tan furiosa?

Recordó el hormigueo que le recorrió el cuerpo al rozarle las manos y reprimió un sollozo.

La verdad era que, por un solo instante, se había preguntado cómo sería que un hombre así la amara. No, ni siquiera se lo había preguntado. Simplemente, lo había anhelado.

Max estaba furioso. Consigo mismo, con Patience Shackleford, con el inútil de su hermano..., con todo el maldito mundo. ¿Cómo había llegado a ese punto? Discutiendo con una mocosa deslenguada y descalza como si fuera un mozo de taberna... Negó con la cabeza.

Ella podía tener los modales de una buscona, pero él tampoco había estado a la altura. Su respuesta había sido injustamente cruel. No solía ser hiriente de forma gratuita, pero Patience Shackleford tenía algo que lo sacaba de quicio.

No era hermosa. En realidad, ni siquiera era bonita. Pero poseía una vitalidad que nunca había visto en ninguna otra mujer. Trató de recordar la última conversación significativa que había mantenido con una dama. En realidad, la única mujer con la que había tenido una verdadera conversación era la reina Carlota. Y, por necesidad, aquellas charlas eran bastante unilaterales. Incluso las mujeres con las que se había acostado no tenían interés en nada más que su rostro y su título.

Pero Patience Shackleford decía lo que pensaba, y al diablo con las consecuencias. Sus palabras podían ser impertinentes, pero resultaban curiosamente refrescantes, al igual que su absoluta indiferencia por las convenciones sociales. A medida que su ira se desvanecía, Max se sorprendió riendo al recordar cómo ella intento calzarse de modo que él no viera la suciedad de sus pies. Aunque ahora estaba seguro: ella jamás le ayudaría. Eso lo sabía.

Max suspiró cuando subió por fin los escalones de su residencia. Aquel día haría una lista de debutantes dispuestas a intercambiar un título por una generosa dote. Al llegar a lo alto de la escalinata, el mayordomo abrió la puerta. Max asintió con cordialidad, pasó junto al criado y pidió que el desayuno le fuera servido en el invernadero.

—Eh... Milord. —La voz inquieta del mayordomo lo detuvo. Max se volvió con el ceño fruncido, y no pudo evitar notar que el hombre se retorcía las manos con ansiedad.

—¿Hay algún problema, Travis? —preguntó el marqués.

—Espero que no, milord —respondió el mayordomo, con tono más de súplica que de afirmación—. Hay... una joven que desea verle —continuó el criado, antes de que el marqués perdiera lo poco que le quedaba de paciencia—. Ha venido... sola.

La forma en que Travis apretó los labios hablaba por sí misma: que una joven entrase sin carabina en la casa de un soltero era poco menos que un escándalo.

—¿Qué joven?

—Dice llamarse Patience Shackleford, milord —contestó el mayordomo—. Ha pedido que le informe de que ha venido a disculparse. Trae un perro con ella.

Por un segundo, Max creyó no haber oído bien.

—¿Pero qué demonios...? —murmuró para sí. ¿Es que la muchacha quería ahorcarse con sus propias manos?—. Hágala pasar al invernadero —le ordenó al mayordomo—. Y diga a la señora Crawford que traiga té.

El criado respondió con un murmullo obediente y Max se dirigió a la pequeña, pero elegante galería acristalada situada al fondo de la casa. Para su sorpresa, la idea de otro enfrentamiento con Patience no le provocó el habitual dolor de cabeza. Si ella venía de veras a disculparse, al menos sería entretenido. Observó absorto a una abeja que zigzagueaba entre las flores y esperó. No tuvo que hacerlo mucho tiempo.

—La señorita Shackleford y... su acompañante canino —anunció Travis minutos después.

Max se volvió, asintió al mayordomo y fijó la mirada en la mujer que había irrumpido con tanta determinación en su vida.

—¿Es consciente, señorita Shackleford —le espetó él—, de que las jóvenes no deben entrar solas en la residencia de un caballero soltero?

—Soy perfectamente consciente, milord —respondió ella tras un instante y, aunque esbozó una mueca de desafío, su gesto se desdibujó enseguida—. Sé bien que mi presencia aquí puede... suscitar ofensa, así que seré breve.

—¿De veras? —replicó Max, arqueando una ceja con ironía.

La expresión herida que ella mostró casi le hizo soltar una carcajada. Por suerte, antes de que la muchacha pudiera responder, llegó el servicio con la bandeja del té.

—Siéntese, señorita Shackleford —le pidió Max—. Debe de estar fatigada tras sus... esfuerzos matutinos.

Esta vez, Patience reprimió la mueca y se limitó a tomar asiento en silencio. El sabueso la observaba fijamente, indeciso entre su ama y las tostadas de la bandeja, y emitió un leve gemido. Patience bajó la mirada, y su rostro se suavizó.

—Mucho me temo que Freddy echa de menos su desayuno —murmuró, acariciándole detrás de la oreja.

Max la observó y, contra todo pronóstico, le asaltó una imagen de ella haciéndole lo mismo a él. Por alguna absurda razón, aquello hizo que su cuerpo reaccionara de forma traicionera. Atormentado, se removió en su asiento y apretó los dientes, luchando por ocultar aquella respuesta indeseada. Lo último que necesitaba era darle motivos para que ella pensara que sus intenciones eran lascivas.

—¿Y usted, señorita Shackleford? —consiguió decir Max al cabo de unos segundos—. ¿Echa de menos su desayuno, quizá? ¿No estará su familia preguntándose dónde se encuentra ahora mismo?

—Oh, por favor —dijo ella con desdén—. Están más que acostumbrados a que no esté donde se supone que debo estar. —Tomó un sorbo de té—. Sin embargo, tal como usted señaló esta mañana, milord, esto no es Blackmore, y no deseo preocuparles. —Dejó la taza y añadió con firmeza—: Así que iré al grano. He venido a disculparme por mi grosería anterior. Fue imperdonable, y mi única excusa es que no estoy habituada a conversar con... un caballero de su rango.

Max alzó las cejas, pero no dijo nada. Ella aún no había terminado; el mordisqueo de su labio inferior la delataba.

—También quisiera rogarle, lord Guildford —continuó Patience—, que no permita que los detalles de nuestro... desacuerdo... lleguen a oídos de los chismosos. —Se mordió aún más el labio, y él no pudo evitar notar cómo se le oscurecía—. Naturalmente, tiene todo el derecho de divulgar mi comportamiento —declaró ella con la voz temblorosa—. Pero ojalá no lo haga.

Las últimas palabras fueron apenas un susurro. Se mostraba tan distinta a la joven insolente de esa mañana que Max casi pensó que estaba ante otra persona.

—Sea cual sea su opinión sobre mí, señorita Shackleford —respondió él con calma—, debo recordarle que soy, ante todo, un caballero. Puede estar segura de que nada de lo que ocurra entre nosotros será divulgado por mí.

El alivio se dibujó en la expresión de ella de forma palpable. Y entonces sonrió. Max contuvo el aliento. Su rostro se transformó por completo. Aparecieron dos hoyuelos encantadores bajo los pómulos, y sus ojos parecieron iluminarse. Era la primera vez que la veía sonreír. Y, cuando lo hacía, era hermosa.

Max sabía que lo que él iba a decirle a continuación sería como arrojar un cubo de agua helada sobre aquella sonrisa, pero debía aprovechar su gratitud si quería convencerla de que lo ayudara.

—Hay algo que desearía pedirle a cambio —dijo con cautela.

Tal como esperaba, la sonrisa desapareció al instante y ella frunció el ceño, recuperando su gesto habitual. Tomó la taza de nuevo, sin duda para ganar tiempo. Después de darle un sorbo, le sostuvo la mirada y preguntó con educación, aunque no sin recelo:

—¿Qué desea de mí, señor?

Max tomó aire, deseando que la taza contuviera *brandy*, y le expuso su plan al completo.

CAPÍTULO 9



—Entonces, ¿qué opinas de este... este conocido, Percy? —El reverendo Shackleford bajó la vista hacia la carta que Patience le había entregado dos días antes—. ¿Envío esta condenada cosa o no? —Negó con la cabeza—. Todo me parece endemoniadamente turbio, y todos sabemos que Patience no es de fiar ni para decir la verdad sobre lo que ha desayunado si eso la mete en un lío.

—Con el debido respeto, señor, creo que eso es un poco duro por su parte —protestó Percy—. La verdad puede ser muy subjetiva, como usted mismo ha reconocido en más de una ocasión.

El reverendo gruñó y volvió a mirar la carta antes de suspirar y guardársela en el bolsillo.

—No lo puedo evitar, Percy. Tengo un mal presentimiento respecto a involucrar en nuestros planes a esa... persona, sea quien sea. Podríamos acabar metidos justo en el atolladero que queremos evitar. Creo que deberíamos andar con muchísimo cuidado. Vigilar y esperar, esa debería ser nuestra estrategia, y después estar listos para atacar en cuanto surja la ocasión, por así decirlo.

—¿Y qué es exactamente lo que pretendemos atacar? —preguntó Percy, alarmado—. Tal vez deberíamos limitarnos a observar y esperar. Patience es una joven muy ingeniosa, señor. En mi opinión,

ella sola logrará salir del apuro en el que se ha metido sin que nosotros nos enredemos en ningún ataque.

El reverendo Shackleford hizo una mueca y asintió.

—Contención de daños, muchacho, contención de daños...

Para sorpresa de Max, Patience no parecía horrorizada por su revelación. De hecho, ella se mostró de lo más comprensiva cuando él le habló de los subterfugios de su hermano y su repentina muerte. Sin embargo, al llegar a la parte en la que le explicó que él mismo debía casarse con una heredera, Max no pudo evitar sentirse ligeramente ofendido al ver el alivio en el rostro de ella.

—Por supuesto, no faltan damas dispuestas a convertirse en marquesa de Guildford —declaró él con gesto orgulloso, preguntándose qué demonios le pasaba.

—No lo dudo, señor —concedió Patience, quizá con demasiada vehemencia, lo que llevó a Max a apretar los dientes en silencio—. ¿Qué espera de mí? —continuó ella, ajena al mal humor de él.

—Quiero recuperar el diamante —dijo Max de forma abrupta—. En cuanto vuelva a estar en mi poder, ya no tendré necesidad de casarme.

Patience asintió, mostrando una irritante comprensión hacia la poca disposición de él por contraer matrimonio.

—Supongo que lord Bamford era plenamente consciente de que la gema no le pertenecía a su hermano —aventuró ella.

Max asintió.

—Además, es una piedra muy reconocible —dijo él—, así que Bamford jamás podría llevarla en público. Aunque estoy convencido de que la tiene en su poder, no puedo acusarlo sin implicar al príncipe regente y provocar un escándalo del que quizá nunca logremos recuperarnos.

Patience asintió y frunció el ceño, mordiéndose de nuevo el labio inferior. Luego su expresión se aligeró y volvió a sonreír, con los ojos centelleando.

—¿Quiere decir que piensa robarla, señor? —murmuró ella, visiblemente emocionada, lo que llevó a Max a alzar la mano, alarmado de repente.

—No se me ocurriría involucrarla en semejante empresa —replicó él —. Solo deseo tener una excusa para permanecer en Bath sin levantar sospechas. Seguro que Bamford vigila todos mis movimientos como un lince. —Max hizo una pausa antes de escoger con cuidado sus siguientes palabras—. Ha dejado usted muy claro que no tiene ningún interés en casarse. —Se detuvo de nuevo, esperando el asentimiento de ella—. Si, por tanto, acudo a visitarla y simulo interés por usted, tendría una razón perfectamente válida para permanecer en la ciudad algún tiempo sin la complicación añadida de suscitar sus afectos.

El corazón de Patience dio un incómodo vuelco ante aquellas palabras.

—Por supuesto —continuó Max—, usted y yo sabríamos que mi atención es solo una farsa, y en cuanto nuestra... estratagema ya no fuera necesaria, podría rechazarme dando la explicación que prefiera.

Patience soltó una risita escéptica.

—Lo siento, señor, pero elegir a una mujer como yo para fingir que es su interés amoroso es justo donde su plan hace aguas. Nadie creería que se siente atraído por la hija de un vicario que no tiene un céntimo, y mucho menos por alguien tan poco agraciada como yo.

Sus palabras no buscaban que él la contradijera, solo enunciaba un hecho. Aun así, Max no pudo evitar hacerlo.

—Es usted cuñada de un duque influyente —replicó Max con el mismo tono objetivo, lo que le valió una carcajada burlona de

Patience.

—Si yo fuera una gran belleza, quizá podríamos engañarlos —repuso ella—, pero estoy segura de que Bamford no tardará en darse cuenta de la artimaña y se apresurará a esconder el diamante en un lugar más seguro. Por eso debemos averiguar su paradero de forma urgente y recuperarlo antes de que tenga ocasión de llevárselo. Y... —Patience hizo una pausa y le dedicó una sonrisa traviesa antes de continuar con entusiasmo—, por suerte, el conde va a celebrar una velada pasado mañana, y Nicholas... quiero decir, el duque de Blackmore, está invitado.

Patience se recostó en la silla y lo observó como si fuera un gato que acaba de encontrar un cuenco de nata. Las alarmas empezaron a sonar en la mente de Max.

—No se me ocurriría pedirle ayuda para recuperar el diamante —replicó él, tajante—. Tan solo agradecería su discreción mientras intento hacerme con él.

—¡No lo comprende! —exclamó Patience, inclinándose hacia delante —. Yo soy justo la persona que necesita para ayudarle a recuperarlo.

Max arqueó una ceja.

—¿Acaso es usted ladrona de profesión, señorita Shackleford? —se burló.

—Exactamente. —Ella le devolvió la sonrisa—. John dice que soy la mejor cerrajera de todo el suroeste de Inglaterra.

Por desgracia, Patience no logró entrar en casa con la misma discreción con la que había salido. En realidad, toda la familia parecía estar sumida en el caos. Patience había subestimado —una vez más— el revuelo que causaría su ausencia. No solo estaban todos reunidos en el comedor, discutiendo sobre su posible paradero, sino que Grace, en especial, parecía fuera de sí.

—Esto es solo culpa mía —sollozaba la duquesa, con su voz alzándose por encima de las demás—. ¡Si no se me hubiera ocurrido arrastrar a mis hermanas por el campo como... como una troupe de cómicos ambulantes, Patience no tendría este comportamiento tan indómito!

Por un momento, Patience estuvo a punto de escabullirse escaleras arriba, pero justo cuando se lo estaba planteando, una mano se posó —con muy poca suavidad— en su hombro, y una voz masculina, con marcado acento escocés, le susurró al oído:

—Sé lo que está pensando, señorita, pero mi consejo es que afronte ahora el desastre, antes de que se ponga mucho, mucho peor.

Patience dio un respingo y levantó la vista hacia Malcolm, el poco convencional ayuda de cámara y mejor amigo del duque. Sus cejas arqueadas y la sonrisa resignada desmentían sus palabras sombrías, pero la forma en que la empujaba en dirección al comedor demostraba que hablaba en serio. Suspirando, Patience se dejó llevar y, segundos después, se encontró en el centro de una reprimenda grupal. El único miembro de la familia ausente era Adam, pues había tenido que volver a Ravenstone de manera inesperada. Mientras Patience escuchaba aquel coro de reproches, no pudo evitar pensar que Adam se alegraría de poder dar un respiro a sus oídos.

—No puedo creer que consideres aceptable deambular por las calles de Bath sin ni siquiera una doncella para acompañarte —le espetó Temperance, estremeciéndose de forma teatral para dar énfasis a sus palabras.

Patience le dedicó una mirada furibunda a su hermana, tentada de recordarle que ella misma se había convertido en condesa por haber conocido al conde de Ravenstone en circunstancias bastante poco ortodoxas, un hecho que, por supuesto, la nobleza ignoraba por completo. «Desde luego», masculló Patience para sí, «Tempy tiene muy mala memoria».

—Solo necesitaba un poco de aire fresco —explicó Patience, una vez que Temperance hizo una pausa para recuperar el aliento—. Y Freddy necesitaba salir a hacer sus necesidades. —Patience miró al sabueso, que intentaba colarse debajo de la mesa—. Cobarde... —murmuró.

—Eso está muy bien —intervino el señor Shackleford, dejando claro que había llegado el momento de aportar su granito de arena—, pero la cuestión es que eres demasiado impulsiva, hija mía —declaró con energía. En opinión de Patience, su padre estaba exagerando muchísimo, pero no cabía duda de que se entregaba al papel con entusiasmo—. Estoy por encerrarte en tu cuarto a pan y agua hasta que reconozcas tus errores —añadió con entusiasmo.

Grace resopló.

—Como si eso fuera a servir de algo, padre. Ya sabe que...

En ese momento se oyó un repentino crujido en la cabecera de la mesa. El duque de Blackmore dejó a un lado la prensa matutina. Al instante, el silencio descendió sobre los presentes mientras todas las miradas se volvían hacia Nicholas, que contemplaba a Patience con aire inquisitivo.

—¿Podemos asumir que no has sufrido ningún contratiempo? —preguntó con su habitual serenidad, y, como siempre, fue directo al grano.

Patience negó con la cabeza, sintiendo cómo la asaltaba el remordimiento. El duque no necesitaba alzar la voz para mostrar su disgusto. Su censura era mucho más sutil.

—Entonces, sugiero que, en esta ocasión, dejemos correr el asunto —continuó él, con tono mesurado—. Patience, hoy has tenido suerte de no recibir un castigo más severo. Como mínimo, espero que te comportes de manera que no manches el nombre de Blackmore ni Ravenstone.

En realidad, a Nicholas le importaba poco el apellido Blackmore, y sabía que a Adam le sucedía lo mismo. De hecho, Su Excelencia estaba haciendo verdaderos esfuerzos por no echarse a reír.

Aliviada, Patience asintió con énfasis, aunque por dentro se sentía mortificada. Podía saber que el duque no compartía la actitud pomposa de la mayoría de sus iguales, pero incluso ella comprendía que él no se tomaría nada bien descubrir que estaba planeando perpetrar un robo junto al marqués de Guildford.

El conde de Bamford contemplaba el magnífico diamante que tenía delante. Tomó un paño de lino y lo frotó con cuidado la superficie de la gema. Era, en verdad, una joya extraordinaria, y resultaba aún más deliciosa por el simple hecho de que nadie supiera que estaba en su poder. Sepideh. Significaba «amanecer», y al observar ese exquisito tono rosado, el conde comprendía que no podían haberle puesto un nombre más acertado.

El diamante había sido traído de la India por el bisabuelo de Guildford. Había formado parte de un diamante aún mayor, conocido como la Gran Tabla, y se rumoreaba que Sepideh había sido un regalo del *Sha* de Persia. El conde nunca lo había visto hasta que Hugo, completamente borracho, se lo mostró. Pero en cuanto aquel necio lo hizo, Bamford supo que tenía que hacerse con él. Poco le importaba que Sepideh no perteneciera a Hugo o que este no tuviera derecho a venderlo. A Bamford no le hacía falta exhibir semejante tesoro ante la alta sociedad. Le bastaba con saber que lo poseía. Por supuesto, disfrutaba viendo cómo el actual marqués daba vueltas en círculos sin atreverse a contarle a nadie que el diamante había desaparecido. Soltó una carcajada. La pérdida del diamante era el último clavo en el ataúd de aquel arrogante imbécil. Y no podía esperar a ver cómo caía de su pedestal, igual que su estúpido hermano.

Habían acordado que el marqués la visitaría esa misma tarde. Adam estaba en Ravenstone. Temperance y el duque estaban ocupados

hasta la hora de la cena, y Grace tenía una cita con la modista a las cuatro, así que esta no tendría tiempo de interrogar demasiado al marqués.

Naturalmente, su padre haría de carabina. Patience también había solicitado el permiso de lord Guildford para poner a su padre al tanto del plan. Como Max no conocía al reverendo, se mostró algo desconcertado ante la afirmación de Patience de que lo más sensato era contar con él desde el principio, dada su tendencia a entrometerse en todo.

—No puedo imaginar que le entusiasme especialmente nuestro acuerdo —protestó Max.

—No conoce usted a mi padre —respondió Patience en tono sombrío —. Ahora mismo, él sería capaz de enterrarme en el jardín trasero con tal de evitar el escándalo que está convencido que causaré. Cualquier plan que me devuelva a un cómodo segundo plano contará con todo su apoyo.

—¿No mencionó usted que su padre es clérigo? —preguntó Max, sorprendido.

—Eso nunca le ha detenido —replicó ella, entre burlona y resignada —. De hecho, dejar a mi padre a su aire es garantía de desastre. Mucho mejor tenerlo siempre bajo nuestra vigilancia.

A esas alturas, Max empezaba a dudar seriamente de todo aquel asunto. Lo que el día anterior le había parecido una idea perfecta, ahora se antojaba una pendiente resbaladiza hacia la calamidad.

—Por lo general, no está bien visto presentarse sin previo aviso en casa de un duque —dijo Max, muy consciente de que no era más que una excusa.

Patience se encogió de hombros.

—A Nicholas no le importan esas cosas —declaró—, y además, la casa la alquiló Adam, que es conde, un título, si no me equivoco,

inferior al de un marqués. —Patience negó con la cabeza ante lo absurdo de las reglas y costumbres de la aristocracia inglesa—. Y, en cualquier caso, no tiene sentido que sigamos postergando esto, porque estoy completamente segura de que el conde de Bamford descubrirá enseguida nuestra artimaña.

Max contempló el rostro entusiasmado de su cómplice y se preguntó qué locura lo había llevado a implicarla en semejante disparate. Pero, una vez que había confiado su secreto a Patience, ya no tenía más remedio que seguir adelante.

Así pues, Max se presentó en la residencia de Bath del conde de Ravenstone a las tres de la tarde. Aunque Patience sabía de su llegada, pasaron otros diez interminables minutos antes de que la llamaran.

Ella solo había podido hablar brevemente con su padre antes de la llegada del marqués, pero le había prometido explicarle todo el plan en cuanto los tres estuvieran a solas.

Por motivos que Patience prefería no analizar demasiado, esa mañana se había esmerado en arreglarse, y apretó los dientes al ver la mirada cargada de intención de su hermana. Pese a lo que Grace había dicho en el baile, a esta le costaba creer que hubieran conseguido captar el interés de un partido tan codiciado en la primera Temporada de Patience. De hecho, el rostro de la duquesa estaba sonrojado, y reía nerviosa ante cada comentario del marqués. El hecho de que no tuviera ni idea de cuándo aquel partido había puesto los ojos en Patience no restaba ni un ápice a su entusiasmo; y, si acaso le asaltaba la duda, se cuidaba muy bien de no mostrarlo.

Patience, consciente de que mostrarse demasiado interesada resultaría sospechoso, se esforzaba en parecer, en general, hosca y poco comunicativa. En otras palabras, trataba de comportarse como de costumbre.

Sin embargo, no pudo evitar preguntarse si había hecho bien en poner sobre aviso a su padre. Cada vez que el reverendo dirigía la

palabra al marqués, alzaba las cejas de manera significativa. De hecho, en un momento dado, Patience estuvo convencida de que su padre incluso le guiñó un ojo. Por suerte, Adam y Nicholas no se encontraban presentes, o se habrían dado cuenta de que allí se tramaba algo. En realidad, si Grace no hubiera estado tan encantada de que Patience recibiera la visita de un pretendiente tan ilustre, también ella habría empezado a preguntarse qué veía el marqués de Guildford en su apocada hermana.

Para Patience, aquel cuarto de hora se hizo eterno, y estaba convencida de que, si el marqués hubiera tenido realmente interés en cortejarla, ya habría cambiado de opinión y estaría subido en el primer coche de postas rumbo a Londres.

Por fin, justo cuando estaba a punto de levantarse y gritar «¡Basta ya!», Grace se puso en pie, a regañadientes.

—Confío en que sabrá perdonarme, señor, pero tengo otro compromiso y debo dejarle en las... eh... competentes manos de mi padre y de mi hermana. —Lanzó una mirada de advertencia a ambos mientras el marqués se levantaba y hacía una reverencia.

—Ha sido un honor conocerla, Su Excelencia —murmuró Max con sinceridad.

Patience se estremeció al ver cómo su hermana soltaba otra risita antes de abandonar la sala con gran teatralidad.

—¡Rayos y centellas, creí que nunca se iría! —exclamó el reverendo, levantándose para servirse a sí mismo y al marqués un *brandy*—. Bien, señor, vamos al grano —exigió, ofreciéndole a Max una generosa copa—. ¿En qué demonios ha metido usted a mi hija, y de qué modo piensa sacarnos a todos de este endiablado embrollo?

CAPÍTULO 10



—A ver si lo he entendido bien. ¿Usted pretende que todo el mundo, incluyendo al perro del vecino, crea que está interesado en mi hija para que Bamford baje la guardia y así tener tiempo de encontrar ese diamante suyo? —El reverendo Shackleford frunció el ceño y miró a Patience con escepticismo—. No estoy seguro de que eso cuele con cualquiera que no sea medio ciego.

—Eso es exactamente lo que yo he dicho —respondió Patience, sin mostrar rencor ante la opinión de su padre sobre sus cualidades—. No tenemos tiempo que perder. Debemos averiguar dónde está el diamante cuanto antes.

—¿Y cómo piensa lograrlo? —insistió el reverendo.

—Bamford celebra una velada pasado mañana —respondió Patience —. Por supuesto, lord Guildford no está invitado, pero nosotros sí. —Apretó los labios—. Al menos, estoy segura de que Nicholas recibió la invitación, aunque no sé si ha aceptado. Lo averiguaré esta noche. —Frunció el ceño, pensativa—. De hecho, quizá sea mejor que él no nos acompañe. Si conseguimos convencerle de que usted y yo, padre, debemos acudir en su lugar, tendremos mucha más libertad para husmear.

El señor Shackleford le lanzó una mirada fulminante a Max antes de volverse hacia Patience.

—Eso está muy bien, pero ¿de qué manera ayudarle a recuperar el diamante, te servirá para librarte del mercado matrimonial?

Fue Max quien respondió.

—Ya que el del plan de la señorita Shackleford para evitar el matrimonio parece consistir en que un completo desconocido arruine su reputación, fingiré un interés por ella para protegerla de individuos sin escrúpulos que intentarían aprovecharse de su situación, sin importarles las consecuencias —declaró, apretando los dientes—. Como usted seguramente sabrá, la idea de su hija de dejarse comprometer por el primero que se ofrezca a hacerlo solo conseguirá que acabe en la cama de un sinvergüenza al que no le importa lo más mínimo su bienestar, y mucho menos su reputación.

—¿Y a usted sí le importa? —replicó el reverendo, igual de directo.

—No voy a permitir que todos se rían de ella —repuso Max, tajante.

—Tampoco va a verla en la cama de nadie —gruñó el señor Shackleford.

—John no es ningún sinvergüenza —protestó Patience.

—¿Quién demonios es John? —preguntó Max, cada vez más exasperado. Todo aquello empezaba a parecerle una locura.

Patience abrió la boca para contestar y luego la cerró. ¿Cómo explicar que John era quien le había enseñado a forzar cerraduras, sin desvelar la verdadera fuente de los ingresos del muchacho?

—Es el hermano de una amiga —acertó a decir al final, sin mucha convicción.

—¿Pensaba usted pedirle al hermano de una amiga que la comprometiera? —preguntó Max, incrédulo.

—Él es muy considerado —insistió Patience, frunciendo el ceño.

—Por supuesto —replicó el marqués con mordacidad—. ¿Y cómo pensaba él hacerlo, exactamente?

—Bueno..., yo... En realidad, no estoy del todo segura, pero estoy convencida de que se le habría ocurrido algo brillante.

—Tal vez, si yo hubiese enviado esa condenada carta —interrumpió el reverendo.

—¡¿Cómo dice?! —exclamó Patience—. ¡¿No la ha enviado todavía?!

—He de confesar que estoy de acuerdo con Su Señoría —replicó su padre, a la defensiva—. Todo el asunto era demasiado turbio. No me inspiraba confianza. En absoluto.

—Maldita sea... —masculló Patience—. Maldita sea, maldita sea... —El último improperio fue acompañado de un sonoro zapatazo.

—Entonces, señorita Shackleford, antes de que sigamos adelante —dijo Max con sequedad—, ¿sería tan amable de aclararme cuántos candidatos tiene para comprometerla? Quiero decir, ¿de cuántos individuos tendré que protegerla a partir de ahora?

—No hay nadie más —bufó Patience, fulminando a su padre con la mirada—. Puede estar seguro de que mi ruina está ahora enteramente en sus manos, milord.

—Bueno, que Su Señoría sea quien te arruine no te va a ayudar a evitar el matrimonio —protestó el reverendo—, y aunque te encandile su cara bonita, ¿qué obtiene él exactamente de este arreglo? —Dirigió una mirada a Max—. Sinceramente, señor, no le desearía tal acuerdo ni a mi peor enemigo —añadió con un estremecimiento—. Aparte de que ella no tiene un penique y está decidida a quedarse soltera, si usted valora su apellido, no se ponga en una situación que pueda llevarle a acabar atado de por vida a semejante fiera. —El señor Shackleford negó con la cabeza y concluyó con resignación—: De todas sus hermanas, Patience es, sin duda, la peor.

—Estoy seguro de que no puede ser para tanto —intervino Max, sintiéndose obligado a protestar, aunque fuera solo por cortesía.

—No, tiene razón —asintió Patience—. Es cierto que no sería una buena esposa para ningún hombre que conserve un mínimo de sentido común. Mucho mejor rechazar de plano su propuesta de matrimonio. Naturalmente, para cuando llegue la ocasión ya habremos encontrado una buena excusa, y podré desaparecer en algún rincón perdido de South Devonshire.

—Esperaba que no tuviéramos que llegar a hacer una propuesta de matrimonio —admitió Max con una mueca.

Patience frunció el ceño.

—Entonces, ¿cómo voy a rechazarle, si usted no me lo pide formalmente?

—Yo pensaba en... Bueno... en...

—¿En qué? ¿En que nos descubran besándonos en el salón, bailando en el jardín, o paseando juntos a las seis de la mañana? —sugirió Patience con ironía—. Cualquiera de esas opciones, o todas a la vez, seguro que sirven, señor. Pero, como ya le dije en la terraza... —Ignoró la interrupción de su padre, que masculló «¿Terraza? ¿Qué terraza?»— ...Cualquier posibilidad de arruinarme con discreción queda descartada. No tengo más remedio que rechazarle en público, de forma humillante, y luego me dispersaré como el humo.

—No está usted vendiendo muy bien la idea —comentó Max con una ceja en alto.

—Pero usted recuperará su gema y el dinero suficiente para casarse con quien quiera —continuó Patience—. Y además tendrá el aliciente de ser un amante despechado.

—¿Despechado? —repitió Max, impasible.

—En efecto —asintió Patience, animándose—. Todas las mujeres que se crucen en su camino estarán deseando consolar su corazón roto

con besos... y... Y algo más —concluyó con torpeza.

—Ese «algo más» hace que la propuesta resulte un poco más atractiva —replicó el marqués, en tono seco—. Pero ¿qué garantías tengo de que usted me rechazará?

Patience le dirigió una mirada indignada.

—¿De veras no le ha quedado claro nada de lo que le he dicho desde que nos conocemos? —le espetó—. ¿Qué parte de que no quiero casarme no entiende, señor?

Si su voz sonó demasiado vehemente, Max no lo dio a entender; se limitó a alzar las cejas, satisfecho al ver cómo ella se ruborizaba. Por qué eso le producía tanta satisfacción, no se detuvo a analizarlo. En su lugar, dirigió su mirada al reverendo.

—Señor, estoy en deuda con usted y con su hija por su disposición a ayudarme en lo que debe de parecerles una empresa de lo más turbia. Sepa que no doy este paso a la ligera y que soy muy consciente del riesgo que ambos están asumiendo por mi causa.

Su voz sonaba rígida, y Patience pudo ver con claridad la lucha interna entre la necesidad y el sentido del honor en el semblante de aquel hombre. Max era alguien poco acostumbrado a confiar en los demás ni a apoyarse en nadie, y ella sintió, de pronto, unas inmensas ganas de conocerlo mejor. Estaba segura de que él no era, en absoluto, el hombre que ella había supuesto.

Mientras lo miraba, se preguntó cómo sería compartir con él sus sueños y anhelos más profundos, permitir que la conociera de verdad. Por primera vez en su vida, Patience sintió el peso de la soledad que ella misma había elegido. Su corazón se detuvo un instante, para luego latir con más fuerza. «Maldita sea, ¿en qué demonios estoy pensando?». No podía permitirse desear lo que jamás podría tener. Cualquier hombre se cansaría pronto de sus cambios de humor, de su excentricidad y, sobre todo, de su lengua desbocada.

De pronto se dio cuenta de que Max había dejado de hablar para observarla con atención. Concretamente, le miraba los labios. Notando la boca seca, Patience carraspeó y volvió la vista hacia su padre, que la miraba con aire inquisitivo.

—Bien —dijo ella con brusquedad—, ¿acordamos entonces que usted y yo, padre, asistiremos a la velada del conde de Bamford? ¿No querrá mi madrastra saber adónde va?

Su padre soltó un bufido desdeñoso.

—Dudo que ni siquiera note que me he ido.

Patience asintió y prosiguió:

—Una vez allí, aprovecharemos el tiempo para averiguar dónde está el diamante, por supuesto, sin levantar las sospechas de lord Bamford. ¿Me he dejado algo?

Su padre frunció el ceño, suspiró y asintió también, antes de volverse hacia el marqués.

—Le agradezco sus palabras, señor, pero quiero que me asegure que no dejará usted a mi hija en desventaja. —Acostumbrada a las fanfarronadas de su padre, Patience se sorprendió por la inesperada gravedad de su tono—. Aunque estoy totalmente de acuerdo en que debemos poner fin a esta absurda Temporada, estamos jugando con fuego. Da la impresión de que todos nuestros esfuerzos no han hecho más que meternos en un lío aún mayor, y no quiero ver a mi familia entera expuesta al escándalo.

—Más de lo que ya estamos, al menos —murmuró Patience, negando con la cabeza.

—Tiene mi palabra —respondió el marqués—. En agradecimiento por su ayuda, haré todo lo posible para que la señorita Shackleford obtenga el desenlace que desea, con la menor cantidad posible de alboroto y complicaciones. —Hizo una pausa, ladeando la cabeza con curiosidad antes de añadir—: Hay algo que me gustaría saber, si

me permite la pregunta. ¿Por qué no le ha dicho usted simplemente a sus hermanas mayores que no desea casarse?

—Créame que lo he intentado —respondió Patience, frustrada—. Pero es como si le hablara a Freddy. —Se encogió de hombros—. Están convencidas de que saben qué es lo mejor para mí, y nada de lo que diga va a cambiar su opinión, así que no me queda más remedio que empezar a actuar. —Patience suspiró antes de añadir—: Y cuando resulte completamente imposible que yo pueda casarme, quizá entonces me dejen tranquila.

—¡Rayos y centellas, Percy! ¡¿Hace falta que seas tan endemoniadamente cenizo en tus pronósticos?! —El reverendo Shackleford acababa de contarle lo esencial de la conversación mantenida con lord Guildford, y el joven coadjutor, como era de esperar, anticipaba las consecuencias más nefastas—. Como siempre nos recuerda el Altísimo —declaró el reverendo—, Dios ayuda a quien se ayuda a sí mismo, y ahora lo que necesitamos es encontrar la mejor forma de que Guildford recupere lo que le pertenece.

—Pero ¿cómo puede estar usted tan seguro de que el diamante es suyo, señor?

El reverendo miró a Percy con incredulidad. Aquel cabezota, a todas luces, estaba intentando agarrarse a un clavo ardiendo.

—Bueno, si no es suyo, Su Señoría acaba de inventarse la mejor trola que he escuchado en mi vida —bufó el señor Shackleford—. Y, de todos modos, algo sé de Bamford. Según cuentan, es un tipo de cuidado en todos los sentidos. Al parecer, hace unos años hizo que ingresaran a su esposa en un manicomio.

—¿Se lo ha contado usted a Su Excelencia? —preguntó Percy.

—¿Pero te has vuelto loco? La última persona a quien deberíamos implicar es Nicholas. Si por desgracia terminamos en un lío endiablado, hasta yo sé que es crucial que el duque pueda jurar que no sabía nada.

—Pero se va a poner hecho una furia cuando lo descubra —se inquietó el coadjutor.

El reverendo abrió la boca para replicar, pero se lo pensó mejor. Al fin, suspiró y asintió con aire sombrío.

—En eso tienes razón, Percy, muchacho.

Ambos se quedaron en silencio, contemplando el desastre que resultaría si Nicholas, el duque de Blackmore, llegaba a enterarse de sus planes. Aunque Nicholas se había vuelto mucho más tolerante desde que era padre, seguía teniendo muy poca paciencia con los insensatos, y tanto el señor Shackleford como Percy se encogieron ante la sola idea de ponerse en su contra.

—No tiene sentido quedarnos aquí con cara de entierro, Percy —argumentó el reverendo al cabo de unos segundos, dándose una palmada en las rodillas—. Lo mejor será asegurarnos de que no se entere...

El duque de Blackmore arqueó las cejas ante la expresión seria de Patience mientras ella le exponía sus motivos para querer asistir a la velada del conde de Bamford. Bajo su vestido de día, Patience sintió una gota de sudor recorrerle la espalda cuando su cuñado la miró con escepticismo.

—¿Y cuándo exactamente te ha surgido ese repentino deseo de asistir? —preguntó Nicholas, mirándola de arriba abajo—. Que yo sepa, el conde no tiene relación alguna con Guildford, así que, aunque te interesara el marqués como posible pretendiente, lo más probable es que él no esté allí.

Su tono dejaba claro que no creía en absoluto que Patience fuera a abandonar tan rápido su férrea decisión de no casarse solo por un rostro atractivo.

Aunque él mismo no tenía trato con Guildford y jamás había oído nada negativo sobre su persona, sabía de la estrecha relación que el

marqués mantenía con la reina Carlota. Para que un hombre así renunciara al favor real por una mujer, haría falta una determinación a prueba de bombas y, por mucho cariño que le tuviera a Patience, Nicholas no podía imaginarla inspirando semejante temeridad.

—Además, me cuesta mucho creer que hayas desarrollado de pronto un gusto por alguien como Bamford, teniendo en cuenta que no solo está casado, sino que te dobla la edad. Y aunque me incomoda cuestionar la apariencia de un hombre, es evidente que la mayoría solo encontraría atractiva su cara y su figura si fueran su madre.

Nicholas no añadió que el conde era también conocido por su crueldad, motivo principal por el que había decidido declinar la invitación para mantener a su familia bien lejos de él.

La mente de Patience era un torbellino. En realidad, conociendo la perspicacia de Nicholas, debería haberse preparado mucho mejor para aquella conversación.

—Escuché que quizá acudiría el príncipe regente —titubeó—. Como sabes, nunca he tenido ocasión de conocerlo y me gustaría aprovechar la oportunidad... antes de... de sentar la cabeza.

—Ya has conocido a su madre —replicó Nicholas, con sequedad—. Créeme, si lo que buscas es ingenio y sentido del humor, Prinny no va a satisfacer tus expectativas. ¿Y desde cuándo te resulta aceptable casarte?

Patience se ruborizó. ¿Cómo había podido imaginar que Nicholas le daría su aprobación sin interrogarla primero?

—Me aseguraste que no me obligarías a casarme con alguien a quien yo rechazase —balbuceó ella—, así que he decidido dejar de resistirme a mi destino y, en su lugar, buscar a un pretendiente con quien al menos pueda soportar la idea de compartir habitación.

—Bueno, como no creo que estés pensando en el heredero al trono —repuso Nicholas, irónico—, debo preguntarte si consideras que el

marqués de Guildford es esa persona, teniendo en cuenta el súbito interés que ha mostrado por ti.

Patience vaciló.

—Debo confesar que... que disfruto de su conversación —respondió, cauta—, y desde luego es muy atractivo. La verdad es que haber atraído la atención de un hombre como Guildford es más de lo que nunca me habría atrevido a esperar.

Nicholas la miró con recelo. ¿Por qué demonios un hombre como Guildford iba a interesarse de pronto por una muchacha recién salida del colegio? Aunque Patience no era fea, tampoco tenía un rostro capaz de lanzar mil barcos al mar. Había muchas, muchísimas candidatas mucho más idóneas deseando casarse con un noble tan atractivo. Sacudió la cabeza; todo aquel endiablado asunto le estaba provocando jaqueca. Cuando se casó con Grace, no pensó que toda su extravagante familia acabaría siendo su responsabilidad. Y aunque adoraba a su esposa, no podía negar que el lote que venía con ella resultaba, en ocasiones, abrumador.

—Está bien —concedió Nicholas de pronto—. Puedes asistir al evento, siempre que tu padre esté dispuesto a acompañarte.

La euforia inicial de Patience se desvaneció al ver que Nicholas parecía estar valorando algo más.

—Debo advertirte que tengas cuidado con Bamford —dijo el duque al fin—. Hay algo en él que... no termina de encajar, por mucho que sea amigo del príncipe.

Patience sintió que el corazón le daba un vuelco ante aquella advertencia imprecisa. No conocía a Bamford y solo lo había imaginado como un villano por su disposición a quedarse con algo que estaba claro que no le pertenecía. Pero si lo que decía Nicholas era cierto, y su traición iba más allá de lo material, ella quizá se había metido en un lío mayor del que podía esperar.

CAPÍTULO 11



Tanto Grace como Temperance estaban encantadas con el repentino cambio de parecer de Patience, aunque no terminaban de comprender el motivo por el que ella quería asistir a la fiesta de Bamford. Las tres hermanas tomaban el té en el salón junto a los tres hijos de Grace y Tempy y la señorita Felicity Beaumont, que había regresado de su visita aquella misma mañana.

—Debo señalar que lord Bamford no es precisamente una relación que te convenga cultivar —le dijo Felicity a Patience con cautela.

Esta frunció el ceño, intrigada, esperando que su mentora se explicara, ya que Nicholas también había expresado sus reservas. Sin embargo, Felicity no añadió nada más y se limitó a dar un sorbo decidido a su té.

—No creo que Prinny vaya a estar presente —razonó Temperance—. Me dijeron que regresó a Londres justo después del funeral de Hugo Wolverton. Y aunque siguiera aquí, ¿es realmente sensato llamar la atención del regente, dada nuestra actual... desavenencia con la reina?

—Y dudo mucho que el marqués de Guildford asista —añadió Grace —. Además de estar de luto, tengo entendido que no tiene mucho trato con las amistades de su hermano...

—No me conviene que Guildford piense que estoy demasiado interesada —replicó Patience.

—Eso puede ser cierto —concedió Felicity—, pero si de verdad estás interesada en lord Guildford, en vez de perder el tiempo con individuos tan poco recomendables como Bamford, creo que deberíamos centrar nuestros esfuerzos en que el marqués dé el paso cuanto antes. —Hizo una pausa y puso una mano comprensiva sobre la de Patience antes de continuar—. Lord Guildford regresará a Londres muy pronto, casi con total seguridad —le advirtió con suavidad—. Y una vez allí, estará asediado por una multitud de jóvenes solteras, cada una más adecuada que la anterior. Si finalmente busca esposa —y su reciente visita indica que así es—, sin duda se encontrará con un abanico de opciones inmejorable.

—Así que hay que golpear el hierro mientras esté caliente —interrumpió Patience, irónica.

—En efecto —sonrió Felicity—, y sí, sugiero que no dejemos que la hierba crezca bajo nuestros pies.

—Bueno, al menos agradezco que no haya puesto en duda la probabilidad de que el marqués de Guildford pueda estar realmente interesado en mí —añadió Patience, con una sonrisa entre resignada y divertida—. Reconozco que, cuando me informaron de su visita, llegué a preguntarme si no me habría confundido con otra.

—Tonterías —protestó Felicity—. Su interés es perfectamente comprensible. Tú eres... una flor única en un jardín lleno de malas hierbas, y sin duda el marqués lo ha sabido ver.

Tanto Grace como Temperance se apresuraron a secundar esa idea, y Patience no sabía si echarse a reír o a llorar ante semejantes disparates. Por fortuna, se vio libre cuando Peter decidió empujar a su hermana pequeña del sofá.

—Le he dicho a Percy que se quede cerca de la entrada de la casa de Bamford —comentó el reverendo mientras el carruaje los llevaba

hacia su destino—. Por si acaso necesitamos ayuda.

—¿Y por qué no viene con nosotros en el coche? —preguntó Patience frunciendo el ceño.

Su padre la miró con exasperación. Estaba claro que, pese a todas sus extravagancias, su hija no tenía ni idea de cómo se organizaba una operación clandestina. Habría sido mejor que le acompañara Faith. Ella quizá no supiera abrir cerraduras, pero sus dotes para fisgonear eran superiores y, al menos, podía confiar en que no metería la pata hasta el fondo.

—No podemos dejarnos ver codeándonos con un posible candidato a la horca —declaró el reverendo—. Lo último que queremos es que Bamford nos vea con Percy y luego lo descubra merodeando fuera. Imagínate, podría empezar a atar cabos.

—¿Qué cabos, exactamente? —replicó Patience—. Hace una noche horrible, padre. Percy podría pillar una pulmonía si se queda a la intemperie mucho tiempo.

—Ha insistido en que quería ayudar —se defendió el reverendo, esperando que el Altísimo le perdonara esa pequeña exageración. La verdad era que lo que había dicho su coadjutor no se podía repetir en voz alta. De hecho, sus palabras le inquietaban, sobre todo porque..., bueno, porque venían de Percy.

Suspirando, el reverendo decidió que, cuando todo aquello terminara, llevaría a Percy de excursión a la costa. Quizá podrían visitar a Faith. Le sentaría bien, sobre todo, después de su última experiencia en Torquay con dedos amputados.

—No creo que vayamos a necesitar ayuda de nadie —insistió Patience cuando el carruaje se detuvo por fin—. Por favor, envíe a Percy de vuelta a casa, padre. No es justo aprovecharse así de él.

Patience ignoró los murmullos de su padre mientras bajaba del coche y miró a su alrededor en busca del infortunado coadjutor. Por desgracia, no había ni rastro de Percy, y solo pudo esperar que, al

haber visto el tiempo de perros que hacía, el joven hubiera decidido desobedecer las órdenes de su superior. Luego, armándose de valor, Patience se aferró al brazo de su padre y entró en la guarida del león.

Dos minutos después, se servían un vaso de ponche. Patience, con un trago poco digno de una dama, empezó a recorrer la sala con la mirada, visiblemente ansiosa.

—No creo que debamos quedarnos mucho tiempo, padre —susurró —. Solo el necesario para descubrir un posible escondite para el diamante.

—Eso podría llevarnos toda la condenada noche —gruñó el reverendo, irritado. En realidad, estaba más preocupado por Percy de lo que quería admitir. Las palabras de su hija le habían tocado de cerca, y Patience no era la primera en mencionarlo. ¿Y si Percy decidía buscarse otra parroquia? No era del todo imposible. Quizá el hombre no tuviera un penique, pero se movía en círculos muy por encima de lo habitual en alguien de su posición.

El reverendo sintió una punzada de pánico. Solo de pensar en perder a Percy como confidente, por no hablar de sus sermones... Bueno, más le valdría ir haciéndose a la idea de compartir el próximo pudin de pan y mantequilla con el Altísimo, porque la vida terrenal dejaría de tener sentido.

En ese momento, se prometió a sí mismo que le aumentaría la paga. Incluir pan y queso en el almuerzo, además de darle desayuno y cena, sería muy bien recibido, estaba seguro. Y no solo eso: el reverendo decidió que, al regresar, le concedería media tarde libre... Una vez cada dos semanas estaría bien.

En realidad, pasaban juntos la mayor parte del día, así que apenas iba a cambiar nada. Augustus Shackleford asentía para sí, satisfecho, cuando se dio cuenta de que Patience le tiraba de la manga con urgencia.

—¿Ese es Bamford? —le preguntó ansiosa, señalando con la cabeza a un hombre bajo, regordete, de rostro enrojecido y unos ojos que miraban a un lado y otro sin pestañear.

—Rayos y centellas... —murmuró el reverendo—. Desde luego es un tipo raro, no cabe duda.

Patience tragó saliva.

—¿Le ha visto los ojos? —susurró—. Me recuerdan a los de una serpiente. Él...

No pudo terminar la frase, porque el conde se volvió de repente y los miró directamente. Patience tragó de nuevo y se esforzó en sonreír.

En respuesta, su anfitrión se excusó de su compañía y se encaminó hacia ellos.

—No te excedas —le dijo el reverendo a su hija por lo bajo—. Se pilla antes a un mentiroso que a un cojo.

—¿Yo? —protestó Patience—. De veras, padre, no seré yo la que sobreactúe.

—*Hmph* —Fue todo lo que el reverendo pudo responder, antes de que el conde de Bamford llegase a lo alto de la escalera—. El reverendo Augustus Shackleford y la señorita Patience Shackleford, a su servicio, milord —presentó a ambos.

Patience no pudo evitar encogerse ante el volumen de la voz de su padre. Dando gracias a Dios porque había sido Hope quien había heredado ese rasgo, y no ella, Patience hizo una reverencia muy aceptable mientras su anfitrión los miraba con el ceño un poco fruncido, obviamente preguntándose quién demonios eran y si habrían entrado en su velada sin invitación.

—El duque de Blackmore le envía sus disculpas —prosiguió el reverendo de forma atropellada—. Por desgracia, milord, como ya

habrá sido informado, Su Excelencia tenía un compromiso previo esta noche y nos pidió que acudiésemos en su lugar.

—¿Y ustedes son...? —preguntó el conde, mirándolos a ambos con suspicacia.

—Soy el padre de Su Excelencia, la duquesa de Blackmore, y esta es mi hija Patience —contestó el reverendo en tono obsequioso—. Y permítame decir que es un honor representar a Blackmore en una velada ofrecida por una personalidad tan ilustre.

Patience se encogió aún más al ver cómo su padre ignoraba por completo su propio consejo. Al levantar la vista, se dio cuenta de que él estaba tan fuera de lugar como ella. El rostro ancho del reverendo sudaba a mares, y tiraba de su alzacuello como si se estuviera ahogando.

De pronto, temiendo que su padre pudiera darse media vuelta y salir corriendo, Patience le aferró el brazo con fuerza y sonrió al conde con todo el desparpajo que pudo reunir.

—Ciertamente es un honor —dijo con entusiasmo—. No estoy nada acostumbrada a este tipo de reuniones, y me hizo muchísima ilusión cuando el duque, mi cuñado, sugirió que estaría encantado de que asistiéramos en su lugar. —Patience batió las pestañas, imitando a Temperance, y concluyó con su voz más coqueta—: Tenía tantísimas ganas de conocer a Su Señoría...

Ignorando por completo la mirada de incredulidad de su padre, Patience incluso soltó una risita, lo que provocó que el reverendo derramara la mitad del ponche sobre su mejor levita.

Para alivio de ambos, el conde acabó haciendo una leve reverencia.

—Qué detalle por parte de Su Excelencia enviar a alguien en su nombre —comentó con desdén—. En verdad, no tenía idea de que su familia fuese tan... variopinta. Sin duda, debe de ser fuente de conversaciones muy diversas. —Hizo una pequeña inclinación de cabeza y añadió—: Les ruego me disculpen.

Sin más, el conde se giró sobre sus talones y se dispuso a regresar con sus invitados más distinguidos.

—Menudo patán maleducado... —murmuró el reverendo.

—¿Cree que piensa echarnos? —comentó Patience, luchando contra el impulso de darle al conde una patada en el trasero para *ayudarlo* a bajar las escaleras más rápido.

—Lo dudo —replicó su padre—. Puede que esté habituado a adular al príncipe Jorge, pero no creo que se atreva a ofender de verdad al duque de Blackmore. Nicholas sigue teniendo muchos amigos influyentes.

—Si tenía dudas sobre si debía o no apoyar a lord Guildford —gruñó Patience—, acaban de disiparse por completo. —Apuró el ponche y dejó el vaso con fuerza sobre la mesa—. Creo que ha llegado el momento de husmear un poco.

A Max le resultaba imposible permanecer quieto más de unos segundos. Ya se había bebido media botella de *brandy* en un intento de acallar su mala conciencia. En el fondo, se sentía un cobarde por enviar a una chiquilla y a un clérigo rural a la casa de un hombre del cual estaba convencido que, como poco, era un tramposo y un embustero, y en el peor de los casos... Ni siquiera se atrevía a imaginarlo. Sus recientes averiguaciones sobre las actividades de Bamford no eran precisamente alentadoras.

A pesar de que le había dado órdenes estrictas de limitarse a echar un vistazo, Max temía desesperadamente que Patience no fuera capaz de resistir la tentación de ir un paso más allá. La conocía desde hacía apenas tres días. Tres días, y ya estaba familiarizado con su temeridad. Max se pasó una mano por el cabello, presa de un feroz remordimiento. ¿Pero en qué demonios estaba pensando? Si la sorprendían con las manos en la masa, ni siquiera el duque de Blackmore podría salvarla, y menos aún si se hacía público que el padre de ella estaba implicado.

Max se sirvió otro *brandy* y disfrutó del ardor del licor al beberlo de un solo trago. Si atrapaban a Patience Shackleford, el anonimato que la muchacha tanto ansiaba quedaría para siempre fuera de su alcance.

Tras casi una hora de deambular por la casa de Bamford, esquivando a invitados y criados por igual, los dos improvisados detectives localizaron al fin lo que creían que era el despacho del conde. La puerta no estaba cerrada con llave, pero, aunque lo hubiera estado, eso no habría supuesto ningún obstáculo real.

—El marqués fue muy claro al decir que solo debíamos mirar, nada más —susurró el reverendo Shackleford mientras Patience empezaba a rebuscar detrás de los cuadros y a dar golpecitos en las paredes.

—Eso es lo que estoy haciendo —respondió ella, con un tono tan despreocupado que su padre estuvo a punto de sufrir un ataque.

Crujiendo los dientes, el reverendo observó impotente cómo su hija examinaba cada superficie, preguntándose hasta dónde sería capaz de llegar esa criatura temeraria, irracional y, para colmo, totalmente impredecible. Salvo que él la sacara a rastras de la habitación, gritando y pataleando, lo único que podía hacer era quedarse junto a la puerta, atento a cualquier ruido en el pasillo.

—Esto no estaba en el plan —repitió el reverendo con la oreja pegada al ojo de la cerradura—. ¿Qué crees que pasará si nos pillan?

—No nos van a pillar —murmuró Patience, deslizando libros fuera de sus estantes para mirar detrás. Al contrario que una hora antes, ahora parecía estar en su elemento. Tanto que a su padre le asaltó un pensamiento alarmante.

Ella ya había hecho esto antes...

Sin poder evitarlo, el señor Shackleford dejó escapar un pequeño gemido de desesperación. Empezó a imaginar a Patience vestida con camisa negra y calzones de hombre, deslizándose por una cuerda

tras robar alguna joya inestimable bajo las narices de una acaudalada viuda. No era de extrañar que ella hubiese mostrado tanto entusiasmo por ayudar al marqués de Guildford. Ya era toda una ladrona de guante blanco. Una sucesión de escenarios desastrosos —cada cual peor que el anterior— comenzó a perseguir su mente.

De pronto, oyó voces.

—Viene alguien —susurró el reverendo, buscando a su alrededor con desesperación un escondite.

Patience recorrió la estancia con la mirada y la detuvo en las cortinas largas que llegaban hasta el suelo.

—Rápido, ahí detrás —ordenó, señalando la lujosa seda que cubría la ventana del despacho.

Un segundo después, ambos estaban ocultos tras las cortinas.

—Aquí hay dos condenadas capas de tela —murmuró el reverendo —. ¿Detrás de cuál me pongo?

—No se mueva... —susurró Patience, mientras su padre batía en vano la muselina que cubría la ventana.

La puerta se abrió de repente.

—Tráigame otra botella de *brandy* —ordenó una voz antes de que la puerta volviera a cerrarse.

—Rayos y centellas... —susurró el reverendo—. Podemos pasarnos aquí horas.

Patience, espiando por una mínima rendija entre las cortinas, vio al conde de Bamford sentarse en una butaca junto a la chimenea. Pese al frío, el fuego estaba apagado, pero el conde no parecía notarlo. De hecho, Patience tampoco, porque, bajo su aparente calma, el sudor le corría por la espalda. Si los descubrían ahora, sabía que no

habría escapatoria posible. Solo podía confiar en que Bamford no se ausentara demasiado tiempo de la fiesta.

Tras lo que pareció una eternidad, llamaron a la puerta. Patience pudo ver cómo el mayordomo dejaba una botella de *brandy* y un vaso sobre la mesa junto a su señor. «Dios mío», pensó ella, «espero que no pretenda beberse la botella entera». El criado se retiró y, durante un par de minutos, el conde no se movió. Luego, de pronto, se inclinó hacia delante y se sirvió un trago. Tras dar un sorbo, se levantó y desapareció del campo de visión de Patience. Esta oyó el sonido de un cajón al abrirse y cerrarse unos segundos después. Bamford volvió a aparecer frente a Patience y ella tuvo que reprimir un grito. Sin ninguna duda, el conde sostenía en su mano el diamante del marqués.

Era realmente hermoso, el diamante más grande que había visto jamás, reflejando brillantes destellos a la luz de las velas. El conde volvió a sentarse y sostuvo la piedra ante sí, girándola de un lado a otro, haciendo que las sombras danzaran por las paredes. Luego sacó un paño del bolsillo y limpió la gema con mimo antes de alzarla de nuevo. Al fin, soltó una risa baja y gutural que puso a Patience los pelos de punta, se puso en pie y desapareció de nuevo de su vista. Estaba claro que iba a esconder otra vez el diamante. Pero ¿dónde?

Patience luchó por contener el temblor de emoción cuando el conde reapareció. El hombre se inclinó, tomó su vaso y apuró el *brandy*. Unos segundos después, la puerta se abrió y salió.

Aliviada, Patience salió de detrás de las cortinas. Oyó una maldición ahogada a sus espaldas y, al ver que su padre no aparecía, levantó la pesada tela.

—¿Qué demonios está haciendo? —susurró al descubrirlo envuelto de pies a cabeza en la muselina como una de esas momias egipcias que ella había visto en los libros.

—¿Tú qué crees? —protestó el reverendo, tratando en vano de apartar la tela que cubría su cara por completo—. Y si no quieres sacarme de aquí en una caja de madera, será mejor que me ayudes.

Patience dejó escapar un suspiro y volvió a meterse entre los pliegues de la cortina.

—Se ha quedado atrapado en el visillo, padre —gruñó—. No se mueva, solo consigue liarse más.

De repente, un golpe seco sonó en el cristal detrás de ellos. Presa del pánico, el reverendo se volvió para ver dos ojos que los miraban a través de las puertas francesas. Augustus Shackleford soltó un grito de terror que fue repetido de inmediato por la figura al otro lado. Medio segundo después, la figura emitió un sonido estrangulado y desapareció.

—¡Por Dios, padre! ¿Quiere que venga toda la casa a ver qué ocurre?

—Hay alguien ahí fuera —se quejó el reverendo.

—Sea quien sea, seguro que ha ido a buscar ayuda —se lamentó Patience, mientras luchaba por desenredar a su padre.

De pronto, una mano se pegó al cristal. A pesar de su reciente reprimenda, Patience no pudo evitar dar un pequeño chillido.

—¿Quién anda ahí...? —musitó el reverendo, logrando al fin apartar la tela de su rostro.

Entonces, apareció una cara pálida detrás del cristal.

—Soy yo, señor —gimió una voz conocida—. Creo que me he golpeado en la cabeza.

—¿Otra vez? —preguntó el reverendo, incrédulo—. ¿Se puede saber qué demonios haces rondando por el jardín de Bamford?

—Vigilar, como usted me dijo —alegó el coadjutor, parpadeando bajo la lluvia torrencial.

—Percy, ¿puedes ir a buscar el coche? —interrumpió Patience, deseando apartar cuanto antes al infortunado coadjutor del aguacero—. Nos reuniremos contigo en la puerta principal en diez minutos. Procura que nadie te vea, salvo el cochero.

Percy asintió y desapareció, mientras ella terminaba de liberar a su padre.

—El diamante está aquí, en esta sala —le dijo Patience, emocionada.

—Puedes guardarte ese entusiasmo, hija mía —replicó el reverendo, acalorado—. Nos vamos en este mismo instante.

—Pero...

—Nada de peros. Si nos sorprenden ahora, estamos perdidos. Y no solo nosotros, sino toda la familia. Nicholas no nos lo perdonaría jamás —añadió, al ver el gesto obstinado de Patience.

Esta miró la estancia en penumbra, frustrada, antes de soltar un suspiro.

—Por supuesto, tiene razón, padre. Debemos darnos prisa.

Volvió a colocar bien las cortinas y dirigió una última mirada ansiosa a la estantería. «¿Estaría el diamante escondido entre los libros?», pensó, obligándose a marcharse. Asintió a su padre y se dirigieron juntos hacia la puerta.

Cinco minutos después, estaban de vuelta en el gran salón. Para su alivio, el conde ni siquiera los miró, y tampoco pareció haberse percatado de su ausencia.

Sin más demora, Patience y su padre salieron de la casa en silencio y se perdieron en la noche.

CAPÍTULO 12



—El marqués de Guildford ha enviado una nota pidiendo que lo acompañes a dar un paseo por los jardines de Sydney —anunció Grace, eufórica, mientras desayunaban.

—Desde luego, es una noticia estupenda —intervino Felicity, sonriendo mientras untaba una tostada con mantequilla.

Patience contuvo la emoción y trató de sonreír con modestia, pero la falta de práctica en esos menesteres hizo que su recato sonara exagerado, provocando que Temperance la mirase con cierta desconfianza.

—Sí, es una buena noticia —añadió Patience, aclarándose la garganta—. ¿A qué hora ha dicho?

Grace volvió a mirar la tarjeta.

—A las doce en punto. —Frunció el ceño—. Un poco temprano, ¿no?

—A mí no me importa —se apresuró a decir Patience—. Seguro que padre estará encantado de acompañarme.

Lanzó una mirada esperanzada al reverendo, que se ocultaba tras el periódico. Patience carraspeó para llamar su atención. Su padre

emitió un suspiro, dejó el periódico a un lado y estaba a punto de decir algo cuando Agnes, su esposa, se adelantó:

—Augustus, me prometiste que hoy me acompañarías al Pump Room[1] —protestó ella, en ese tono que hacía imposible contradecirla.

Patience sabía que su padre no se atrevería a hacerlo.

—Estoy deseando acompañarte, querida —respondió él, en un tono que más bien decía que preferiría que le arrancasen una muela con un cuchillo de cocina romo. Lanzó una mirada de disculpa a Patience.

—No es necesario volver a molestar al reverendo —intervino Felicity, sonriente—. Yo misma puedo acompañarte encantada.

—Pero... —Patience intentó buscar una excusa para que fuera su padre quien la acompañara, aunque ya sabía que estaba perdida.

Grace, sin embargo, dio palmas de alegría.

—¡Pues ya está decidido! Felicity irá contigo y con el marqués. —Y le lanzó una mirada traviesa a su amiga—. Aunque estoy convencida de que ella hará lo posible por no escuchar nada de lo que digáis...

«Ojalá», pensó Patience con una mueca mental. El olfato de Felicity para detectar secretos era más eficaz que el de Freddy para rastrear un pastel escondido. Patience miró de reojo a su padre, que se escondió de nuevo tras el periódico. Agnes bastaba para desinflar cualquier entusiasmo por las conspiraciones familiares.

Por suerte, su madrastra eligió ese momento para pasar, con aire etéreo, del diván del comedor al del salón.

—Espero mi chocolate caliente a las once en punto —le recordó a su marido mientras salía de la estancia. Nadie en la mesa se atrevió a respirar hasta que la puerta se cerró tras ella, y solo entonces dejaron escapar un suspiro de alivio.

—¿Disfrutaste de la velada de anoche? —le preguntó Nicholas a Patience, aprovechando la ausencia de Agnes.

Patience le sonrió al duque, aunque por dentro hervía de frustración.

—La verdad es que sí —respondió—, aunque confieso que encontré a lord Bamford grosero y vulgar. Como dijiste, hay algo en él que no me gusta.

—¿Qué hizo exactamente? —quiso saber Nicholas, prestándole toda su atención.

—No creo que le entusiasmara nuestra presencia —dijo Patience, eligiendo bien las palabras. Prefería poner a Nicholas sobre aviso, pero no quería que armara un escándalo—. ¿No es así, padre?

—Diría que nos recibió con la misma alegría que a una infección —resumió el reverendo, sin rodeos—. Menudo elemento...

Patience notó la mirada que Nicholas le dirigió a Malcolm.

El escocés asintió con gesto grave.

—*Aye*[2], dicen que es el peor tipo de *laird*[3]: arrogante y cruel, según todo el mundo.

—Se cuentan muchas historias horribles sobre él —añadió Felicity, muy seria—. Todo apunta a que es realmente cruel.

Grace miró a Patience con preocupación.

—Espero que no vuelvas a aceptar ninguna invitación suya.

—No creo que reciba más invitaciones —respondió Patience.

—Nadie de esta casa aceptará una invitación del conde de Bamford en adelante —intervino Nicholas, tajante—. Ya accedí a regañadientes a que Patience fuese anoche a su fiesta. No volverá a repetirse.

Patience apretó los dientes, tragándose la frustración. Tenía que hablar a solas con el marqués como fuera. ¿Cómo iba a contarle todo, incluido lo que pensaba Nicholas de Bamford, con Felicity pegada a sus talones? Le hacía falta una distracción, pero ni Percy ni Freddy habían aparecido aún esa mañana. Frunció el ceño, preocupada de repente por el pequeño coadjutor, que había sufrido otro golpe en la cabeza por segunda vez en poco tiempo. Deberían cuidarle mejor.

—¿Ha visto a Percy esta mañana, padre? —preguntó, casi con temor.

—Freddy está con él —contestó el reverendo con una mirada que decía más de lo que sus palabras dejaban entrever.

—¿Le pasa algo a Percy? —inquirió Temperance, que nunca se perdía nada.

—Anoche no se encontraba muy allá —explicó su padre—. Creo que echa de menos Blackmore. Freddy sabrá animarle.

Patience se quedó un poco más tranquila al saber que el coadjutor estaba en buenas manos, aunque eso quería decir que tampoco Freddy estaba disponible como distracción. Se estaba quedando sin recursos.

En ese momento, una voz sonó tras la puerta:

—Te dije que no estaba muerto.

Estaba claro que había alguien espiando. Patience no se lo pensó más y, subiendo el tono para asegurarse de que la oyeran, propuso:

—Quizá a las gemelas, a Anthony y a Prudence, les gustaría acompañarnos al parque de Sydney.

Cualquier protesta de los adultos fue ahogada por la entusiasta estampida de los niños al escuchar la propuesta.

Decir que sus dos hermanas mayores no veían con buenos ojos su sugerencia era quedarse corta. Temperance se pasó dos horas antes de la llegada del marqués regañando a Patience y pronosticándole entre lágrimas que se quedaría soltera de por vida. Patience pensó que era mejor no confesarle que, en el fondo, seguir soltera seguía siendo su mayor deseo.

Grace, en cambio, se limitó a lanzarle miradas de reproche y, de vez en cuando, a apretar los labios para que no le temblaran.

Resignada, Patience dejó que Ruby, su doncella, la acicalase hasta que ambas hermanas estuvieron satisfechas con su aspecto. Tras una última advertencia, Grace se fue al cuarto de los niños y Temperance corrió a prepararse para la vuelta de su marido.

Por una vez, Patience no pudo discutir el veredicto de sus hermanas cuando se miró en el espejo. El vestido lila le sentaba de maravilla: les daba color a las mejillas y suavizaba el tono insulso de su pelo. Se pasó la lengua por los labios, preguntándose si siempre habrían tenido ese color rosado, y de pronto la asaltó la imagen del marqués besándola. El calor que le recorrió el cuerpo la tomó desprevenida; soltó un pequeño suspiro y, al ver que todo seguía en su sitio, apretó las piernas, incómoda, como si así pudiera espantar esa sensación nueva.

Tardó varios minutos en serenarse y, cuando por fin volvió a sentirse ella misma, cogió los guantes y el sombrero y bajó al salón, donde la esperaban Felicity y los pequeños.

El griterío de los niños se encargó de disipar cualquier resto de rubor en el rostro de Patience, y cuando vio a Prudence darle un puñetazo a Anthony, se preguntó en qué demonios estaría pensando. Patience miró a Felicity, que tomaba el té como si no pasara nada, y respiró hondo, decidida a imitar la calma de su mentora. Solo necesitaba un poco de esa paz interior. ¿Tan difícil podía ser?

Probó con la taza. Ni por esas. Conseguir la paz interior era mucho más complicado de lo que parecía y, cuando el marqués de Guildford

apareció puntual a las doce, Patience ya estaba a punto de estallar. Por fuera mantenía la compostura, pero por dentro no era más que un manojo de nervios, incertidumbre y frustración.

Todo iba peor porque, para su sorpresa, estaba deseando verle. Lo cual era una absoluta locura. Guildford no tenía ningún interés en ella, solo en recuperar su diamante. La idea de que su familia creyera que Patience Shackleford había atraído la atención de un título importante, era de lo más absurdo.

El bullicio era tal en el salón que ni Patience ni Felicity oyeron la campanilla de la entrada. El colmo llegó cuando el mayordomo abrió la puerta para anunciar al marqués justo en el momento en que Patience, de pie, gritaba:

—¡Os juro que acabaré en la horca si no os calláis de una vez, panda de granujas!

Por un instante, el silencio fue tan denso que se podía oír cantar a los pájaros del exterior.

El mayordomo carraspeó, imperturbable.

—El marqués de Guildford —anunció, antes de desaparecer.

Todas las miradas se posaron en lord Guildford, impecable en su traje de mañana. Patience pensó que nunca había visto a nadie tan guapo. Se puso roja como una amapola, abrió y cerró la boca un par de veces y no consiguió articular palabra. No tenía excusa para su salida de tono. Si él realmente la estuviera cortejando, habría salido de allí espantado.

—Pareces un pez —soltó Anthony.

—Patience ha dicho palabrotas —dijo Prudence.

—¿Qué es la horca? —Quiso saber otro de los pequeños.

—¿Te vas a casar con mi hermana? —remató uno más.

Por suerte, Felicity fue la primera en reaccionar. Se levantó con elegancia e hizo una pequeña reverencia.

—Qué placer tenerle aquí, milord. Soy Felicity Beaumont, una vieja amiga de la familia. Estaré encantada de acompañarle hoy. ¿Le apetece tomar algo antes de salir?

Patience, por fin, consiguió hablar.

—Estoy segura de que Su Señoría preferiría salir enseguida —farfulló. Luego recordó de golpe la debida reverencia, la hizo de cualquier manera y añadió, por decir algo—: Hace un día precioso, ¿no le parece?

El paseo comenzó más como una marcha que como otra cosa. Patience iba tan tensa que solo quería terminar cuanto antes. No hubo ocasión para charlas privadas: sus hermanos pequeños se encargaban de monopolizar la atención del marqués. Por suerte, en pocos minutos llegaron a Sydney Place y al elegante hotel junto a los jardines, donde una orquesta tocaba en la terraza y mucha gente disfrutaba del buen tiempo.

El parque era encantador. El camino principal subía con suavidad hasta un pabellón con unas vistas impresionantes. Un canal estrecho serpenteaba entre árboles y arbustos exótico bajo dos puentes de estilo oriental que daban al lugar un aire de cuento de hadas.

Patience nunca había estado allí y, al ralentizar el paso, se olvidó por un momento de todo lo demás.

—Sugiero que sigamos el camino principal —propuso el marqués, mirando a los pequeños Shackleford, que ya estaban listos para echar a correr.

Patience miró a Felicity, quien asintió con una sonrisa.

En realidad, a Patience le habría encantado perderse entre aquel paisaje romántico y algo salvaje.

Mientras caminaban, Felicity se mantenía cerca de sus pupilos, aunque no tanto como para impedirles hablar en privado. Aun así, ya consideraba aquel cortejo una causa perdida tras el arrebato de Patience. A la señorita Beaumont no se le ocurría ninguna circunstancia por la que un miembro de la nobleza se plantease desposar a una mujer con la lengua de una verdulera. Suspirando, miró hacia delante, donde los cuatro hermanos pequeños de Patience correteaban despreocupados, sin imaginar que acababan de arruinar para siempre cualquier posibilidad de que su hermana mayor hiciese un buen matrimonio, o incluso de que se casara alguna vez.

Max, sin embargo, no era un noble típico. Era muy consciente de que podían aprovechar aquel arrebato para lograr justo lo que Patience deseaba. En cuanto sus palabras llegasen a oídos de la alta sociedad, no cabía duda de que la apartarían a un lado sin miramientos. Al principio, el rechazo incluiría también a sus hermanas, pero la posición de la duquesa de Blackmore y la condesa de Ravenstone era tan sólida que Max no dudaba de que aguantarían el chaparrón. La única que lo pagaría sería la causante del escándalo, a la que no perdonarían hasta que fuera poco menos que una anciana.

La cómoda oscuridad que ella quería, lograda de un plumazo. Siempre y cuando la familia no la repudiase, claro.

Aunque eso también significaría que él tendría que apartarse de ella. Y ahí estaba el problema.

Por algún motivo que nada tenía que ver con recuperar a Sepideh, Max no quería evitar la compañía de Patience Shackleford. De hecho, le costaba pensar en otra cosa. El temor de que ella pudiera correr peligro en casa de Bamford le había revuelto el estómago y le mantuvo en vela hasta bien entrada la madrugada, hasta que estuvo seguro de que ella ya habría regresado sana y salva.

Al observar su rostro embelesado, se preguntó cómo había podido verla alguna vez como una joven anodina. Era contradictoria,

temperamental, descarada hasta lo escandaloso y, sobre todo, vibrante y vital como ninguna otra mujer que hubiera conocido. Y, pese a su soltura con los improperios, tenía una inocencia peculiar. Era evidente que ella creía imposible que algún hombre la amase, pero no estaba dispuesta a fingir ser diferente solo para gustar más. Ojalá nunca cambiase...

De repente, Max se dio cuenta de que el objeto de sus pensamientos le estaba hablando. Por el color que subía a sus mejillas, era obvio que ella había notado que la observaba.

—Quiero disculparme por... por mi comportamiento de antes —tartamudeó Patience, bajando la mirada al suelo.

—Quizá haya sido un hecho afortunado —contestó Max. Ella lo miró sin comprender—. Bueno, en cierto modo nos soluciona el problema —explicó él, irónico—. Ocho personas han presenciado su... puesta en escena, y seguro que muchos más lo han oído. Por desgracia, los criados son expertos en propagar rumores...

Patience asimiló sus palabras. Luego, con una sonrisa que a Max le pareció como un golpe directo al pecho, susurró:

—Seré repudiada por todos —dijo, casi riendo al entenderlo—. No tendrá usted que pedirme matrimonio, ni siquiera tendrá que confirmar mi mal comportamiento. Los criados se encargarán de difundirlo. —Patience negó con la cabeza y soltó una carcajada—. ¿Cómo no se me ocurrió antes?

—Solo hay que esperar a que el rumor tarde un poco en llegar a las lenguas más feroces —declaró Max—. Aunque aún no hemos hablado de si anoche tuvo usted éxito o no.

—El diamante... —jadeó Patience, agarrándole del brazo, como disculpándose por haberlo olvidado.

Max notó el calor de sus dedos como si lo hubiera tocado con la mano desnuda, y tuvo que contener la respiración para no reaccionar como un chiquillo enamorado.

—¿Descubrió algo? —preguntó, esforzándose por sonar sereno y no delatar el efecto que ella le causaba.

—Sí, lo vi con mis propios ojos. Bamford tiene su gema.

—¿Y él no le hizo daño? —La pregunta salió de los labios de Max antes de poder evitarlo.

Patience abrió la boca, sorprendida, pero luego negó con la cabeza, aún confundida.

—Grada el diamante en su despacho —añadió—. Por desgracia, no pude ver el lugar exacto, porque no había manera de mirar por la rendija de las cortinas.

—¿Se escondió detrás de unas cortinas? —preguntó Max, atónito—. ¿Y dónde estaba su padre?

—Escondido a mi lado, naturalmente —respondió ella, frunciendo el ceño—. ¿Dónde iba a estar, si no?

—Por Dios... —musitó Max, sintiendo el corazón martillearle en el pecho solo de pensar lo que podría haber pasado—. ¿Se ha vuelto loca? —farfulló en voz baja, furioso ante el riesgo que ella había corrido—. No tenía ni idea de que sería tan insensata. Solo quería que echara un vistazo. Si hubiera imaginado que haría semejante locura, no le habría pedido ayuda jamás.

—Pues menos mal que sí lo hizo —replicó Patience, sin ofenderse lo más mínimo—. De lo contrario, usted seguiría dándole vueltas y vueltas al asunto.

—Yo no estaba dando vueltas —se defendió Max, apretando los dientes.

—Por supuesto que no. Todo estaba bajo control... —se burló Patience, antes de detenerse y tomar aire—. En cualquier caso, no importa. Ni mi padre ni yo sufrimos daño alguno. Nadie nos vio entrar al despacho de Bamford. —Lo miró con seriedad—. Como usted mismo ha dicho, no tenemos mucho tiempo. Hay que

recuperar el diamante antes de que mi reputación se arruine por completo y a usted no le quede más remedio que darme la espalda.

—No estoy seguro de poder hacerlo nunca —musitó él, mirándola con una intensidad que a Patience le aceleró el pulso.

—No tiene usted por qué sentir lástima —susurró ella—. No necesito la compañía de otros como parece necesitarla el resto del mundo. —Patience retrocedió un paso, rompiendo de golpe su intimidad, y miró hacia Felicity, que se mantenía a cierta distancia vigilando a sus hermanos. Tranquilizada al ver que su carabina no había visto nada, Patience volvió a mirar al marqués, luchando contra el impulso, tan absurdo como repentino, de arrojarse a sus brazos.

—Lord Guildford, qué agradable sorpresa...

Sobresaltados, Patience y Max se giraron al unísono.

El conde de Bamford les observaba fijamente.

---

1 Nota de la traductora: Elegante sala de Bath, famosa durante la Regencia como lugar de encuentro social y para tomar el agua termal de la ciudad.

2 «Sí», en gaélico escocés.

3 Término escocés equivalente al «lord» inglés.

CAPÍTULO 13



—Debo admitir que no esperaba volver a encontrarnos tan pronto —comentó el conde de Bamford.

—Bath es una ciudad pequeña —consiguió responder Max, encogiéndose de hombros con fingida indiferencia. Si el conde había escuchado su conversación, todo estaba perdido.

Bamford no dio la menor señal de haber oído nada fuera de lugar. En su lugar, posó la mirada en Patience, con el mismo inconfundible desagrado que ya había mostrado en la velada en su casa.

—Veo que no ha perdido el tiempo, Guildford —se burló el conde—. Aunque debo decir que sus gustos son, cuanto menos, inesperados. No sabía que tuviera usted trato con los... parientes más rústicos de Blackmore.

Por un instante, Max pensó que quizá había entendido mal, pero la expresión de repugnancia en el rostro del conde era inequívoca. Aquel hombre era una verdadera serpiente. Toda su cortesía anterior no era más que una capa finísima de miel que ocultaba un veneno letal.

Y aunque sus palabras pudieran poner en peligro el diamante, Max no estaba dispuesto a permitir semejante ofensa sin responder.

—Puede usted contarse entre los amigos del príncipe —declaró—, pero sus modales dicen todo lo contrario. Sería conveniente...

—Lord Bamford.

La voz grave y educada de Felicity Beaumont interrumpió la réplica de Max, justo cuando el conde dirigía su mirada implacable hacia ella.

—Ah, la pariente pobre —entonó Bamford, o, mejor dicho, la ayuda contratada.

—Le diría que es un placer verle —replicó la señorita Beaumont con absoluta serenidad—, pero estaría mintiendo de forma descarada.

Los ojos del conde relampaguearon con malevolencia. Patience miró a ambos, perpleja por el modo en que la conversación había pasado de la cortesía a una abierta hostilidad en apenas unos segundos. Era evidente que Felicity conocía a Bamford, aunque Patience no tenía idea de cómo, pese a las vagas insinuaciones de aquella esa misma mañana.

Max también se giró hacia Felicity. Si bien agradecía su intervención —le había evitado decir algo de lo que seguro se habría arrepentido —, le sorprendió descubrir que conociera a Bamford.

Mientras tanto, Patience se había cansado de la escena. No necesitaba que nadie la defendiera. El conde podía ser un animal despreciable, pero, desde luego, él nunca había conocido a nadie tan impasible como ella. Y ahora que su reputación iba camino de quedar arruinada, un par de anécdotas más sobre sus modales solo terminarían de sellar su suerte en el mercado matrimonial.

—¿Pasea usted solo, milord? —le preguntó Patience con dulzura—. La verdad, no me sorprende en absoluto. —Acto seguido lo miró de arriba abajo, deteniéndose especialmente en su abultado vientre, antes de volverse hacia sus compañeros—. ¿Podríamos continuar nuestro paseo, lord Guildford, Felicity? Estoy segura de que tenemos

cosas mejores que hacer que perder el tiempo con un pomposo badulaque.

Max la miró atónito, y luego volvió la vista hacia Bamford, que se había puesto de un color púrpura preocupante. Puede que Patience no fuera aún una experta en el arte de insultar sin decir palabras malsonantes, pero, por una vez, Max agradeció oír la verdad sin rodeos, sin importar el precio.

Conteniendo una sonrisa, Max miró de nuevo al conde, inclinó la cabeza y, tras ofrecerle su brazo a Patience, le dio la espalda para seguir caminando hacia el pabellón.

Felicity marchaba delante de ellos, con todo el cuerpo tenso de pura rabia contenida.

—No sabía que la señorita Beaumont conociera a Bamford —comentó Max, inquieto.

—Yo tampoco —respondió Patience, frunciendo el ceño.

—No es hombre al que convenga tener por enemigo —advirtió el marqués en voz baja—, y temo que, al haberla involucrado en este asunto, ya se haya ganado usted su enemistad de por vida.

—Entonces tendremos que poner fin cuanto antes a las maquinaciones de ese hombre odioso —respondió Patience, resuelta —. Puede contar conmigo, milord, para terminar con este asunto cuando guste.

Max se detuvo un momento para observar su rostro, sonrojado y decidido. En realidad, debería negarse a permitirle seguir implicada. Pero estaba seguro de que, con o sin él, Patience haría lo posible por recuperar el diamante.

—No podemos perder más tiempo —insistió ella—. Debe de haber alguna forma de vigilar los movimientos de lord Bamford. En cuanto sepamos que va a ausentarse al menos una hora, entraremos en su casa y nos llevaremos el diamante.

—¿De verdad cree usted que puede recuperarlo en solo una hora? —preguntó Max, algo escéptico.

Patience asintió con seguridad.

—La única demora será el tiempo que tarde en encontrar el escondite dentro del despacho —explicó. Luego, tras pensar un instante, añadió—: Creo que deberíamos volver a contar con la ayuda de mi padre y de Percy para vigilar al conde mientras estamos dentro.

—¿Quién demonios es Percy? —preguntó Max, empezando a preguntarse cuántos más se sumarían a la empresa.

—El coadjutor de mi padre —contestó Patience, lanzándole una mirada tranquilizadora—. No se preocupe, le aseguro que, aunque es un poco despistado, Percy sigue las órdenes a la perfección y está más que acostumbrado a ayudar a mi padre en sus... investigaciones.

—¿Su padre es clérigo y también agente de Bow Street[1]? —ironizó Max, pensando que la familia Shackleford era aún más excéntrica de lo que había creído.

Patience soltó una carcajada.

—Puede que él así lo crea.

—¿Y qué opina el señor Shackleford de la habilidad de su hija para abrir cerraduras?

—No opina nada —respondió Patience con brusquedad—. Prefiere pensar solo en lo que le conviene. —Hizo una pausa—. Y, de todos modos, milord, lo cierto es que, ahora mismo, mi padre, Percy y yo, somos la única ayuda con la que usted cuenta.

Max puso mala cara, pero no respondió. Ella tenía razón: sus únicos aliados eran una joven irresponsable, un vicario entrometido y un

coadjutor asustadizo. ¿En qué momento se había complicado tanto su vida?

—¡¿Qué has dicho?! —tronó el reverendo Shackleford—. Solo el Todopoderoso sabe lo que vas a soltar por esa boca, Patience Shackleford, y bastante suerte tienes de que aún no te haya convertido en estatua de sal.

—No veo por qué está usted tan enfadado, padre —replicó Patience, sin inmutarse—. Él no siente ninguna inclinación amorosa por mí, y así no tiene que molestarse en hacerme una proposición. Naturalmente, Grace y Tempy van a enfadarse conmigo al principio, pero confío en que usted les predique sobre el perdón y todo eso. Y cuando dejen de verme como su problema y se resignen a que soy una solterona por vocación, seguro que todo se calma enseguida. —Patience se detuvo a reflexionar—. Eso sí, mientras no se les ocurra usarme de niñera sin sueldo.

El reverendo bufó.

—Lo dudo mucho. Ni locas te dejarían a sus hijos —refunfuñó—. ¿Y qué me dices de esa costumbre tuya de colarte en casas ajenas? ¿O de ir por Blackmore vestida de chico?

—Simplemente, me ganaré fama de excéntrica, padre —respondió Patience, sin hacer caso a lo que él murmuró a continuación: «La fama ya la tienes...»—. La gente de Blackmore se acostumbrará a verme de un lado para otro y dejará de prestarme atención; de hecho, ya apenas me hacen caso. Prometo que no le costaré mucho dinero: los vestidos que tengo me durarán hasta el fin de mis días y le aseguro que no bajaré a cenar sin estar debidamente arreglada. Es más, si lo prefiere, puedo cenar siempre en mi habitación.

El reverendo Shackleford contempló la expresión seria de su hija y sintió una tristeza inmensa. Patience nunca encajaría. No porque en el fondo no lo deseara, sino porque era incapaz de plegarse a las normas de la sociedad.

—No puedo vivir así, padre... —confirmó ella en voz baja.

El reverendo suspiró.

—Tienes que dejar de allanar moradas —le advirtió él.

Patience asintió.

—Pero solo después de ayudar a lord Guildford a que recupere lo que ese tipejo le ha robado —prometió.

En ese momento, llamaron a la puerta del salón y apareció la pinche de cocina.

—Me han enviado a preguntar si quieren que encienda el fuego, que la tarde se está poniendo fresca —dijo la muchacha con una rápida reverencia.

Patience miró a su padre y luego recorrió la estancia con la mirada. La verdad, estaban acostumbrados a temperaturas más frías.

—Las velas serán suficiente, gracias.

La criada no le sonrió, y Patience se preguntó si ya se había ganado tan mala fama.

Era tarde y el resto de la familia llevaba rato en la cama. Temperance y Adam se retiraron los primeros, y las miradas que ella le lanzó a su esposo dejaban claro cuáles eran sus intenciones. Patience se sintió inesperadamente irritable al verlos marchar. Por suerte, solo Percy oyó cómo ella decía en voz baja: «Solo llevan dos días... A saber qué harían sin una maldita niñera». El joven coadjutor se limitó a toser y mirarse las rodillas.

Nadie mencionó durante la cena los sucesos de la mañana, aunque estaba claro que Grace al menos estaba al tanto. Eso significaba que Nicholas también lo estaba. Patience dudaba que su hermana le hubiera contado los detalles a Temperance —si la irascible Tempy lo supiera, habría montado un escándalo imposible de disimular—. Por suerte para Patience, los caballeros no se quedaron a solas con el

oporto, así que sus hermanas no tuvieron ocasión de reprenderla en el salón. La mirada de advertencia que Grace le dirigió a Patience al despedirse con Nicholas, sin embargo, dejaba claro que solo la había pospuesto.

Si no estuviera tan harta de reprimendas, Patience habría esperado al día siguiente para contarle a su padre lo ocurrido. Pero no quería que lo tomara del todo por sorpresa, así que prefirió advertirle.

La verdad era que ella solo deseaba volver a casa. Su alianza inesperada con el marqués de Guildford la había descolocado por completo. Estaba segura de que esos sentimientos extraños desaparecerían en cuanto se alejara de él. Y si pensar en no volver a verlo le provocaba un nudo en el estómago, seguro que se debía a los deliciosos manjares que había disfrutado desde que llegó a Bath. Desde luego, prefería no pensar que lo único peor que no volver a ver al marqués sería verle acompañado de otra mujer.

Todo terminaría la noche siguiente, pasara lo que pasara, estaba decidida. Para eso, necesitaba la ayuda de su padre y de Percy.

—Pienso recuperar el diamante de Guildford mañana por la noche —le aclaró Patience—. No puedo esperar más. Grace ya sabe lo de mi... incidente, y Nicholas también. Mi comportamiento pronto será de dominio público y me veré obligada a regresar a Blackmore.

—¿Y no puedes dejar que sea Guildford quien recupere su condenado diamante? —gruñó el reverendo.

Patience negó con la cabeza.

—Hicimos un trato —explicó—. Y él ha cumplido su parte. Estoy segura de que Bamford asistirá al baile de mayo en los Salones de Reuniones mañana por la noche. Es el evento más destacado del calendario en Bath; todas las personas importantes estarán allí. Confío en que el conde no querrá perderse su última oportunidad de pinchar a Guildford sin temor a hacerle un posible desaire del príncipe. Sin duda sospecha que Guildford anda corto de fondos y

tendrá que volver a Londres pronto... —Se interrumpió y cerró los ojos un instante, apartando de sí una punzada de dolor— ...Para buscarse una esposa rica.

—Si hace eso, Bamford pensará que es muy sospechoso que Guildford haya estado rondándote tanto —replicó el reverendo.

—No está pensando usted como un niño mimado de la alta sociedad —rebatió Patience—. A Bamford ni se le pasaría por la cabeza que el marqués pudiera considerar a alguien como yo para casarse. Está convencido de que solo soy un mero pasatiempo, algo sin importancia.

—Me da la impresión de que estás haciendo un montón de suposiciones peligrosas —gruñó el reverendo—. ¿Y cómo piensas evitar ir al baile?

Patience soltó una carcajada sin alegría.

—¿De veras cree que me van a permitir ir, cuando existe el riesgo de que toda la sala me dé la espalda? —se burló—. Créame, padre, me recluirán en mi habitación y podré considerarme afortunada si me traen la cena. —Dejó escapar una risita sombría—. Naturalmente, ni se molestarán en echar la llave.

Su padre no pudo evitar responder con otra carcajada.

—¿Y qué hay de Percy y de mí? —preguntó, recuperando su entusiasmo habitual.

—Necesito que vigiléis la casa de Bamford —respondió Patience—. El marqués y yo estaremos esperando a la vuelta de la esquina. En cuanto el conde salga, debéis avisarnos y luego seguirle, para aseguraros de que no vuelva hasta que hayamos terminado.

El reverendo asintió, pensativo.

—Tendré que buscar una excusa para convencer a Agnes de que no vaya al baile —acabó reconociendo—. Era el primero al que iba a asistir.

—Puedes decirle que irá la reina Carlota —sugirió Patience—. No pondría un pie en el baile si cree que Su Majestad va a estar allí.

—Eso es cierto, pero entonces tampoco iríamos los demás —rezongó su padre—. En realidad, estoy convencido de que Agnes se meterá en la cama en cuanto se entere de tu exabrupto. —Puso mala cara, imaginando la escena—. Pero escúchame bien, Patience —añadió con gravedad—. Si sales de esta sin que te pillen, se acabaron las fechorías, ¿entendido? —le preguntó alzando las cejas.

Patience advirtió que su padre había adoptado el tono de advertencia que usaba en el púlpito y que nunca traía nada bueno, así que apretó los labios y solo pudo asentir con resignación.

—Lo juro —declaró con un suspiro.

El reverendo puso cara de pocos amigos.

—No añadas un embuste descarado a tu lista de pecados —gruñó—. Bastante trabajo me va a costar convencer al Altísimo de que tus últimas andanzas son fruto del exceso de entusiasmo.

Max volvió a leer la nota que tenía en la mano. Patience quería recuperar Sepideh esa misma noche. Por fin, él estaba a punto de recuperar su vida.

Entonces, ¿por qué no se sentía más feliz?

No podía negar que le gustaría ver la cara de Bamford cuando el muy granuja se diera cuenta de que ya no tenía el diamante. Pero la idea de la libertad que le daría vender la gema ya no le producía el mismo alivio. Sabía que, sin ella, se vería obligado a vender casi todas sus pertenencias, pero de repente eso ya no le parecía tan terrible. Aquella vida que había dado por sentada, ahora se le antojaba llena de ataduras y limitaciones.

Suspiró e hizo una bola con el papel. Debía estar preparado y esperarlos a las ocho en punto.

Y si todo salía bien, Patience Shackleford desaparecería para siempre de su vida.

---

1 Nota de la traductora: Calle de Londres donde se encontraba la primera comisaría y tribunal de policía de la ciudad.

CAPÍTULO 14



El silencio que recibió a Patience no auguraba precisamente el espíritu del perdón. De hecho, daba toda la impresión de que Temperance había estado llorando, y no había rastro de Agnes. Sin duda, su padre había acertado con sus sospechas.

Al mirar a su alrededor, Patience sintió que el corazón le daba un vuelco. Era muy distinto pensar en seguir un camino a lanzarse a recorrerlo con el estómago encogido.

Nicholas y Adam estaban presentes, y ambos la miraban con gesto grave. Patience recordó la amabilidad de todos la noche de su primer —y sin duda último— baile. De pronto, notó que tenía que parpadear para contener las lágrimas, pero se obligó a controlarse. Ella sola se había metido en este lío y debía afrontarlo hasta el final.

Juntando las manos sobre el regazo, levantó la cabeza y esperó.

—¡¿Por qué has hecho algo así?! —estalló Temperance, incapaz de guardar silencio por más tiempo.

—En efecto, creo que es algo que todos queremos saber —añadió Grace con rigidez.

Patience tragó saliva y miró a su padre. Augustus Shackleford suspiró, deseando sin duda encontrarse en cualquier otro lugar.

—Si tienes alguna explicación para tu comportamiento, Patience Shackleford, será mejor que la digas ya. —Fue todo lo que él consiguió articular, con voz dolida.

Patience sintió cómo la invadía una primera oleada de rabia. No había querido causar daño a su familia, pero ¿qué otra opción tenía, aparte de dejarse arrastrar dócilmente al altar, solo para complacerles?

—No queríais escucharme —susurró.

—Por favor, habla más alto, Patience —dijo Temperance, alzando las manos.

—¡He dicho que no me escuchabais! —gritó Patience de pronto—. Ninguno de vosotros me escuchó, aun sabiendo que yo no quería esto. ¡Nunca quise esto!

—¿Y qué esperabas que hiciéramos? —replicó Temperance, levantando también la voz—. ¿Dejarte vagar por el campo haciendo Dios sabe qué?

—Sí, eso mismo deberíais haber hecho —sollozó Patience, incapaz ya de contener el llanto—. Yo era feliz. ¿Por qué no podías verlo, Tempy? Tú, precisamente tú, deberías haberlo comprendido. —Se llevó la mano a los ojos para limpiarse las lágrimas.

Temperance abrió la boca, pero no encontró nada que decir. En el fondo, sí lo comprendía. Solo que se había permitido olvidarlo.

—¿Quieres sentarte, Patience? No estás en un juicio —intervino el duque con voz tranquila, logrando disipar de golpe el torbellino de emociones.

Patience se mordió el labio inferior, se sentó e intentó recuperar el control, aunque fue inútil. Sentía que algo se había roto dentro de ella y que no podía dejar de llorar.

—Ay, Patience... —dijeron a la vez sus dos hermanas. Se levantaron al unísono y se arrodillaron a su lado.

—No llores, por favor... —susurró Temperance, abrazando los hombros temblorosos de su hermana.

—De veras que lo entendemos, de veras... —musitó Grace, secando las lágrimas del rostro de Patience.

Poco a poco, sus sollozos se convirtieron en pequeños hipidos, hasta que por fin pudo recuperar el aliento.

—Lo siento mucho —balbuceó Patience—. No quería causar un escándalo. —Alzó la vista hacia sus hermanas, convencida de que la querían de verdad—. Yo no soy como vosotras —dijo en voz baja—. Jamás podría ser la señora de una de las casas nobiliarias más antiguas de Inglaterra ni tener la confianza necesaria para gustar a la nobleza hasta el punto de convertirme en la comidilla del momento. —Negó con la cabeza y, aceptando el pañuelo de Grace, se sonó la nariz.

—Francamente, lo mejor es que la mantengamos lo más alejada posible de la buena sociedad —intervino el reverendo—. Patience tenía razón... —Se detuvo y suspiró—. Y en el fondo, yo también. Pero ninguno de los dos tuvo el valor de decirlo en voz alta.

Grace besó con suavidad la frente de su hermana, se puso en pie con gesto cansado y miró a su marido.

—¿Y ahora qué hacemos? —murmuró al volver a su asiento.

Para su alivio, Nicholas simplemente sonrió, cogió la mano de su esposa y se la llevó a los labios. Grace parpadeó, conteniendo las lágrimas de alivio. De algún modo, Nicholas y Adam se encargarían de arreglarlo todo.

Temperance apoyó la frente contra la de Patience un instante antes de levantarse. Sentir remordimiento no iba a cambiar nada; de algún

modo tendrían que encontrar la manera de suavizar las consecuencias de todo aquello.

Al volver a sentarse, Temperance miró a Adam sin saber muy bien qué esperaba encontrar. Sin embargo, en los ojos de él solo había amor y comprensión. Al igual que Grace, Temperance se preguntó qué habría hecho para merecer semejante devoción.

Ojalá Patience pudiera conocer ese tipo de amor. Aunque su hermana asegurara que no quería casarse, Temperance seguía convencida de que, en algún lugar, había un hombre que la amaría tal y como ella era y que le daría la libertad que tanto anhelaba.

—¿Qué deseas hacer, Patience? —preguntó Adam con suavidad, en cuanto la vio más serena.

Ella levantó la vista.

—Está claro que yo no encajo en este mundo —afirmó con un hilo de voz—. Me gustaría volver a casa. —Miró uno por uno a los miembros de su familia antes de proseguir—. Confío en que, en mi ausencia, el escándalo se olvide pronto. Nadie me conoce, en realidad, solo pueden recriminarme mi mal carácter y, como solo he asistido a un baile, estoy convencida de que me olvidarán con rapidez.

Nicholas asintió.

—Estoy de acuerdo. Esta noche nos presentaremos juntos en el baile de mayo, pero creo que tu presencia solo avivaría las habladurías. Imagino que no deseas despedirte a lo grande —añadió con ironía, mirando a su cuñada.

Patience negó con un escalofrío.

—Me quedaré con mi hija —intervino el reverendo Shackleford, con tono solemne.

—¿Y Agnes no protestará, padre? —preguntó Grace.

—Se ha metido en la cama —anunció el reverendo—. Y se ha llevado un frasco de las gotas para los nervios Fothergel. Por mi experiencia, no despertará antes del martes.

Patience sintió como si le quitaran un gran peso de encima. Por fin conseguiría desaparecer en el anonimato que tanto deseaba..., después de ayudar al marqués a recuperar el diamante familiar, por supuesto. Procuró no pensar en que, si salía algo mal, habría mucho más en juego que su propia reputación.

«Nada va a salir mal», se dijo a sí misma mientras subía a su dormitorio. En dos días estaría de nuevo en Blackmore.

Al cerrar la puerta, sus pensamientos se detuvieron en el marqués. Su amistad era algo que atesoraría el resto de su vida, pero sabía que lo mejor era acabar aquí. Verle cortejar a otra y luego casarse sería demasiado doloroso. Frunciendo el ceño, Patience se sentó junto a la ventana. No entendía por qué se le encogía al imaginarlo casado, seguramente, era por influencia de las ideas románticas de sus hermanas.

Un golpe en la puerta la devolvió a la realidad.

—Adelante —dijo Patience, y dos segundos después entró Felicity Beaumont.

—¿Cómo estás? —preguntó la dama con suavidad. Felicity no había estado presente en el salón, convencida de que los asuntos familiares debían quedar en privado.

—¿Grace le ha contado lo ocurrido? —respondió Patience, sintiendo que volvía a estar al borde de las lágrimas.

Felicity asintió.

—¿Puedo sentarme?

—Por supuesto —dijo Patience, intentando sonreír—. Señorita Beaumont...

—Felicity, por favor —la interrumpió la dama—. Ya no soy tu mentora.

—Nunca lo fue —declaró Patience con sencillez—. Usted fue mucho más que eso. —Bajó la mirada antes de continuar—. Sé que mi... educación no le ha resultado fácil, lo sé —murmuró—, pero quiero darle las gracias de corazón por todos sus esfuerzos.

Patience levantó la vista al oír el resoplido divertido de Felicity.

—Qué palabras tan bonitas, viniendo de ti —rio la matrona ante la expresión de desconcierto de su antigua pupila—. Por favor, Patience, nunca dejes que nadie te cambie. Eres una auténtica rareza en nuestra rígida sociedad.

—Por ahora nadie lo ha conseguido —admitió Patience, algo apesadumbrada—. Pero le estoy muy agradecida, señorita... Felicity, y lamento mucho si mi conducta de ayer la ha avergonzado.

—¡Rayos y centellas!, como dice tu padre —replicó la señorita Beaumont, restándole importancia con un gesto de su mano—. Estoy hecha de otra pasta. Tus hermanas también me dieron más de un quebradero de cabeza, te lo aseguro.

—Pero al menos ambas terminaron haciendo un buen matrimonio.

—Y mucho más que eso... —declaró Felicity en voz baja—. Todas tus hermanas están casadas con hombres a los que aman y que las aman a ellas, y eso es un lujo muy poco frecuente en nuestra sociedad... —Se calló y sonrió con cierta tristeza—. Esperaba que te ocurriera a ti lo mismo, querida, pero entiendo que tu camino será diferente.

Las palabras de Felicity le evocaron a Patience de inmediato la imagen del marqués de Guildford, que ella se apresuró a apartar de su mente.

—No sabía que conocía usted al conde de Bamford —comentó, recordando de pronto el tenso encuentro entre ambos el día anterior.

—Ojalá no fuera así —respondió la dama con acidez. Ante el gesto de extrañeza de su interlocutora, suspiró y explicó—: Estuvo casado con mi prima segunda. Hace años, cuando ella tenía tu edad. No fue un matrimonio por amor, como el de tus hermanas. —Se detuvo e hizo una mueca—. Ya has visto al conde —añadió al cabo de un segundo—. Tiene poco a su favor, más allá del título.

—Es verdaderamente aborrecible —coincidió Patience—. ¿Qué fue de su prima?

—Él la internó en un manicomio —declaró Felicity sin rodeos.

Patience ahogó un grito, y Felicity prosiguió:

—Alegó que estaba histérica, tanto que le hacía temer por su propia vida.

—Yo también me pondría histérica si me obligaran a casarme con semejante hombre —dijo Patience, estremeciéndose.

Felicity asintió.

—Tienes la suerte de que tu familia te quiere, o tu destino podría haber sido el mismo.

Patience la miró, horrorizada. Jamás se le había pasado por la cabeza que ella pudiera acabar así.

—Como ya habrás comprobado por las malas, Patience —continuó Felicity ante su gesto alterado—, la sociedad siempre castiga a quienes son diferentes.

—¿Ella sigue allí? —susurró Patience.

—Así es —declaró la señorita Beaumont, sin intentar ocultar su enfado—. La familia hizo todo lo posible por revocar la orden de ingreso, pero ella era —y sigue siendo— una propiedad del conde, y no pudieron hacer nada.

—Es espantoso... —dijo Patience, negando con la cabeza.

—Por cierto —dijo Felicity de pronto—, ¿no sabrás por casualidad qué relación tiene el marqués con Bamford? No pude evitar notar la hostilidad que parecía haber entre ellos.

Sin saber muy bien qué decir, Patience sintió que el corazón le daba un vuelco.

—No creo que se lleven demasiado bien —se limitó a contestar, agarrándose a lo obvio—. Pero sospecho que buena parte del malestar del marqués fue una reacción a la grosería insoportable de Bamford.

Ambas afirmaciones eran muy ciertas. Felicity asintió, satisfecha con la respuesta, antes de levantarse con un suspiro.

—Debo ocuparme de tus hermanas —sonrió—. Al parecer, una visita a la modista no se puede cancelar, ni en las peores circunstancias. Y además, así todas sabremos a qué atenernos esta noche.

—Suerte que yo no tendré que ir —replicó Patience con ironía, aunque en sus ojos brillaba la emoción contenida.

—Seguro que te aburrirías terriblemente —declaró Felicity antes de despedirse.

Patience vio marcharse a la dama con sentimientos encontrados. No tenía el menor deseo de ir a la modista, y mucho menos de asistir a otro baile. Pero saber que no se le permitía hacerlo era una experiencia nueva. Recordó la advertencia de Felicity y, durante un instante, sintió un escalofrío al imaginarse encerrada en contra de su voluntad. Sin duda, ese sería el peor de los destinos.

¿Llegaría su familia a considerar internarla alguna vez? Frunció el ceño, dándole vueltas a la idea por un segundo, antes de soltar un resoplido de fastidio. Si alguna vez sucedía, su padre estaría, sin duda, en la habitación contigua.

Max siguió el consejo de Patience y eligió solo colores que se confundieran con las sombras. Por supuesto, meterse en asuntos turbios requería una preparación minuciosa. Para que nadie lo viera salir, Max les había dado la noche libre a los criados y ahora esperaba, impaciente, en su despacho, a que llegara la hora convenida. Se preguntó cómo haría Patience para acudir a la cita, esperando que no fuera tan insensata como para ir sola.

Max no quiso dejar que sus pensamientos siguieran ese camino, así que se puso en pie y se sirvió una copa de *brandy*. Seguramente, ni siquiera ella llegaría a tanto.

Mientras apuraba el ardiente licor, negó con la cabeza. Con Patience Shackleford, no había garantías de nada. Él tendría que confiar en que el reverendo velaría por la seguridad de su hija. Pero su padre parecía casi tan imprudente como ella. «Que el diablo se los lleve a los dos...», murmuró en voz alta, sirviéndose otra copa. ¿En qué demonios estaba pensando cuando le pidió ayuda a una mujer tan temeraria? Seguro que había formas más sencillas de volver a ver a la muchacha.

Se quedó quieto, con la copa a medio camino de los labios, al darse de bruces con la verdad.

Recordó la primera vez que la vio en la terraza desierta. Desde aquel instante, Patience Shackleford lo intrigó. No, en realidad había sido antes, cuando Northwood le habló entre risas de su excéntrica cuñada.

Max se dejó caer pesadamente en el sillón. ¿Qué era lo que tenía ella? ¿Qué provocaba que se le secara la boca, le palpitara el corazón y se le erizara hasta la piel? En realidad, no tenía ni idea. Solo podía aceptar que él había hecho auténticas locuras solo por volver a verla.

Incluyendo saltarse la ley.

Al fin, se recostó con un gemido y cerró los ojos. Debía cancelar lo de esa noche. Puede que desease recuperar el diamante, pero no tanto como para arriesgar la vida de esa insensata que, contra toda lógica, le había robado el corazón.

—Maldita, maldita, ¡maldita sea! —bramó, conteniendo las ganas de estrellar la copa contra la pared.

Y lo peor era que ella no quería saber nada de él. Max sacudió la cabeza y soltó una risa amarga. Podría elegir a cualquier mujer —aunque no tuviera un penique—, salvo a la única que deseaba de verdad. La única a la que quería, prefería la ruina antes que a él.

¿Qué demonios iba a hacer ahora? Ya no había forma de convencerla para que se echase atrás. Max sintió que el corazón le golpeaba el pecho con fuerza. Ya no había tiempo. Ella nunca lo entendería y, conociendo a Patience, seguiría adelante con el robo, con o sin él. Y si él cometía la estupidez de declararse, ella solo le miraría como si estuviera completamente loco.

Era demasiado tarde para dar marcha atrás. Solo podía asegurarse de que a ella no le ocurriera nada malo.

Y después, la dejaría marchar.

CAPÍTULO 15



—Por favor, pare ahí delante —indicó Patience, golpeando con los nudillos el interior del coche y señalando un punto a unos cincuenta metros de la imponente residencia de Bamford—. Iré andando desde aquí —añadió, en cuanto el carruaje se detuvo—, mientras usted y Percy permanecen en el coche —le dijo a su padre y al coadjutor—. El marqués y yo aguardaremos en la sombra, más allá de aquel árbol, y cuando Bamford salga, usted y Percy le seguirán. Es poco probable que el conde repare en un carruaje de alquiler sin escudo, así que no debería sospechar nada.

Patience empujó la portezuela y comenzó a bajar, pero se detuvo un instante para mirar hacia el interior en penumbra.

—Obviamente, padre, usted no puede acudir al baile, así que tendrá que esperar fuera con Percy. Por favor, nada de heroicidades; no estoy segura de que Percy resista otro coscorrón —añadió, lanzando una mirada de disculpa al atribulado joven—. Solo necesito que provoquen una distracción si ven que el conde regresa antes de una hora.

Dicho esto, Patience cerró la puerta del coche y desapareció entre las sombras.

—Bueno, Percy, ¡hace mucho que no nos veíamos metidos en estos líos! —exclamó el reverendo—, y aunque el Altísimo tal vez no lo apruebe, he de confesar que echaba de menos la emoción. ¿Tú qué opinas?

Con el corazón desbocado, Patience avanzó a toda prisa hacia el lugar de la cita. Además de la lógica aprensión por lo que estaban a punto de hacer, sentía una euforia indiscutible —y completamente inesperada— ante la idea de pasar toda una velada a solas con el marqués. Por supuesto, se dijo a sí misma, ese nerviosismo era comprensible, puesto que sería la última vez que lo vería.

Eso no explicaba, sin embargo, el modo en que se le cortó la respiración al distinguirlo bajo el gran roble. Vestido de negro, parecía un ángel caído. Pero cuando él se volvió y sus ojos azules buscaron los de ella con una intensidad que la dejó sin aliento, pensó que ni el mismo Lucifer podría igualar semejante belleza.

Para Max, verla fue una punzada agridulce. Su secreta esperanza de que su mente hubiera exagerado sus sentimientos durante la espera, se desvaneció de inmediato.

Patience vestía, como de costumbre, ropa de muchacho, que se pegaba a sus curvas con tal descaro que solo un ciego la habría confundido con un chico. Llevaba el pelo suelto y en una mano sostenía una gorra, dispuesta a recogerse el cabello. La idea de imaginarla recorriendo los campos de Devon vestida así llenó a Max de un furor repentino. De hecho, no sabía si deseaba llevársela a la cama o encerrarla bajo llave.

—¿Ocurre algo? —La voz suave de Patience interrumpió su tormento, y él se obligó a reprimir su repentino enfado, negando con la cabeza porque aún no confiaba en su propia voz—. Esperaremos aquí hasta ver salir el carruaje de Bamford —continuó ella, ajena al conflicto que hervía en la mente de él—. El despacho está al fondo de la casa y se puede acceder por dos puertas de cristal que llegan

hasta el suelo. Por supuesto, estarán cerradas, pero no creo que eso suponga ningún problema.

Patience hablaba con absoluta naturalidad, sin asomo de jactancia, y mientras lo explicaba, se recogió el pelo para ocultarlo bajo la gorra. Al hacerlo, la camisa se le ciñó aún más sobre sus pechos. Max advirtió entonces que ella no llevaba corsé, y sintió una súbita presión en la entrepierna.

«Contrólate», se ordenó. No era el momento ni el lugar. Comportarse como un colegial incapaz de dominar el deseo solo lograría que acabaran los dos ahorcados. Respiró hondo y se forzó a concentrarse en las palabras de ella.

—Una vez dentro del despacho —susurró Patience—, cuanto antes localicemos el escondite del diamante, más tiempo tendremos para forzar el mecanismo. Estoy convencida de que está oculto cerca de la estantería.

Max asintió.

—¿Qué desea que haga? —consiguió preguntar con aparente calma.

—Deje que yo le guíe —respondió Patience—. Debemos procurar entrar y salir lo más rápido posible.

Su voz quedó ahogada por el repentino estrépito de ruedas y cascos de caballos. Segundos después, el carruaje del conde apareció y se dirigió hacia el centro de Bath. Al poco, un segundo coche pasó junto a ellos.

—Es el momento —anunció Patience, mirándole con los ojos brillantes y el cuerpo entero vibrando de emoción—. Permanezca detrás de mí —añadió, deslizándose hacia la entrada y manteniéndose en la sombra.

—Este no es el camino hacia los Salones de Reuniones —protestó Percy, mientras el carruaje de delante tomaba una calle poco

familiar.

—Quizá primero pase por otro sitio —respondió el reverendo, frunciendo el ceño.

—O tal vez no vaya al baile en absoluto —aventuró el coadjutor, visiblemente inquieto.

Su coche siguió al del conde por un laberinto de calles cada vez más sórdidas, hasta que al fin el carruaje de Bamford giró hacia un callejón que les resultaba sospechosamente conocido.

Después de ordenar a su cochero que esperase a la vuelta de la esquina, el reverendo Shackleford se bajó y asomó la cabeza por la callejuela justo a tiempo de ver a Bamford desaparecer por una puerta al fondo, mientras su carruaje doblaba la esquina.

—¿No es esa la casa de té a la que nos llevaste? —le preguntó a Percy, cuando este se acercó a sus espaldas con sigilo.

—No sabría decir. De día parecía muy distinta —respondió el coadjutor.

—Eso es porque en realidad es un burdel de mala muerte —gruñó el reverendo mientras observaban cómo la puerta se abría para dejar salir a un tipo escuálido que claramente había recibido lo suyo.

—No parece el tipo de sitio al que acudiría un conde... para cubrir sus... necesidades —dudó Percy.

—Tampoco parecía el lugar más recomendable para tomar el té y, sin embargo, allí estábamos —replicó el reverendo, frunciendo aún más el ceño—. Vamos, Percy, echemos un vistazo. No podemos arriesgarnos a que el bribón se escape por la puerta de atrás.

Llegaron al despacho sin contratiempos, aunque ya apenas quedaba luz. Las cortinas cubrían las puertas francesas, pero a través de una rendija se adivinaba el parpadeo de una vela.

Max observó cómo Patience rebuscaba en sus bolsillos hasta sacar lo que parecía un estuche de ganzúas.

—Vigile —le susurró ella, acercándose a la cerradura y poniéndose manos a la obra.

Max se dio la vuelta y escudriñó las sombras del jardín con inquietud. Los arbustos eran abundantes y frondosos, y cualquiera podría ocultarse tras uno de ellos. Aunque se repetía a sí mismo que era absurdo imaginar amenazas tras cada seto, no podía evitar sobresaltarse con cada crujido. Enseguida se hizo de noche y ya no era capaz de distinguir nada a más de un palmo de sus narices. Empezó a preguntarse cómo demonios saldrían de allí.

Justo cuando creía que Patience no lograría forzar aquella cerradura, oyó un leve clic. Max se giró y la vio sonriéndole con aire triunfal. Un instante después, ella se fundió con las sombras y, con paso resuelto, abrió la puerta, apartó las cortinas y se coló en la estancia. La luz titilante de las velas bastó para que Max la siguiera y, segundos después, Patience corrió con cuidado los cortinajes.

—La última vez que estuve aquí, Bamford pasó la mayor parte del tiempo cerca de la estantería, o al menos en esa zona —susurró Patience, señalando las baldas.

Max frunció el ceño, examinando los volúmenes frente a él.

—Aquí debe de haber al menos cincuenta libros —murmuró él.

—Tendremos que revisarlos todos —concluyó ella—. Podría haber un panel falso detrás o un hueco dentro de uno de los libros.

Max asintió y acercó una vela a la estantería para ver mejor.

—No usó ninguna escalera para alcanzar los estantes altos —reflexionó Patience—. Al menos, no recuerdo haber oído que las moviese. Creo que habría notado el ruido.

—Entonces buscaremos a la altura de alguien tan bajito como él —ironizó Max, palpando la balda que, calculaba, quedaría a la altura

del pecho del conde.

—Exacto —rio ella—. Yo me encargaré del estante inferior.

Patience se agachó y sacó los cinco primeros libros. Luego palpó el fondo de la estantería. Después de comprobar que no había ningún panel falso, revisó uno a uno los volúmenes, hojeando las páginas.

Siguieron así durante más de media hora, cada vez más ansiosos. Al final, Patience se dejó caer en cuclillas, mordiéndose el labio con gesto pensativo.

—Los criados entrarán a apagar las velas en cualquier momento —advirtió Max—. No podemos arriesgarnos a quedarnos mucho más.

Patience no respondió; ladeó la cabeza, observando la parte inferior de las baldas, y luego, poniéndose en pie, dio un paso atrás.

—¿No le parece que esa madera es algo más gruesa? —murmuró, señalando la segunda balda desde el suelo.

Max se agachó y comparó el estante que ella le indicaba con el de encima. Al mirar de nuevo a Patience, asintió, animado.

—No demasiado, desde luego no tanto como para llamar la atención —aclaró—, pero sí lo suficiente como para esconder una piedra preciosa.

Patience se arrodilló y recorrió con los dedos el reverso de la estantería, avanzando lateralmente, como un cangrejo, hacia donde estaba Max, que la observaba en silencio. A mitad de camino se detuvo.

—Hay una grieta en la madera —susurró ella tras unos segundos. Colocando la otra mano, llegó hasta el fondo del estante y empujó con los dedos hacia arriba. Al momento, una pequeña sección de la balda se deslizó.

—Es un cajón —exclamó Patience, sorprendida. Lanzó una mirada incrédula al marqués y luego se inclinó para mirar el interior. Allí,

envuelto en la seda más fina, descansaba Sepideh, el diamante de los Wolverton.

Con un gesto reverente, Patience sacó la piedra de su escondite y, sonriendo de oreja a oreja, se la tendió al marqués.

Resistiendo el impulso de gritar de alegría, Max tomó el diamante y lo guardó en el interior de su chaqueta, mientras Patience deslizaba el cajón de nuevo a su posición original y recolocaba los libros.

De pronto, el sonido de unos pasos los sobresaltó. Alguien se acercaba.

—Tenemos que irnos —susurró Max con urgencia, ayudando a Patience a ponerse en pie y empujándola hacia la ventana.

—La vela —insistió ella en voz baja.

Con una maldición apenas audible, Max volvió sobre sus pasos y devolvió la vela a su lugar justo cuando una llave giraba en la cerradura. Apenas tuvo tiempo de esconderse tras las cortinas cuando la puerta se abrió. Por suerte, la criada no pareció reparar en el leve temblor de las telas, o si lo hizo, lo atribuyó a la luz vacilante de la vela.

Sin inmutarse, la doncella apagó una de ellas y cogió la otra. Max y Patience contuvieron la respiración mientras la criada salía y cerraba la puerta tras de sí, dejándolos a ambos sumidos en la más completa oscuridad.

—Pero seguimos vestidos de clérigos, señor —susurró Percy mientras apresuraba el paso detrás del reverendo.

—El trabajo del Señor no se realiza solo desde el púlpito —declaró Augustus Shackleford con solemnidad, cuando llegaron a la desvencijada puerta por la que habían visto desaparecer al conde.

—¿Va usted a predicar ahí dentro? —preguntó el coadjutor, horrorizado.

—No, lo harás tú —respondió el reverendo, tan campante.

—Yo... yo... no, no podría, es imposible —tartamudeó Percy, mirando a su superior con pánico.

—Yo no puedo hacerlo, muchacho. Ese tal Bamford seguro que me reconocería de su endemoniada fiesta. Yo estaré justo detrás de ti, Percy —declaró el reverendo en tono tranquilizador—. No hace falta que sueltes un sermón completo; unas palabras piadosas bastarán mientras yo me las apaño para localizar al conde.

—Nos echarán, o... o... algo peor —gimió Percy.

—No seas zoquete —bufó el reverendo, intentando fisgonear por el ojo de la cerradura.

—La señorita Patience le dijo que nada de comportamientos temerarios —susurró Percy, desesperado.

Para sorpresa del coadjutor, sus palabras consiguieron que el reverendo se detuviese, con la mano aún en el picaporte.

—¡Rayos y centellas!, puede que tengas razón, Percy —dijo Augustus Shackleford—. A veces, soy demasiado temerario para mi propio bien. —Le dio una palmada en el hombro antes de añadir—: Tú quédate aquí y echa un vistazo por la parte de atrás. Si cubrimos las dos salidas, el bribón no podrá escabullirse sin que le veamos.

Sin embargo, la explicación no pareció devolverle el habla al coadjutor. De hecho, Percy parecía ahora a punto de querer salir corriendo.

Con un suspiro, el reverendo cedió a regañadientes.

—Está bien, tú quédate aquí, Percy, y yo rodearé la casa —decidió.

—Ni una gota de coraje... —gruñó mientras avanzaba hacia el callejón trasero—. ¡Rayos y centellas! Creo que he pisado algo repugnante.

Oculto en la sombra, Percy aguardó ansioso el regreso del reverendo. Media hora después seguía sin noticias de él, y no tenía ni idea de qué hacer. Imágenes espantosas del posible destino de su mentor desfilaban una tras otra por su mente, cada cual más macabra.

Tan absorto estaba ya en la redacción mental de la elegía fúnebre del reverendo, que apenas pudo reprimir un gemido cuando la puerta se abrió de golpe. Encogiéndose aún más en la penumbra, Percy reconoció, no sin horror, la rechoncha silueta del conde de Bamford.

Con el sombrero ladeado de forma jactanciosa, el conde avanzó hasta situarse bajo el débil resplandor de la farola junto a la puerta del burdel. Evidentemente, esperaba a que le trajeran el coche.

¿Pensaría acudir aún al baile de los Salones? Era ya bastante tarde, así que quizá se disponía a regresar a casa. Percy dudó. Si su mejor y más querido amigo había corrido tan vil destino, ¿no debería él mismo reunir valor suficiente para evitar que la señorita Patience terminase igual?

Comprendiendo que solo tenía unos minutos antes de que llegara el carruaje del conde, Percy apretó los dientes y salió de las sombras. Cuando estuvo lo bastante cerca, respiró hondo y tocó el hombro de lord Bamford. El susto hizo que el conde se volviera más deprisa de lo aconsejable para un hombre seguramente borracho. Mareado, el conde perdió el equilibrio. Cayó hacia delante y emitió un gemido de dolor cuando su cara se encontró con el puño del coadjutor.

CAPÍTULO 16



Pasaron cinco largos minutos antes de que Max y Patience se atrevieran a moverse de su escondite; solo cuando estuvieron completamente seguros de que la criada no volvería, entreabrieron con cautela las puertas acristaladas que daban al jardín. Una vez fuera, las cerraron con sumo cuidado.

—No puedo volver a cerrar la puerta con llave, me temo —susurró Patience con una mueca—, así que sospecho que no tardará mucho en descubrirse que alguien ha entrado, incluso si el conde no se da cuenta de inmediato de que Sepideh ha desaparecido.

—No importa —murmuró Max mientras esperaban a que sus ojos se acostumbraran a la casi impenetrable negrura—. Aunque él sospeche que tengo el diamante, no podrá airearlo a los cuatro vientos. —Soltó una breve risa y tomó la mano de Patience. A ella le dio un vuelco el corazón, pero, aunque bajó la mirada, no la retiró.

Poco a poco, las sombras fueron cobrando forma a su alrededor.

—Nos costará mucho más salir de la propiedad de Bamford de lo que nos costó entrar —susurró el marqués—. Tendremos que extremar el cuidado si no queremos rompernos una pierna... o algo peor. No me sorprendería que hubiera trampas para cualquier incauto.

Max distinguió a duras penas el gesto afirmativo de Patience, y ambos iniciaron, de la mano, el lento recorrido de regreso.

A pesar del miedo, no tropezaron con ninguna trampa desagradable y, aunque el trayecto se les hizo eterno, salieron al fin ilesos al callejón. De momento, no había señales del conde, y Max propuso que evitaran la calle principal para no cruzarse ni con su carruaje ni con el de ningún otro.

Veinte minutos más tarde, llegaron a la entrada trasera de la casa alquilada por el conde de Ravenstone. Tras deslizarse por una pequeña verja que daba al tranquilo jardín trasero, Patience advirtió, para su sorpresa, que no deseaba que esa noche terminase. El marqués seguía sosteniéndole la mano y no parecía tener intención de soltarla. El aire estaba impregnado del denso perfume de la madreselva, y cualquier resto de fatiga había desaparecido por completo. De hecho, sentía una alegría casi vertiginosa.

De forma impulsiva, Patience se puso de puntillas y depositó un suave beso en la mejilla del marqués.

—Gracias por confiar en mí —murmuró.

Por un momento, Max no se movió, al parecer sorprendido por su gesto. Preguntándose si se había excedido, Patience buscó le rostro de él en la penumbra, justo cuando la luna, al asomar tras una nube, iluminó sus hermosas facciones. Sin poder evitarlo, Patience soltó una exclamación ahogada al ver la expresión de necesidad desgarradora en el semblante de Max, un destello que la luz de plata hizo aún más evidente. La intensidad de aquel momento la atravesó de tal forma que no pudo reprimir un pequeño gemido.

Al escuchar aquel sonido bajo y urgente, Max perdió el escaso control que le quedaba. Con una maldición ahogada, la atrajo hacia sí y cubrió sus labios con un beso profundo y absorbente. Al principio, Patience permaneció inmóvil bajo el asalto de su boca, pero enseguida, con un susurro inconsciente, separó los labios y se abandonó por completo, rodeándole el cuello y hundiendo los dedos

en su pelo. Ahora era ella quien lo reclamaba, sus labios se movían bajo los de él, su lengua rozaba el borde de su boca hasta arrancarle un gemido grave, y él le correspondió saqueando su boca con la suya.

La entrega absoluta de Patience estuvo a punto de hacerle perder la cabeza. Sus manos descendieron por los hombros de ella hasta aferrar su trasero apenas cubierto, apretándola contra la dureza que reclamaba su contacto, obligándola a sentir hasta qué punto la necesitaba. Ella jadeó contra su boca, con los pezones endurecidos como guijarros contra la camisa de él.

Patience no entendía lo que le ocurría, solo podía rendirse a esa ansia arrolladora que devoraba cada rincón de su cuerpo. Presionada contra la solidez de Max, el cosquilleo entre sus piernas crecía y crecía, y buscó febrilmente el contacto de su pecho desnudo, sin saber muy bien qué esperaba encontrar.

Por fin, Max apartó su boca de la de ella y la miró con los ojos brillantes bajo la luz de la luna.

—Aquí no, querida —musitó él con voz ronca—. Podrían vernos.

Patience negó con la cabeza, en una muda protesta, pero al mirar hacia un rincón del jardín divisó un pequeño cenador. Max siguió su mirada y, sin pensarlo, la levantó en brazos y la condujo con rapidez al refugio sombrío.

Nada más entrar, la depositó en el suelo, dejando que su cuerpo se deslizara por el suyo. Entonces volvió a besarla, esta vez con mayor lentitud, mientras intentaba apartar el delgado tejido de su camisa. En cuanto Max sintió la piel desnuda bajo sus dedos, buscó sus senos y acunó uno en su palma, a la vez que jugueteaba con el pezón, ya duro.

—Max... —jadeó Patience, contorsionándose contra él.

Era la primera vez que ella lo llamaba por su nombre de pila, y escucharlo así, susurrado entre caricias, fue para Max la mayor de

las tentaciones.

—Tranquila, querida —le suplicó, sabiendo que, en su inocencia, ella no comprendía del todo lo que buscaba. Volvió a besarla, su lengua entrelazándose con la de Patience en una caricia que la hizo arder por dentro. Patience gimió desde el fondo de la garganta, entregándose por completo al calor que le recorría el cuerpo.

De pronto, Max se apartó con suavidad, y Patience sintió una punzada de miedo en el estómago: miedo a que él se detuviera, a que la rechazara, miedo a quedarse sin saber...

Sin embargo, Max la contempló unos segundos con los ojos oscuros de deseo, mientras terminaba de desabotonarle la camisa, deslizándola por los hombros hasta dejar sus pechos al descubierto. Los rodeó con ambas manos, acariciándolos con los pulgares hasta convertir los picos rosados y suaves en duros y sensibles. Patience cerró los ojos, permitiendo que aquellas sensaciones la inundaran.

Los dedos de Max no cesaron su tormento, acariciándola sin compasión mientras ella se retorcía bajo sus manos. De repente, él la levantó de nuevo en sus brazos y, retrocediendo hasta dar con un pequeño sofá, la sentó a horcajadas sobre su regazo, con una pierna a cada lado. Patience sintió una humedad inusual entre sus muslos y, de forma instintiva empezó a frotarse contra la dureza que notaba bajo los pantalones de Max. Estuvo a punto de gritar cuando él rodeó uno de sus pezones con la boca, haciéndola vibrar con la calidez de su lengua. Max alternaba sus caricias entre un pecho y otro, usando la lengua y los dientes con delicadeza, mordisqueando con suavidad mientras ella se movía contra él al borde de algo desconocido y arrebatador.

Como si pudiera leerle la mente, Max le rodeó la cintura con un brazo para inmovilizarla y con la otra mano le desabrochó los pantalones, sin que su boca interrumpiese su asalto. Lentamente, Max metió la mano bajo los pantalones de ella y deslizó el dedo corazón en su humedad, frotando con su pulgar el pequeño botón de su feminidad.

Bastó una sola caricia. Patience se arqueó, luchando por no gritar mientras oleadas de placer la recorrían de arriba abajo, aferrada a Max, permitiendo que la sacudida de su clímax la inundara desde los pechos hasta lo más hondo.

Cuando ella por fin volvió en sí, lo miró a los ojos, incrédula, y le acarició el rostro con asombro. Max gimió al sentir sus dedos; necesitaba toda su fuerza de voluntad para no tomarla por completo. Su erección le dolía bajo los pantalones.

Pero no podía hacerlo. No sin prometerle matrimonio. No iba a arrebatarle algo que a él no le pertenecía.

Entonces, Patience se inclinó, rozando de nuevo sus labios con los suyos, explorándolos con dulzura hasta que Max dejó escapar un gemido y la apretó contra su pecho, buscando su lengua en un beso profundo. Las manos de Patience siguieron el camino que antes había recorrido él, intentando abrirle la camisa y acariciar la piel desnuda de su torso.

De pronto, Max se apartó, tomándole la mano, primero con firmeza, luego con ternura, alejándola de sí. Patience lo miró, desconcertada, y llevó la mano apartada al rostro de él. En sus ojos había una pregunta muda, un anhelo de saber por qué no la tomaba del todo. Aunque era inocente, comprendía que él no había alcanzado el mismo éxtasis que ella.

Sin responder, Max la acunó en su regazo, abrochándole de nuevo la camisa para cubrir su desnudez, antes de recostarse y mantenerla abrazada contra sí, con la cabeza de Patience encajada bajo su barbilla.

Percy contempló horrorizado el cuerpo inmóvil del conde.

—¡Rayos y centellas, Percy! ¡No puedo dejarte solo ni cinco minutos! —exclamó el reverendo, visiblemente sobresaltado, cuando encontró a su coadjutor.

Para asombro de Augustus Shackleford, Percy se giró y se echó a sus brazos.

—Tranquilízate, muchacho —murmuró el reverendo, dándole unas palmaditas en la espalda con torpeza.

—Creí que le habían matado, señor.

—Bueno, no dudo que por aquí haya más de uno que haya terminado bajo tierra antes de tiempo —gruñó el reverendo—, y con esos alaridos tuyos, no me extrañaría que pronto se levanten todos.

—L-lo siento, señor —sollozó Percy.

—Por favor, deja de lloriquear, hijo, que en cualquier momento saldrá alguien por esa puerta —le urgió Augustus Shackleford, posando la mano en el hombro de Percy antes de mirar de nuevo al conde, que seguía tendido—. He de reconocer que no creía que fueras capaz de esto, Percy —suspiró—. No sé cómo se lo voy a explicar al Altísimo.

—¿Está... muerto? —balbuceó el coadjutor.

El reverendo se inclinó a examinarlo.

—No, pero va a lucir un buen ojo morado. —Luego, frunciendo el ceño, añadió—: No podemos dejarlo aquí. En menos de una hora le habrán quitado hasta la ropa interior.

—Creo que esperaba su carruaje —aventuró Percy, retorciéndose las manos.

—¿Y dónde diablos está? —El reverendo echó un vistazo a su alrededor, antes de negar con la cabeza—. No nos queda otra que llevarnos a este bribón en nuestro coche y pensar en una historia medianamente creíble si se despierta durante el trayecto. —Saltó por encima del cuerpo—. Ayúdame, Percy —murmuró, agachándose para coger al conde por un brazo.

Aunque no lo estuviera, pesaba como un muerto, por lo que tardaron cinco minutos en levantarlo. Mientras lo llevaban a rastras, Bamford empezó a recobrar el sentido.

—¿Todavía no te has cansado, Moll? —balbuceó el conde, intentando morderle la oreja a Percy.

—¿Qué hacemos, señor? —susurró el pobre coadjutor, a la vez que trataba de sostener a Bamford y apartar la cara de sus ataques.

—Dios sabrá —masculló el reverendo, en el exacto momento en que el conde comenzaba a frotarse contra el hombro del clérigo—. ¿Te apetece cabalgar a San Jorge? —balbució Su Señoría, con un guiño obsceno.

Por suerte, el carruaje de Bamford apareció tras ellos. Al parecer, el cochero también había estado disfrutando de los servicios adicionales del local.

—¿Qué hacen con Su Señoría? —vociferó el hombre, tirando de las riendas para detenerse a su altura.

—Seguro que Su Señoría también se lo preguntará mañana por la mañana —comentó el reverendo con sequedad—. Así que será mejor que nos ayude a meterlo en el carruaje, si sabe lo que le conviene.

El cochero palideció y, mientras bajaba a toda prisa para abrir la portezuela, preguntó:

—¿Qué le pasa a Su Señoría?

—Creemos que ha recibido un buen golpe en la cabeza —gruñó el reverendo, justo cuando Bamford intentaba meterle la lengua en la oreja—. De hecho, ha sido una suerte que estuviéramos aquí intentando salvar el alma de esas pobres mujeres descarriadas —añadió, señalando con la cabeza la casa de té.

En ese momento, Bamford trató de pellizcarle el trasero, y el reverendo tuvo que apartarle la mano de un manotazo.

—Me gustan entradas en carnes —dijo el conde con lengua de trapo, tambaleándose como un muñeco recién salido de una caja sorpresa.

Entre los tres, empujaron y tiraron hasta conseguir dejar al voluminoso conde más o menos sentado dentro del carruaje.

—Le recomiendo que lleve a Su Señoría a casa de inmediato —jadeó el reverendo, mientras trataba de limpiarse con disimulo las babas de su oreja.

El cochero asintió apresurado, subió al pescante y, con un chasquido del látigo, puso en marcha a los caballos. Unos segundos después, el carruaje desapareció detrás de la esquina.

—¿Cree que el marqués y Patience habrán tenido tiempo suficiente para recuperar el diamante? —preguntó Percy.

El reverendo suspiró.

—Bueno, Percy, como distracción, diría que esta ha sido de las mejores. Y si el marqués aún no ha logrado hacerse con la piedra, apuesto a que Bamford está tan aturdido que quizá les indique él mismo dónde está y les ofrezca después una copa para celebrarlo.

CAPÍTULO 17



Patience debió de haberse quedado dormida un instante, porque lo siguiente que supo fue que el marqués la despertaba con suavidad.

—Es muy tarde —susurró él—. Su padre regresará en cualquier momento, seguido del resto de la familia, y no queremos que nos descubran en tal situación antes de que yo pueda hablar con él.

—¿Y sobre qué desea hablar con mi padre? —preguntó Patience, medio adormilada.

Con la cabeza aún apoyada en el pecho de Max, no vio el gesto de fastidio que le dedicó el marqués ante la pregunta.

—Si vamos a casarnos —murmuró él—, preferiría no empezar nuestro compromiso formal con su familia pensando que soy un libertino de primera.

—¿Casarnos? —repitió Patience, confundida—. ¿De qué está hablando?

Max alzó las cejas.

—¿Acaso piensa que no haré lo correcto? —preguntó en voz baja.

Patience se incorporó de golpe, desconcertada.

—No necesito una propuesta de su parte, por generosa que sea —replicó—. Ya lo hablamos, milord. No deseo casarme; de hecho, mi familia por fin ha aceptado que me quedaré soltera. Dentro de dos días partiré hacia casa.

—Ah, sí, la cómoda oscuridad que quería lograr con su plan —respondió él con aspereza.

Ella frunció el ceño ante el tono de Max.

—Eso es —dudó—. Nuestra alianza ha cumplido su propósito. —Intentó esbozar una sonrisa—. En realidad, ha salido mucho mejor de lo que esperábamos: usted tiene su diamante y yo, mi libertad.

—¿Eso es lo que somos? —le espetó él con amargura—. ¿Socios?

—Yo... no lo entiendo —musitó Patience, trasteando nerviosa con los botones de la camisa.

Max respiró hondo para recobrar el control y, cuando volvió a mirarla, ella tenía una expresión hermética. Con delicadeza, la apartó de su regazo y se levantó.

—Yo sí lo entiendo. No necesita mi caridad y, ya que parece que he cumplido mi cometido, le agradezco sinceramente su ayuda para recuperar mi propiedad y le deseo buenas noches.

Max hizo una breve inclinación de cabeza y se dispuso a marcharse.

Ella lo siguió con la mirada, sintiendo cómo el corazón le retumbaba en el pecho.

—Max... —lo llamó. Por un segundo, temió que él no se detuviera, pero al final se volvió, con las cejas alzadas y clavando en ella sus ojos azules, enigmáticos a la luz de la luna.

Patience no sabía qué decirle. ¿Cómo podía un hombre como él plantearse siquiera unirse a una mujer tan... peculiar? Alguien que no haría más que avergonzarle en cada ocasión...

—No estoy hecha para ser una esposa —susurró al fin.

Por un instante, él pareció venirse abajo, pero enseguida se irguió.

—No, en efecto, no lo es —respondió con sequedad antes de darse darle la espalda y alejarse.

Patience contempló la primera luz del alba desde su sillón, junto a la ventana de su dormitorio, donde había permanecido toda la noche. Tenía los ojos como llenos de arena, pero no había derramado ni una sola lágrima. Se había pasado las horas repasando una y otra vez lo sucedido en el cenador del jardín, como si así fuera a encontrarle algún sentido.

Después de que el marqués se hubiese marchado, Patience se había quedado allí sentada un rato, incapaz de asimilar lo ocurrido, aunque todavía sentía en el cuerpo el eco de sus caricias. Finalmente, se había levantado a duras penas, se había arrastrado de vuelta a la casa y subió a su cuarto. Freddy, naturalmente, la recibió con alborozo, y Patience dedujo que su padre aún no había regresado. Esperaba que él no hubiera hecho ninguna tontería, aunque, en verdad, se sentía demasiado triste para preocuparse.

¿Qué demonios le pasaba? No quería casarse con el marqués. No quería casarse con nadie. Entonces, ¿por qué sentía que acababa de perder algo irremplazable?

Ignorando el dolor punzante en su pecho, se quitó la ropa de muchacho justo cuando los pasos en la escalinata exterior hicieron que Freddy ladrara. Patience sabía que solo podía significar una cosa; se abotonó la camisa de nuevo y, cansada, fue a abrir la puerta.

—¿Y bien? —preguntó el reverendo en cuanto terminó de acariciar al sabueso.

Por primera vez desde que Max se fue, Patience sonrió.

—Lo conseguimos, padre —afirmó. El reverendo le devolvió una sonrisa radiante.

—Entonces, ya está. No más fechorías para ti, muchacha. Ahora que has saldado tu deuda, puedes marcharte a Blackmore y llevar la vida que siempre has querido, sin que tus hermanas te molesten.

Ayer, eso era justo lo que ella más deseaba en el mundo. Pero eso era ayer.

Y ahora, mientras se calentaba al sol de la mañana, lo único que veía eran dos increíbles ojos color zafiro, entrecerrados por el deseo.

Por ella.

¿Cómo era posible?

No podía ser...

Y, sin embargo, solo sentía... vacío.

Por fin, cuando el sol barrió los últimos vestigios de la noche, Patience se cubrió el rostro con las manos y rompió a llorar.

El recuerdo del conde de Bamford de lo ocurrido la noche anterior era, como poco, borroso, pero al examinarse el moretón de la nariz, le pareció recordar algún tipo de clérigo. Frunció el ceño y se quejó del dolor. Había decidido pasarse por casa de Sadie antes del baile. Hacía tiempo que no iba, aunque solía preferir a sus propias pupilas, pero para un revolcón rápido no había sitio mejor. Las fulanas de Sadie no ponían pegas a ninguna de sus extravagancias.

Recordaba haber salido a esperar el carruaje y después caerse, luego un dolor cegador, y... nada, hasta... Sacudió la cabeza para despejarse. Había dos clérigos. ¿Qué demonios hacían dos clérigos fuera de Sadie's? Uno era grande, con la nariz bulbosa. Le resultaba vagamente familiar. Todo aquello le producía jaqueca. Necesitaba un *brandy*.

Despachó al ayuda de cámara y decidió desayunar en el despacho. Unos riñones picantes le sentarían bien después de la resaca. El aguardiente barato que se había bebido mientras disfrutaba de Moll

no era lo más indicado para estómagos delicados. Mientras bajaba la escalera, pensó en su buena suerte: dos vicarios allí justo cuando se cayó. Si no...

Se estremeció al abrir la puerta del despacho.

¿Dónde había visto antes a aquel clérigo? Se sirvió una copa y dio las instrucciones a la doncella. Sentándose en su sillón habitual, volvió a quejarse de dolor. No solo le dolía la cara; verdaderamente, se estaba haciendo viejo.

Bebió un trago, suspiró y cerró los ojos. No conocía a ningún maldito vicario, salvo el que había acompañado a la cuñada paleta de Blackmore a su velada. De repente, abrió los ojos de par en par. Ella era la misma mocosa que vio con Guildford.

Maldiciendo, se levantó y se apresuró hacia la estantería. Un minuto después, sus peores temores se confirmaban. El muy bastardo se lo había llevado. ¿Cómo demonios había entrado Guildford?

¿Y cómo diablos había encontrado el escondite de Sepideh?

Lanzando juramentos, Bamford arrojó el vaso de *brandy* contra la pared. El cristal estalló en mil pedazos, salpicando de licor dorado el suelo.

El diamante había desaparecido, y él no podía hacer nada al respecto. Rechinó los dientes de rabia antes de respirar hondo. Solo le quedaba una cosa: venganza.

Max se sentía hueco, vacío por dentro. Si esto era el amor, quizá estaba mejor sin él. Soltó una carcajada amarga. ¿Cómo había acabado enamorándose de esa muchacha? Hizo una mueca y negó con la cabeza. Era una locura. Ahora que tenía el diamante consigo, lo vendería discretamente y pondría sus asuntos en orden. Después elegiría una esposa adecuada, no una mujer que corría descalza por las calles con los zapatos metidos bajo el corsé.

Decidido, se levantó de la mesa. Mañana regresaría a Londres para iniciar el proceso, ya que no había razón para quedarse. Y aunque no creía que Bamford se atreviera a enfrentarse a él, Max consideró prudente marcharse de Bath lo antes posible.

Al salir de la galería para informar al mayordomo de su decisión, sus pensamientos volvieron, invariablemente, a Patience Shackleford. No podía arrepentirse de haberla conocido, por mal que hubiera terminado todo. De hecho, sin su ayuda, ahora estaría vendiendo todas sus posesiones. Se lo debía todo.

Pero era mucho más que eso. Desde que irrumpió en su vida, Patience había traído consigo un soplo de aire fresco que él no sabía que necesitaba. Se obligó a apartar el recuerdo de ella, sonrojada y abandonada en sus brazos.

Ella le había ayudado a salvar a su familia de la ruina, pero, en realidad, él habría renunciado a todo solo por tenerla cerca.

—¿Te has fijado en lo callada que estaba Patience durante el desayuno? —comentó Grace, sentada en el cuarto de los niños con su hermana y los pequeños.

Temperance frunció los labios y asintió.

—Teniendo en cuenta que por fin se sale con la suya y regresa a Blackmore mañana, habría esperado verla de mejor humor.

—No es que vaya a irse demasiado pronto —apuntó Grace, estremeciéndose al recordar el recibimiento gélido que sufrieron la noche anterior en el baile—. De hecho, si Nicholas y Adam no hubieran insistido en que nos quedáramos, me habría marchado de los Salones de Reuniones con el rabo entre las piernas cinco minutos después de llegar. —Le pasó una manzana a Peter y le dio un beso en la coronilla, sonriendo al verlo acomodarse en su regazo para comer.

Temperance dejó escapar una risa resignada.

—Fue terrible, ¿verdad? —Negó con la cabeza—. Creo que la mojigatería de provincias es aún peor que la de Londres, aunque sospecho que Adam propondrá que pasemos el verano en Ravenstone.

—Nicholas ya ha anunciado su intención de retirarse a Blackmore hasta que pase el escándalo —rio Grace—. Todo esto es un auténtico disparate.

—Desde luego que sí —convino Temperance, colocando al pequeño Jamie sobre su hombro para ver si tenía gases—. En realidad, fuimos muy injustas con Patience al obligarla a recorrer un camino que no era el suyo.

—Bueno, ninguna de las dos tuvimos muchas opciones, si mal no recuerdo —repuso Grace.

—Puede ser —concedió Temperance, quien se levantó y depositó a su hijo en la cuna antes de volver la vista hacia su hermana—. Pero debimos haber manejado todo mucho mejor, después de lo que hemos pasado. Y lo cierto es que Patience tenía razón: no es como nosotras. —Se detuvo, intentando ordenar sus ideas antes de continuar—. Patience no ve las cosas igual que los demás —reflexionó—. No sabe fingir, y siempre dice lo que piensa, sin preocuparse de las consecuencias.

Grace asintió, de acuerdo con su hermana.

—Y nunca hará nada que no desee, por mucho que intentemos convencerla de que es lo correcto.

Temperance soltó una leve risa tras una mueca.

—A decir verdad, no tengo claro dónde podríamos haber hallado a un hombre lo bastante valiente —o lo bastante insensato— para atreverse con ella, y desde luego, no en una pequeña ciudad como Bath.

—¡Hijas! —exclamó el reverendo Shackleford, dejándose caer junto a Percy en el banco del jardín—. ¿Qué habré hecho yo para que el Altísimo decida castigarme así?

El coadjutor esperaba que la pregunta fuese retórica, pues no habría sabido por dónde empezar.

—¿Cómo es posible que de mis propias entrañas haya salido una mujer tan imposible de controlar? —insistió Augustus Shackleford, mirando al techo con gesto de desesperación. Percy se contuvo para no estremecerse; prefería no imaginar las entrañas del reverendo en ningún contexto.

—¿Acaso alguna de ellas le ha ofendido, señor? —se atrevió a preguntar Percy, ofreciéndole un vaso de limonada.

El reverendo no le respondió, sino que prosiguió, sacudiendo la cabeza con resignación.

—El caso, Percy, es que sé que siempre me dices que soy un alma demasiado generosa para mi propio bien... y completamente excesivo en mis consideraciones... —Percy frunció el ceño; no recordaba haber dicho jamás semejante cosa—. Pero mi bondad ha llegado a su límite —añadió, mirando con escepticismo la limonada —. Esto no tendrá algo de ron, ¿verdad?

Ante la negativa de Percy, Augustus Shackleford extrajo un pequeño frasco de su levita y, con absoluta naturalidad, vertió un buen chorro en el vaso.

—Solo para fines medicinales, ya sabes —aclaró antes de darle un trago.

Se quedaron un rato en silencio. Percy estaba agradecido de permanecer en la ignorancia respecto a la última hazaña de Patience. Por desgracia, no le duró mucho.

—La verdad, muchacho —añadió el reverendo al cabo de unos segundos, con voz grave—, creo que esta vez Patience ha ido

demasiado lejos. —Dejó escapar un suspiro, apuró el ron que quedaba en el frasco y se inclinó hacia su coadjutor, como si estuviera a punto de compartir un secreto inconfesable—. Creo que Patience... se ha entregado a la... —Hizo una pausa, tragando saliva antes de susurrar, casi sin voz— ...Fornicación.

CAPÍTULO 18



Evidentemente, la pinche de cocina había visto a Patience en el jardín trasero en una posición más que comprometida con el marqués de Guildford. Consternada, la muchacha no tardó en informar a la doncella, quien, por supuesto, enseguida puso al corriente al lacayo, y este, faltaría más, avisó de inmediato al mayordomo.

Por suerte, el reverendo fue testigo del último chismorreo e intervino justo antes de que el mayordomo informara a Su Excelencia, el duque de Blackmore, o al conde de Ravenstone.

Pero no podía demorarse mucho más. Aquello era un escándalo de proporciones bíblicas, uno que dejaba en nada el simple asunto de blasfemar. La posibilidad de una ruina discreta de su hija acababa de saltar por la ventana.

—¿Ha hablado usted con Patience? —preguntó Percy, sintiendo cómo se le hundía el ánimo.

—Me habría gustado, pero no he conseguido dar con ella —gruñó el reverendo—. Freddy también ha desaparecido, así que la chica, sin duda, se ha marchado a dar otro paseo. —Se llevó la copa a los labios y dio otro largo trago de limonada—. No me queda más remedio que confesar lo sucedido a Su Excelencia y a Su Señoría. Si

se enteran de que Patience ha vuelto a dar un escándalo mientras... —Se interrumpió y soltó un gemido—. No creo que esta vez podamos salvarla, Percy.

El coadjutor abrió la boca para responder, pero no logró articular palabra. En realidad, no tenía ni idea de qué podían hacer. Le tenía cariño a Patience, pero en privado siempre pensó que era demasiado fogosa, aunque, siendo justos, eso podía aplicarse a toda la descendencia del reverendo Shackleford.

—Debería usted hablar con Su Excelencia cuanto antes. —Fue todo lo que acertó a decir Percy, convencido de que el duque estaba solo un escalón por debajo del mismísimo Dios.

El reverendo asintió y se levantó trabajosamente del banco.

—Tienes razón, Percy, será mejor que se entere por mí antes de que reciba el desprecio directo de la flor y nata de Bath. —Se volvió hacia la casa, cuando de pronto un ladrido rompió el silencio. El reverendo frunció el ceño—. ¿Freddy? —murmuró, mirando en dirección al sonido, justo a tiempo para ver cómo el sabueso asomaba por lo alto del muro. Al divisar a su amo, Freddy volvió a ladrar y saltó al jardín, con la correa arrastrándose tras él.

De Patience, sin embargo, no había ni rastro

Convencida de que acabaría perdiendo la razón si permanecía un minuto más en la casa, Patience decidió de pronto salir a pasear con Freddy. Fiel a su reciente espíritu de cooperación, pidió permiso a Adam, el infortunado responsable de su debut en sociedad. Aunque él no hizo comentario alguno sobre su cara pálida ni sus ojos enrojecidos, le negó su petición con amabilidad, pero sin dejar lugar a dudas ni réplicas. Estaba claro que Su Señoría comenzaba a acostumbrarse a las excentricidades de sus parientes políticos.

Y ese era el problema de cooperar, ya fuera de palabra o de espíritu: en la experiencia de Patience, siempre conducía al mismo resultado,

un «no» por respuesta. Y esa no era una palabra que le resultara agradable, por lo que solía saltarse el trámite de pedir permiso.

Después de recorrer su dormitorio por vigésima vez, Patience llegó a la conclusión de que, si tenía que quedarse allí un solo minuto más, con la imagen de la mirada casi severa y anhelante del marqués, acabaría por explotar. Además, ¿qué importaba otra trasgresión en la ya larga lista que arrastraba? No es que su reputación pudiera hundirse mucho más...

Cinco minutos después, se deslizaba por la puerta principal junto con Freddy. Habría sido más sensato escapar por el jardín, pero, tras la velada anterior, le resultaba imposible volver a pisarlo.

En cuanto dejó atrás la casa, respiró aliviada y se dirigió hacia el sendero que llevaba al río Avon. A esa hora, la alta sociedad de Bath estaría paseando por Sydney Park, de modo que era poco probable que se cruzara con alguien que conociera su indiscreción. Decidió apartar de su mente el recuerdo de la última vez que había paseado por aquel parque, centrando toda su atención en Freddy y disfrutando del entusiasmo del sabueso al olisquear cada rincón.

Mañana todo habría terminado. Volvería a Blackmore, y Bath quedaría como un sueño lejano. No una pesadilla. Jamás una pesadilla. En realidad, atesoraría sus recuerdos de Guildford el resto de su vida, pero... Sus pensamientos rehusaron detenerse siquiera en la más mínima posibilidad de un futuro distinto al que siempre había planeado para sí. No funcionaría. Él acabaría por odiarla, y ella no podría soportarlo, no cuando lo amaba así. Se detuvo de golpe, con la cabeza hecha un lío.

¿Así que esto era? ¿Esto era el amor?

Un resoplido equino la sobresaltó, y al levantar la vista, vio que un carruaje se había detenido a su lado. Estaba tan sumida en sus pensamientos que no había oído ni el trote de los caballos. Freddy gimió con suavidad, y, cuando Patience miró a su alrededor, lo

primero que pensó fue que estaba completamente sola, salvo por el sabueso. Lo segundo, que la puerta del carruaje estaba abierta.

Miró a Freddy y retrocedió un paso. De repente, sintió un dolor agudo y cegador en la parte posterior de la cabeza y, después... nada.

El marqués de Guildford se despertó sobresaltado por un estrépito en la puerta de entrada. Parpadeando, se incorporó y miró, confundido, la luz que se filtraba a través de las gruesas cortinas de brocado de su dormitorio. Pero ¿qué demonios...? Los golpes cesaron de pronto, sustituidos por voces elevadas y pasos que subían la escalera.

Max había pasado la peor noche de su vida. Había estado dando vueltas en la cama durante horas, tan tenso como dolorido, repasando una y otra vez la imagen de Patience abandonándose entre sus brazos, seguida de la amarga frustración al recordar su negativa a aceptar la propuesta de matrimonio. Solo logró dormirse, de manera intermitente y nada reparadora, bien entrada la mañana.

Un golpe urgente en la puerta de su dormitorio lo obligó a levantarse.

—Adelante —ordenó, mientras se ponía la bata. La puerta se abrió para dejar pasar a su mayordomo, visiblemente alterado.

—Hay tres caballeros abajo que exigen hablar co-con Su Señoría —tartamudeó—. Me he tomado la libertad de acomodarlos en el invernadero.

—¿Y quién demonios son? —inquirió Max, quitándose la bata y poniéndose un pantalón a toda prisa.

—No lo sé, milord, pero dos de ellos son caballeros y el tercero es un hombre de iglesia.

Patience. El corazón de Max se aceleró de inmediato, al pensar que su encuentro de la noche anterior había sido descubierto. Una parte de él estuvo a punto de alzar el puño de alegría, convencido de que, si la familia creía a Patience comprometida, a ella no le quedaría más remedio que casarse con él.

Sin embargo, su mente racional sabía que el camino hacia el corazón de su arisca enamorada no pasaba por un matrimonio forzado. Ella se lo había dejado claro en más de una ocasión, y una unión impuesta sería un desastre seguro.

Se puso una camisa con rapidez, se peinó a toda prisa con los dedos y bajó la escalera mientras se abrochaba el pantalón. No era la forma ideal de recibir visitas, pero, visto el estrépito, pensó que no debía empeorar las cosas haciéndolos esperar.

—Que traigan té al invernadero —ordenó, metiéndose la camisa dentro del pantalón mientras se dirigía hacia abajo.

La escena que le aguardaba habría bastado para helar la sangre a cualquier otro. De pie, formando un semicírculo, estaban Su Excelencia, el duque de Blackmore, el conde de Ravenstone y el reverendo Shackleford. La expresión de los tres bastó para que Max vacilara al entrar. ¿Acaso el matrimonio con una mujer de su posición debía considerarse semejante tragedia, aun cuando no hubiera sido un compromiso planeado?

Entonces fue el duque quien habló.

—No solo ha mancillado el honor de un miembro de mi familia —le espetó a Max con voz glacial—, sino que además ha tenido la osadía de implicarla en una empresa que no es otra cosa que una conspiración delictiva. Usted, señor, es un sinvergüenza y un libertino. Nombre a sus padrinos.

Max cerró los ojos un instante ante las palabras de Su Excelencia, y luego fijó la mirada directamente en el padre de Patience. El

reverendo, que ya tenía un aspecto bastante incómodo, se removió en su sitio antes de recomponerse y alzar la barbilla, furioso.

Max respondió al duque.

—No puedo negar que la señorita Shackleford me prestó una ayuda inestimable para recuperar una joya familiar que había sido adquirida de forma ilegal —admitió con cautela—, pero toda la empresa, tal como usted la describe, se llevó a cabo con pleno conocimiento de su padre. —Volvió a mirar al reverendo, que se había puesto de un tono púrpura bastante alarmante.

—¡Pero nunca le di permiso para que arruinara a mi hija en el transcurso de esa empresa! —bramó el clérigo, temblando de indignación.

Tanto el duque como el conde se giraron al unísono para clavar en su suegro una mirada severa, dejando claro a Max que el reverendo se había guardado al menos una parte de la historia.

—Por favor, caballeros, ¿podemos sentarnos? —pidió Max, agotado —. Sospecho que tenemos mucho que discutir.

—No, no podemos sentarnos —le cortó en seco Augustus Shackleford, lo que hizo que Max alzara las cejas, sorprendido. El rostro del reverendo ya no era de indignación; ahora mostraba puro pánico. Max sintió que el corazón le daba un vuelco repentino.

—Ella no está aquí, ¿verdad? —susurró el clérigo antes de desplomarse con un gemido en una de las sillas.

—¿Y por qué demonios iba a estar aquí? —replicó Max, indignado—. Sea lo que sea que usted piense de mí, no suelo raptar a jovencitas de sus camas.

Por suerte, la llegada del ama de llaves con una bandeja de té evitó que la conversación subiera aún más de tono. Adam y Nicholas intercambiaron una mirada y tomaron asiento; los cuatro

permanecieron en silencio hasta que la mujer se retiró. En cuanto la puerta se cerró, Max se inclinó hacia delante.

—¿Ha sucedido algo con Patience? —preguntó, tenso.

Hubo un breve silencio.

—En este momento no tenemos ni idea de dónde se encuentra —admitió Adam, con un gesto de pesar.

—Por lo que tengo entendido, eso no es nada extraordinario —replicó Max con sequedad—. Después de conocer a la señorita Shackleford durante apenas una semana, puedo afirmar que rara vez se encuentra donde debería.

Nicholas soltó una risa resignada y se inclinó para tomar una taza de té.

—No le absuelvo de sus crímenes, Guildford —declaró, negando con la cabeza—, pero al menos reconozco que no podemos sumar un secuestro a la lista. De hecho, su tono me indica que ha llegado a comprender el carácter de mi cuñada en un tiempo récord, lo cual me hace esperar que le tenga cierto aprecio. —Hizo una pausa, con la taza a medio camino de los labios, y miró la infusión con evidente disgusto—. Maldita sea. ¿No tiene algo más fuerte que este endiablado té?

Lo primero que pensó Patience al abrir los ojos fue que la cabeza estaba a punto de partírsele en dos. Lo segundo, que de algún modo se había quedado ciega. Parpadeó para asegurarse de que tenía los ojos abiertos y giró la cabeza, soltando un quejido cuando el dolor le atravesó la frente como un relámpago, hasta que por fin se dio cuenta de que yacía en una habitación sumida en la más absoluta oscuridad. Por un instante, pensó que había regresado a su cama y se preguntó cómo había llegado hasta allí, hasta que un leve ronquido a su derecha la devolvió de golpe a la realidad. Un sobresalto de terror le cortó la respiración. Trató de incorporarse, solo para descubrir que estaba atada a la cama. Presa del pánico,

forcejeó, alzando la cabeza en un intento desesperado por ver qué la mantenía apresada. La oscuridad no le permitió distinguir nada, y el miedo se hizo tan real que comenzó a latirle en el pecho al mismo ritmo que el dolor punzante en la sien. Sollozando, se revolvió, y un grito, nacido muy adentro, empezó a treparle por la garganta, imparable, hasta que por fin no pudo reprimirlo más. De hecho, lo único que la salvó de caer en la histeria fue la llegada de una figura desconocida, que portaba una vela, y la repentina bofetada seca que recibió en el rostro.

El golpe devolvió a Patience a la realidad. Alzó la mirada y se encontró con los ojos fríos de lo que parecía una enfermera; hizo un esfuerzo por controlar el miedo que la ahogaba.

—¿Dónde estoy? —logró articular con voz ronca, como si tuviera la boca llena de lana.

—¿Dónde vas a estar, bonita? En tu casa... —carcajeó la mujer, inclinándose para mostrar una sonrisa desdentada—. Y yo que tú me callaba, a menos que quieras recibir otro guantazo. Al señor Cavendish no le gusta que le despierten de su cura de sueño.

Dicho esto, la mujer se dio la vuelta, todavía riendo entre dientes, y fue alejándose despacio hacia la puerta al fondo de la sala. A la luz cada vez más débil de la vela, Patience distinguió otras cuatro camas, todas aparentemente ocupadas. Miró a su alrededor, frenética, hasta que la puerta se cerró tras la enfermera, dejándola de nuevo en completa oscuridad. No se atrevió a volver a gritar. En su lugar, sollozó en silencio, sin hacer nada por detener las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—Por la mañana te soltarán —susurró de pronto una voz suave desde la cama más cercana. Al principio, Patience no identificó el origen de aquel murmullo, pero el leve movimiento que lo acompañaba la llevó a girar la cabeza con sumo cuidado, intentando evitar el dolor que le atravesaba el cráneo. Al recobrar poco a poco la memoria de los sucesos de la mañana, comprendió que le habían golpeado la cabeza.

—¿Dónde estoy? —balbuceó, aterrada, dirigiéndose a la voz desprovista de cuerpo.

Hubo una pausa, y entonces otra voz, un poco más lejana, respondió:

—Está usted en Farfield Place, señorita.

Patience tragó saliva y trató de fruncir el ceño, aunque apenas podía controlar el temblor. La compasión en aquella voz era inconfundible.

—¿Dónde está eso? —preguntó, luchando contra una nueva oleada de náuseas.

—Más le valdría preguntar qué es, y no dónde —intervino otra voz, cargada de amargura.

—¿Q-qué quiere decir? —inquirió Patience, aterrada, aunque en el fondo, ya lo presentía.

La voz soltó una risa seca y sombría.

—Está en el manicomio privado del conde de Bamford. Bienvenida a la familia.

CAPÍTULO 19



A pesar de la hora avanzada, ninguno de los residentes en la casa alquilada del conde de Ravenstone se había retirado a descansar y, a pesar de los desacuerdos previos, Su Excelencia, el duque de Blackmore, había solicitado la presencia de Max.

No tardó en quedar claro para el duque que el marqués de Guildford sentía algo por Patience, aunque Nicholas no lograba entender el motivo. Lamentablemente, esa cuestión tendría que esperar.

Una vez que el marqués explicó toda la verdad sobre su relación con Patience, los ánimos se enfriaron y Nicholas retiró su desafío.

—Sigo detestando el hecho de que, sabiendo usted lo que hacía, haya puesto en peligro a una miembro de mi familia —afirmó con gravedad—, pero por ahora debemos dejar nuestras disputas a un lado. Lo único que importa es la seguridad de Patience. Cuando regrese, ya nos ocuparemos de sus otras... faltas. —Antes de que Max pudiera responder, el duque se volvió hacia su suegro y continuó con voz acerada—: Tú y yo, Augustus, vamos a tener una conversación muy larga cuando esto se resuelva.

El reverendo, que parecía completamente abatido, se limitó a asentir con el rostro lívido.

Adam se encargó entonces de poner al marqués al corriente de lo ocurrido por la mañana. Cuando Max supo que Freddy había regresado solo, sin su dueña, tuvieron que sujetarle para que no saliera de inmediato en busca del conde de Bamford.

—Estoy seguro de que es él quien la tiene —bramó Max—. Es su venganza por haber recuperado el diamante.

—No podemos asegurarlo —replicó Adam—. Es un salto muy grande pasar de «Patience no aparece» a «Patience ha sido secuestrada o asesinada». Usted mismo lo dijo, Guildford: la muchacha rara vez está donde se supone que debe estar. Puede que simplemente haya perdido la noción del tiempo... —Hizo una pausa y añadió con sequedad—: Y Freddy no se caracteriza precisamente por su obediencia. Puede habérsele soltado la correa.

Max pensó en aquel primer encuentro improvisado —¿había sido solo días atrás?—, y recordó la imagen de Patience doblando la esquina con los zapatos metidos bajo el corsé. Aquello lo atormentaba.

—No se ha limitado a perder la noción del tiempo —dijo el reverendo con cansancio—. Yo conozco a mi hija. Habría vuelto antes.

—Quizá ya esté de regreso en casa —replicó Nicholas, esforzándose en sonar optimista.

El reverendo negó con la cabeza.

—Bamford quizá no sepa exactamente qué relación une a Patience con Su Señoría, pero sabe que hay algo. Estoy de acuerdo con Guildford. Creo que Bamford la tiene.

—Seguiremos buscando el resto del día —decidió Nicholas tras meditarlo—. Si al anochecer no aparece, daremos por hecho que está retenida contra su voluntad. Sea o no Bamford el responsable, os aseguro que, si es culpable, lograremos arrancarle la verdad.

Max apretó los dientes, tentado de protestar, pero sabía que no podía ir en contra de la voluntad de Su Excelencia, por mucho que la desesperación le consumiera.

Ocho horas después, seguía sin haber rastro de Patience. Nadie probó bocado durante la cena.

Nicholas, Adam, Max y Malcolm pasaron todo el día recorriendo Bath de arriba abajo sin encontrar la menor pista sobre su paradero, y la inquietud era ya insoportable.

Los pequeños Shackleford llevaban horas en la cama, sorprendentemente, sin haber puesto resistencia. Aunque sabían que Patience no estaba en la casa, era algo tan habitual que ninguno pareció darle importancia.

Max repasó con la mirada a los siete miembros de la familia presentes en el salón, y sus ojos se detuvieron en la única persona a la que aún no había conocido. Temperance, la condesa de Ravenstone, era diferente por completo a su hermana menor, y tenía esa extravagancia que, sin duda, la había hecho merecedora de su fama en la alta sociedad.

Pensó en los comentarios que Patience hacía sobre sí misma, tan carentes de toda indulgencia, y evocó sus rasgos con tanta nitidez que casi gimió ante la necesidad de tenerla entre sus brazos. Aunque no poseía la elegancia ni el magnetismo de sus dos hermanas mayores, Patience tenía una autenticidad que lo había atrapado sin remedio. Él sería capaz de pasarse el resto de su vida demostrándole cuánto valía, si ella se lo permitiera. Notó un nudo en la garganta. Si Bamford le había hecho daño, se aseguraría de verlo ahorcado, sin importar el precio.

—Señor Guildford, me gustaría decirle que es un placer conocerle, pero dadas las circunstancias, confío en que sabrá perdonarme si por ahora me reservo el juicio. —Fue la fría bienvenida de la condesa.

Max acusó el golpe, pero reconoció que lo merecía, e inclinó la cabeza.

—*Milady*, comprendo que mis actos hasta el momento hayan suscitado dudas sobre mi carácter, pero le doy mi palabra de que tengo la mayor estima por su hermana y haré todo lo que esté en mi mano para que regrese sana y salva.

—Y todos sabemos lo terca que puede llegar a ser Patience cuando se empeña en algo —comentó la duquesa, dedicándole a Max una sonrisa apenas conciliadora—. Me atrevería a decir que, en cuanto supo del diamante, nuestra querida hermana habría intentado recuperarlo con o sin su ayuda, señor.

Max asintió, resignado.

—En efecto, ella misma me lo advirtió —admitió en voz baja.

Antes de que nadie tuviera ocasión de continuar enumerando los defectos de la hermana díscola, Felicity Beaumont carraspeó con delicadeza, atrayendo la atención de todos. Max notó que la matrona se retorcía nerviosamente las manos mientras dirigía una mirada a Adam y asentía.

—Hay algo que deberíais saber —anunció Adam con voz impasible, aunque la preocupación se reflejaba en su rostro.

Todos se volvieron hacia el conde.

—¿Tienes relación con Bamford? —preguntó Nicholas, alzando una ceja.

—Así es —confirmó Adam, que respiró hondo y buscó la aprobación de Felicity antes de proseguir—. Quizá no sepáis que la prima de Felicity fue esposa de Bamford hace unos diez años. Por lo visto, fue el tercer matrimonio de Bamford. Tengo entendido que las dos esposas anteriores tuvieron un final trágico.

—Eso sí lo sabía —intervino Max—. Cuando traté de averiguar el paradero de Sepideh, mis pesquisas me llevaron hasta Bamford. Me

dijeron que la primera esposa murió al ser derribada por su caballo y la segunda en una caída. También supe que su actual esposa lleva tiempo encerrada, aunque desconocía que era pariente de la señorita Beaumont —añadió, inclinando la cabeza hacia la matrona.

—¿Y qué tiene esto que ver con Patience? —inquirió el reverendo, frunciendo el ceño.

—Quizá nada —respondió Adam—. Pero, como principal sospechoso, Felicity me ha dado permiso para compartir esta confidencia.

Nicholas frunció el ceño y miró a la señorita Beaumont antes de volverse hacia Adam.

—¿Te ha pedido ayuda para localizar a su prima?

—Así es. Todo lo que ella sabe es que la esposa de Bamford está encerrada en un manicomio privado en algún lugar de Wiltshire. —Adam hizo una pausa, invitando a la propia Felicity a intervenir.

—Le pedí ayuda, Su Excelencia, porque creció en Wiltshire y conoce bien la zona.

—¿Por qué no recurrió a Bamford directamente? ¿O a la familia de su prima? ¿No saben ellos dónde está el asilo?

—Conocían la ubicación original y lo intentaron todo para lograr su liberación. Pero Bamford desoyó todas las súplicas. —La voz de la señorita Beaumont dejó traslucir una amargura hasta entonces desconocida en la familia. Grace le posó la mano en el brazo, gesto que Felicity agradeció antes de continuar—. Hace unos años, Bamford la trasladó, y desde entonces se ha negado a decir dónde se encuentra. Ahora casi todos los parientes de mi prima han fallecido. Solo quedo yo —añadió, y su voz se quebró. Apretó los labios, intentando recuperar la compostura.

—¡Rayos y centellas, eso es monstruoso! —exclamó Augustus Shackleford, estremeciéndose.

—En efecto —corroboró Adam, buscando de nuevo el asentimiento de la señorita Beaumont antes de seguir—. El mayor deseo de Felicity es liberar a su prima, o al menos tener la certeza de que está bien. —El conde hizo una pausa y añadió con pesar—: Aunque, con todo lo que hemos descubierto sobre Bamford, lo de estar bien suena a vana esperanza. —Frunció el ceño—. Hace unos días recibí noticias de que una pequeña casa solariega cerca de Ravenstone se estaba utilizando para alojar a mujeres caídas en desgracia, así que decidí investigar.

—¿Por eso volviste a Ravenstone? —preguntó Nicholas, en tono de reproche.

Adam asintió.

—Perdóname por no habértelo contado, Nick...

Pero Felicity le interrumpió, ya recompuesta:

—No quise implicar al resto de la familia en mis problemas, y le arranqué al conde la promesa de guardar el secreto, aunque fue a regañadientes. —Negó con la cabeza—. Dadas las circunstancias, fue una decisión desafortunada. —Miró a Adam, luego a Nicholas, y soltó una pequeña risa resignada—. En verdad creo que al conde le interesaba más la ayuda de Malcolm —declaró en tono irónico, lanzando una mirada enigmática al ayuda de cámara del duque.

Nicholas arqueó las cejas antes de mostrar su acuerdo con un suspiro.

—¿Es posible que Bamford haya secuestrado a Patience y la haya encerrado en ese... manicomio?

—Si Bamford se la ha llevado, dudo que sea a la casa que investigué. Hasta donde pude averiguar, no había ninguna conexión con el conde, y las diez mujeres allí alojadas debían su reclusión a una acaudalada viuda, cuya única preocupación era salvar sus almas. En realidad, parecían bien cuidadas y desde luego no suspiraban por sus vidas anteriores.

—Quizá tu prima también esté bien atendida —le sugirió Grace, esperanzada, a la señorita Beaumont.

—Quizá —concedió esta—. Pero, como ha dicho Adam, nada de lo que sabemos de Bamford nos invita al optimismo. Y la realidad es que sigue retenida contra su voluntad. —Se detuvo, se mordió el labio y continuó—: Si Bamford ha secuestrado a Patience, me temo que la habrá encerrado en un lugar similar, tal vez incluso en el mismo. Ese hombre es una serpiente, incapaz de sentir compasión por ningún ser vivo.

—Eso, si es que ha sido él quien se la ha llevado —intervino Temperance—. Aún debemos conservar la esperanza de que Patience no haya caído en sus manos.

Max sintió que el corazón se le encogía por la angustia.

—La tiene él —declaró con rotundidad, rompiendo el silencio—. Bamford es un maestro en el arte del acecho. Le basta con vernos corretear como pollos sin cabeza; en realidad, su placer depende de eso. —Respiró hondo y prosiguió con gravedad—: Cuando él tenía a Sepideh en su poder, se conformaba con saber que la poseía mientras los demás ni lo sospechaban. ¿Por qué iba a actuar de otro modo con una mujer? Recluyó a su esposa a un lugar desconocido para infligir el mayor dolor posible. —Max miró uno a uno los rostros afligidos de los presentes antes de murmurar, sombrío—: Ese desgraciado se alimenta de la angustia de los otros, y en Patience, por fin, ha hallado la venganza perfecta.

Nadie le reprochó el lenguaje, y la expresión de todos indicaba que compartían su sospecha: Bamford era, con toda probabilidad, el responsable del secuestro de Patience.

—¿Deberíamos enfrentarnos a Bamford de inmediato? —preguntó Grace, incapaz de disimular su temor mientras buscaba la mirada de su esposo en busca de respuestas.

Nicholas no contestó enseguida; al fin habló:

—Si lo confrontamos y le acusamos sin pruebas, solo conseguiremos que huya. Y aunque a Malcolm le tiente emplear métodos más... contundentes, no podemos recurrir simplemente a torturarle hasta que confiese —añadió, lanzando una mirada irónica al escocés, que se limitó a encogerse de hombros.

—¿Entonces debemos limitarnos a esperar y vigilar? —preguntó Adam con tono frustrado.

—Bamford nos llevará hasta ella —insistió el duque—. Si el retrato que has hecho de él es correcto, Guildford, no podrá resistirse a vigilar su presa. Solo quería el diamante para su satisfacción secreta y, como dices, dudo que vea a Patience de otro modo. —Nicholas hizo una pausa y cerró los ojos, dejando ver por un instante el alcance de su inquietud—. Estoy convencido de que no solo querrá asegurarse de que está bien encerrada, sino también disfrutar personalmente de su sufrimiento.

Max apretó los dientes, tentado de discutir con Su Excelencia por segunda vez ese día. La necesidad de hacer algo —lo que fuera— le resultaba casi insoportable. Pero sabía que el razonamiento del duque era acertado. Lanzarse a ciegas no serviría de nada: Bamford no era ningún necio y esperaría represalias. Si ellos no reaccionaban, eso quizá le desconcertaría lo suficiente como para cometer un error.

Ahora bien, aún quedaba una posibilidad que Max había tratado de evitar a toda costa.

—Podríamos enviar un mensaje a la reina Carlota —sugirió con voz neutra.

Nicholas y Adam lo miraron con atención. Ambos sabían de la relación cercana del marqués con Su Majestad, pero ignoraban si Carlota le habría contado a este los detalles del episodio del estanque. La probabilidad de que la reina corriera en ayuda de los Shackleford era mínima. Naturalmente, si todo se desmadraba, quizá se verían obligados a confiar en la benevolencia real... o más bien en el afecto de la reina por su apuesto ahijado.

—Quizá sea lo mejor intentar averiguar el paradero de Patience sin involucrar a Su Majestad, al menos de entrada —opinó Grace con cautela—. No desearíamos importunar a la reina con algo así, salvo que sea absolutamente imprescindible.

—¿Considera que un secuestro es un asunto trivial? —protestó Max, frunciendo el ceño, antes de recordar de pronto el comentario del vizconde sobre el incidente del estanque. Miró a su alrededor y percibió la incomodidad que había provocado la mención de su madrina. Maldita sea, ojalá hubiese él estado en aquella boda.

—Aceptaremos cualquier ayuda que Su Majestad quiera ofrecernos, si llega el caso —declaró al fin el duque, después de que el silencio se hiciera incómodo—. Pero hasta que obtengamos pruebas de que Bamford ha secuestrado a Patience, no podemos pensar en pedir la intervención de la reina.

Max entornó los ojos, pero no insistió en el tema. En el fondo, hacer pública toda aquella desgracia era lo último que deseaba. Sin embargo, si se trataba de salvar la vida de Patience, estaba dispuesto a sacrificarlo todo.

—Mientras tanto, será mejor que organicemos turnos de vigilancia —propuso Malcolm tras meditarlo—. Pero necesitamos un sistema para avisarnos unos a otros en caso de novedad.

—Para eso nos tenéis a nosotras —interrumpió de pronto una voz chillona desde el otro lado de la puerta.

Todas las miradas se volvieron cuando la puerta del salón se abrió y aparecieron cuatro niños en camisón.

—A los pequeños nadie los ve —afirmó Charity con toda seguridad.

—Tú no eres tan pequeña —objetó Chastity.

—Soy más baja que tú.

—Quizá seas más baja, pero desde luego eres más gorda.

—No lo soy.

—Seremos como espectros —proclamó Prudence, ignorando la disputa entre sus hermanas mayores.

—¿Qué es un espectro? —preguntó Anthony.

—Es lo que queda de un muerto. Nosotros seremos igual que los muertos.

—¡Yo no quiero ser un muerto! —sollozó Anthony—. ¡Quiero a mamá...! —De repente, el niño dejó de llorar y miró a su alrededor, frunciendo el ceño—. ¿Dónde está mamá? ¿Ya se ha despertado?

CAPÍTULO 20



El resto de la noche se le hizo a Patience interminable. Las correas no le permitían mover nada más que la cabeza y, cuando por fin despuntó el alba, el miedo había dado paso a una necesidad urgente de ir al retrete.

Y a la rabia. Dios mío, qué rabia sentía... ¿Quién se creía ese hombrecillo repugnante para encerrarla así? De alguna manera, ella conseguiría salir de allí y hacerle pagar por esto, aunque fuera lo último que hiciera. Naturalmente, Bamford no tenía ni idea de la habilidad especial que ella poseía. Solo tenía que esperar su momento.

Con la llegada del amanecer, Patience pudo distinguir las siluetas de sus compañeras, tumbadas bajo ásperas mantas. Ninguna estaba atada como ella, y todas dormían profundamente.

Por fin, el sonido de una llave girando en la cerradura le proporcionó el primer consuelo real en horas. Incluso en aquella situación, el clic le provocó la misma satisfacción de siempre, sobre todo porque sabía que, llegado el momento, ese obstáculo no supondría un problema para ella.

Alzó la cabeza y vio cómo la misma enfermera desaliñada se acercaba despacio. Fue recorriendo cada cama, despertando con

brusquedad a las mujeres.

—¡Arriba, vagas! ¡Aquí no se viene a descansar! —bramó. La confianza de Patience empezó a flaquear en cuanto la mujer se detuvo junto a su cama—. Como se te ocurra montar un numerito, te vuelvo a atar como un capón antes de que digas Jesús—advirtió mientras le quitaba las correas.

En cuanto quedó libre, Patience se incorporó y se fijó en las demás. Eran mujeres de diferentes edades y se preguntó qué habría llevado a cada una a ese lugar.

—Será mejor que no te quedes mucho rato en la cama, muchacha —le susurró la mujer de al lado—. No conviene hacer enfadar a la señora Trenchant el primer día.

—Y menos cruzarse con su maldito bastón —rio una anciana huesuda junto a la puerta.

Patience se dio prisa en levantarse y vio que todas llevaban la misma especie de camisón gris. Miró el suyo, arrugando la nariz: nunca se había preocupado demasiado por su ropa, pero aquel trapo estaba lejos de ser cómodo o limpio.

Las otras mujeres formaron una fila junto a la puerta y, sin saber qué más hacer, Patience se unió a ellas. Iba descalza y el suelo estaba helado. Tiritando, se abrazó a sí misma y tragó saliva. ¿La estaría buscando ya su familia? No pudo evitar pensar en el marqués. ¿Habría creído que ella ya iba de camino a Blackmore? Quizá, después de lo ocurrido dos noches antes, él ya la habría borrado de sus pensamientos.

Una mano suave en el hombro la sacó de su ensimismamiento.

—¿Cómo te llamas, querida? —le preguntó una mujer de mirada cálida, con el pelo canoso recogido con una cinta y un aire claramente distinguido, a pesar del burdo camisón.

Patience se quedó un instante sin respuesta, pensando quién podía ser.

—Me llamo Patience —balbuceó—. ¿Y usted...?

No pudo terminar la pregunta porque la puerta se abrió de repente y entró un hombre tan grande que casi tapaba el marco. No dijo ni una palabra, solo se colocó a un lado y las observó una a una mientras salían. Cuando llegó el turno de Patience, la sujetó por la barbilla y le hizo girar la cabeza de un lado a otro. Toda intención que ella tuviese por resistirse desapareció en cuanto vio sus ojos: negros, inexpresivos, incrustados en un rostro blando. Era como si él estuviera inspeccionando una res para el matadero. Patience tuvo que hacer acopio de fuerzas para no apartar su mano.

Por fin, el hombre terminó de escudriñarla y la empujó hacia el grupo, que ya avanzaba por un pasillo oscuro. Patience no miró atrás y se apresuró a reunirse con las demás, con el corazón desbocado y todo su coraje anterior convertido en pura inquietud.

Las condujeron a una cocina enorme y lúgubre, muy distinta a la de la vicaría. Las siguientes dos horas fueron un suplicio. Aunque Patience nunca había rehuido el trabajo, aquello era agotador.

Sin decir palabra, fregaron cada rincón, cazo y sartén. No había agua caliente y, al acabar, Patience tenía las manos en carne viva y el estómago le rugía de hambre. Se preguntó, casi entre risas y lágrimas, si llegarían a darles algo de comer. No había rastro de ninguna cocinera, y solo esperaba que lo que sirvieran no lo hubieran preparado la señora Trenchant o el asqueroso Cavendish.

El camisón gris se le pegaba al cuerpo y sus pies, ennegrecidos por la suciedad que había en el suelo. Cuando se pusieron de nuevo en fila, el dolor de cabeza se había reducido a una punzada sorda, aunque al tocarse comprobó que tenía sangre seca: el golpe había sido fuerte. ¿Habría sido Bamford quien la golpeó?

Patience regresó a sus pensamientos cuando las hicieron avanzar a una pequeña sala cuadrada, iluminada solo por una ventana en lo alto de la pared. El gigante cerró la puerta y echó la llave.

En un extremo había varios orinales alineados. Todas los usaron sin pudor y Patience, vencida por la urgencia, las imitó. Luego se arregló el camisón y miró a su alrededor.

Con la luz que entraba por el cristal, vio un gran armario empotrado con una fila de vestidos marrones idénticos. Sin palabras, todas se quitaron los camisones y se pusieron el uniforme. Una de ellas le tendió el último a Patience.

—Será mejor que no tarde, señorita. Tiene que estar lista antes de que él abra la puerta —le dijo con un susurro tembloroso, y Patience se dio cuenta de que sus compañeras le tenían verdadero pánico al gigante.

No había agua para asearse, pero sí zuecos para calzarse. Se puso el vestido, buscando algún tipo de cinta para ajustarlo, pero era tan ancho que le arrastraba por el suelo y tuvo que sujetarlo para poder calzarse.

—Espero que se te dé bien la aguja, o te vas a partir la crisma con esa facha—rio una de las mujeres, la misma que le habló la noche anterior.

Patience se libró de contestar porque la puerta se abrió y todo quedó en silencio. Volvieron a formar la fila y recorrieron el pasillo, que estaba desierto y en penumbra. Al fondo entraron en una sala con una mesa larga y bancos a ambos lados. El suelo estaba cubierto de juncos, y el olor indicaba que nadie los cambiaba desde hacía mucho.

Para su sorpresa, la mesa estaba repleta de cuencos con gachas, trozos de pan y queso, una jarra de agua y tazones para beber. Cuando oyeron la llave girar de nuevo, las mujeres no perdieron ni un segundo en sentarse y empezar a comer.

—No te quedes atrás —le dijo otra a Patience—. No volverás a ver comida hasta la cena.

Patience obedeció enseguida, se sentó en un extremo de la mesa y se acercó un cuenco. No había cucharas: todas comían las gachas con trozos de pan. Las gachas no sabían a nada y estaban frías, pero el pan era aceptable y el queso, sorprendentemente, tenía buen sabor. Enseguida solo quedaron migas, y entonces todas miraron a la recién llegada.

—¿Y tú qué has hecho para enfadar a Su Señoría?

Durante los dos días siguientes, los hombres se turnaron para vigilar la casa de Bamford, pero fue inútil. Pese a estar convencidos de que el conde no tardaría en salir para disfrutar de su nuevo trofeo, Su Señoría apenas salía. Al acabar el segundo día, la ansiedad superaba ya a la frustración, y, pese a las averiguaciones incansables de Malcolm, era como si Patience hubiera desaparecido.

Cuando Max vigilaba desde la esquina, sentía que iba a perder la paciencia en cualquier momento. Observaba cada movimiento, jurándose que, si el canalla no daba señales antes del día siguiente, él mismo le sacaría la verdad a la fuerza, fuera como fuera. Tenía un nudo en el estómago y apenas podía probar bocado, y lo cierto era que todos parecían igual de ansiosos: los platos servidos en la casa del conde de Ravenstone, aunque exquisitos, regresaban casi intactos a la cocina.

En una esquina esperaba el carruaje del duque, con Charity y Prudence dentro. Los más pequeños de los Shackleford también colaboraban, haciendo turnos como mensajeros por si el conde se movía. Eso sí, entre tanto alboroto, el cochero debía de estar al borde de la desesperación.

A punto de acabar su turno, Max notaba que la necesidad de hacer algo —lo que fuera— estaba a punto de imponerse a la sensatez.

Por suerte, Adam apareció a caballo antes de que Max hiciera una locura. Desmontó con rapidez y le tendió una petaca con *brandy*.

A pesar de que las cosas no empezaron bien entre ellos, Max empezaba a considerar a Nicholas y Adam como camaradas, sobre todo, después de que ambos insistieran en que Max los llamase por sus nombres de pila. Para alguien que siempre había puesto distancia con los demás, esa sensación de pertenencia era nueva y extraña para él, pero reconfortante. Puede que fuera la adversidad compartida, pero, de cualquier modo, a Max le alegraba contar con su apoyo. Nadie hablaba abiertamente de su relación con Patience, pero él intuía que sería bien recibido en esa familia tan poco convencional..., siempre que Patience aceptase casarse con él. La posibilidad de no volver a verla era demasiado dolorosa para planteársela siquiera. Preferiría perderla antes que no verla regresar sana y salva.

—¿Nada? —preguntó Adam, atando las riendas a una rama baja. Max negó con la cabeza y le devolvió la petaca.

—Estoy empezando a... —Max se calló al oír el sonido de un carruaje bajando por el camino principal de la mansión de Bamford. Un segundo después, un coche tirado por cuatro caballos giró hacia los límites de la ciudad.

—Ya era hora —murmuró Adam. Soltó las riendas y se volvió hacia Max—. Ve a buscar a Nicholas y Malcolm con el carruaje. Yo seguiré a Bamford a caballo.

Max estuvo a punto de protestar, pero se detuvo en cuanto Adam le posó una mano en el codo.

—Sé que quieres ser tú quien salga tras él —murmuró el conde—, pero yo conozco estos caminos y tú no. Lo mejor será que recojas a Nick y Malcolm lo antes posible y los sigas en el carruaje. Mantente en la carretera principal. En cuanto averigüe adónde se dirige ese miserable, volveré para guiarte.

Max asintió con un gesto tenso y Adam le dio una palmada de aprobación en el brazo.

Los dos se separaron en silencio: Adam montó de un salto en su caballo, Merlin, mientras Max echaba a correr hacia el carruaje oculto.

Por fin, la caza había comenzado.

CAPÍTULO 21



En el breve tiempo del que dispusieron después del desayuno, Patience descubrió que, en efecto, todas las mujeres allí presentes estaban retenidas en Farfield Place por supuestos delitos cometidos contra el conde de Bamford. Sin embargo, su suposición de que la dama educada era la esposa del conde resultó errónea.

La mujer, que se llamaba Beatrix, había sido amante de Bamford. Sin dinero y siendo prima lejana de un título menor, acabó convenciéndose de que ceder ante las proposiciones del conde era mejor opción que morirse de hambre. Tras dos costillas rotas y la pérdida de varios dientes, comprendió que quizá aquel acuerdo no había sido tan ventajoso como pensó, y trató de huir. No llegó lejos: el castigo fue otra paliza y su posterior encierro en aquel lugar.

El resto de las mujeres tenía historias similares. Lolly y Bess eran prostitutas que se habían atrevido a protestar por los gustos particulares del conde, y Kate había sido doncella personal de la esposa de Bamford.

—Estoy aquí porque él no quería que fuera contando la verdad sobre cómo trataba a lady Edith —explicó Kate, encogiéndose de hombros.

—¿Dónde está su esposa? —preguntó Patience, esforzándose por no mostrar demasiado interés.

—Aquí —intervino Bess con sorna—, pero no quiere que hable con nosotras.

—A veces la vemos sentada en el jardín, si hace buen tiempo —añadió Kate—. A veces conseguimos cruzar alguna palabra, pero nunca más de unos segundos. Cavendish siempre la vigila.

—Y no necesita muchas excusas para soltar el puño o cualquier cosa que tenga a mano —apostilló Lolly, levantándose el pelo para mostrar una larga cicatriz rojiza.

Patience sintió un escalofrío y tragó saliva.

—¿El conde viene alguna vez? —preguntó con un hilo de voz.

Las dos antiguas prostitutas rieron, sin una pizca de humor.

—A Bamford le gusta tenerlo todo bajo control —afirmó Bess—. A Lol y a mí nos llama cuando necesita algo.

—Así mantiene al cerdo alejado de Kate y de su señora —añadió Lolly, sin amargura—. Bueno, la mayor parte del tiempo.

—¿Y tú? —preguntó Beatrix, clavando la mirada en Patience—. ¿Por qué te ha traído aquí?

Patience no tuvo tiempo de responder; en ese momento, la llave giró en la cerradura y la pausa terminó.

—Por cierto, ¿cómo te llamas? —le susurró Bess, mientras todas se levantaban a toda prisa.

—Patience.

Lolly le dirigió una sonrisa ladeada justo cuando la puerta se abría lentamente.

—Vaya, menuda ironía. Aquí no vas a encontrar mucha paciencia, te lo aseguro.

El resto del día transcurrió de la misma manera que había empezado: con tareas interminables. Pulir, fregar, barrer. Las llevaron a la planta de arriba por una estrecha escalera de servicio que impedía a Patience hacerse una idea de la distribución de la casa. Cuando terminaron de limpiar en el interior, las sacaron al jardín para arrancar malas hierbas. Mientras removía la tierra, Patience estuvo atenta por si veía a la prima de Felicity, pero quizás hacía demasiado frío, porque esta no apareció.

La cena fue idéntica al desayuno y se sirvió al ponerse el sol. Patience volvía hacia la casa renqueando, agotada, con la sensación de que la había atropellado un carruaje. Esta vez les dieron un solo cuenco de agua para lavarse las cinco, y cuando por fin le tocó a ella, el líquido estaba de un color parduzco.

No había espejos, pero Patience estaba segura de que solo había conseguido repartirse el barro por la cara y el cuello. Tras la cena, las hicieron volver para ponerse sus camisones sucios y colgar los vestidos marrones en el armario. Patience no pudo evitar una mueca ante el olor que ya se acumulaba bajo sus axilas.

—¿Nos dejan cambiar de ropa o bañarnos alguna vez? —susurró a Kate.

La antigua doncella asintió.

—La ropa, una vez por semana; el baño, cuando no soportan el olor.

Patience se tumbó en la cama y trató de idear algún plan, pero su cuerpo, rendido, no se lo permitió. Al final, se limitó a quedarse inmóvil, mirando a la oscuridad, dejando que las lágrimas resbalaran por sus mejillas hasta que el cansancio la venció y cayó en un sueño inquieto.

A pesar del agotamiento, Patience despertó mucho antes del amanecer. Ya no estaba atada, pero, a efectos prácticos, era como si lo estuviera: apenas podía moverse del dolor. Gimió y consiguió darse la vuelta de lado. Los suaves ronquidos de sus compañeras le

indicaron que era la única despierta. Ellas parecían haberse resignado a su suerte hacía mucho. ¿Cuánto tardaría ella en hacer lo mismo?

Nunca. Ella tenía una familia que la quería. Sabía que no dejarían piedra sin remover hasta dar con su paradero. Pero ¿adivinarían que había sido Bamford el culpable de su encierro? ¿O pensarían que ella había muerto en una cuneta? ¿Quizá creerían que había huido por voluntad propia? Patience apartó esas ideas a un lado: ese camino solo la conduciría a la locura y la desesperación.

No podía quedarse esperando un milagro. Tenía que pensar en un plan de fuga. No disponía de sus ganzúas, pero quizá bastaría con encontrar un objeto fino y rígido. Tendría que esperar a la noche; una vez encerradas en el dormitorio, al menos dejarían de vigilarlas constantemente. Pensó en la esposa de Bamford, Edith. ¿Habría forma de sacarla de allí también? ¿O a las demás?

Que seis personas intentaran escapar a la vez era muchísimo más arriesgado. Pero ¿cómo dejarlas atrás? Tal vez podría buscar ayuda primero y volver después con Nicholas, Adam y Malcolm. No quería plantearse si el marqués participaría o no en la partida de rescate. Ni siquiera sabía si Guildford estaba al tanto de su desaparición.

Sus pensamientos daban vueltas y más vueltas y, cuando la puerta al fondo del dormitorio se abrió por fin, Patience tenía la sensación de no haber pegado ojo. Se incorporó la última a la fila. Se daría tres días para encontrar un objeto que hiciera las veces de ganzúa y localizar una ruta de escape. No diría nada hasta el último momento; si alguna quería acompañarla, lo decidiría entonces. En cuanto a lady Edith, era imposible convencerla en tan poco tiempo. Para ayudarla, Patience debería confiar en que sus cuñados regresarían antes de que el conde pudiera llevársela a otro sitio.

Cuando pasaron junto a Cavendish, el gigante la detuvo como el día anterior. Patience le sostuvo la mirada, aunque el corazón le latía desbocado. Esta vez, el hombre sonreía, mostrando unos dientes negros y desiguales.

—Esta noche tienes visita, señorita —soltó con sorna—, así que te darán un baño. A Su Señoría no le gusta que sus corderitos huelan a letrina. —Le guiñó un ojo, divertido ante la expresión de horror de Patience—. Solo quería darte algo en lo que pensar mientras friegas los suelos.

Se echó a reír a carcajadas cuando Patience se atragantó y se apresuró a alcanzar al resto.

No tenía tres días. Ni siquiera uno. Tragándose las ganas de llorar, aceleró el paso para no quedarse atrás.

De algún modo, tenía que encontrar la manera de escapar de aquel infierno antes de que el conde de Bamford pudiera hacerle daño.

Max mandó a las dos pequeñas Shackleford por delante para que avisaran a Nicholas y Malcolm. Ellas conocían las callejuelas mucho mejor que el pesado carruaje, y así, probablemente, los dos hombres estarían listos cuando llegaran a la casa. Mientras se pasaba las manos por el cabello, inquieto, Max repasaba mentalmente su conversación con Adam. Le había costado todo su autocontrol aceptar el plan, aunque sabía que los argumentos del conde eran sensatos.

Antes de darse cuenta, el carruaje tomaba la curva del *crescent*[1]. Para su inmenso alivio, Nicholas y Malcolm ya estaban esperando, aunque el ánimo se le cayó a los pies al ver la silueta oronda del reverendo Shackleford en las sombras. Max miró alrededor y, al menos, no vio rastro del sabueso, lo cual agradeció: meterse en un carruaje con tres hombres adultos y un perro grande no era nada apetecible, por útil que pudiera resultarles el olfato de Freddy.

—¡Rayos y centellas! —refunfuñó el clérigo al subir al coche—. Algún día conseguiré terminar un maldito *brandy* en paz.

Nicholas y Malcolm entraron justo detrás. Por suerte, el cochero era uno de los hombres del duque y conocía el asunto de la desaparición

de Patience, así que ni se inmutó cuando Nicholas le indicó el rumbo y le ordenó que se pusiera en marcha con rapidez. De hecho, el carruaje ya se estaba moviendo cuando Su Excelencia terminó de cerrar la puerta.

Nada más salir a la carretera principal, Malcolm le entregó un pequeño paquete al marqués. Max lo abrió, extrañado, y vio que se trataba de una pistola de chispa de doble cañón.

—Supongo que sabes usarla —preguntó Malcolm, con gesto sombrío.

Max asintió, dejando la pesada arma con cuidado sobre el asiento.

—¿De veras hace falta llegar a eso? —preguntó el reverendo, incómodo.

—Esperemos que no —respondió el duque, igual de serio—, pero no me fío de que Bamford vaya a respetar las reglas del juego limpio.

Dejaron atrás los límites de Bath justo cuando el sol empezaba a ponerse. Por suerte, aún no era tan tarde como para necesitar faroles para evitar los baches traicioneros.

Los cuatro viajaron en silencio, tensos, mirando con frecuencia por las ventanillas, buscando cualquier rastro de Adam. Sin su guía, podrían acabar perfectamente en Londres. Pasaron media hora sin noticias, hasta que Nicholas se inclinó hacia delante, a punto de sugerir que dieran la vuelta: pronto llegarían a Box, y el duque dudaba que Bamford tuviera su manicomio privado en mitad de una aldea tan concurrida.

—Se aproxima un jinete —advirtió Max de pronto, entornando los ojos.

Los otros dos miraron por las ventanillas y, en efecto, una nube de polvo anunciaba la llegada de un caballo y su jinete.

—Va como alma que lleva el diablo —observó Nicholas, esperanzado.

—Seguro que es Adam —añadió Malcolm—. ¿Quién más galoparía de esa forma?

No se equivocaban: apenas unos minutos después, el carruaje aminoró la marcha y Adam detuvo a Merlin, que pateaba el suelo y resoplaba lanzando nubes de vapor en el aire fresco de la tarde.

—¡Está a unas tres millas de aquí! —gritó el conde—. Hay un desvío a la derecha, a unos pocos cientos de metros. —Luego se dirigió al cochero—. ¡El camino es estrecho y está lleno de baches! —le advirtió—. ¡Llevar el carruaje por ahí será todo un reto!

El cochero asintió, confiado en sus habilidades, y Adam se volvió entonces hacia los ocupantes del carruaje para continuar con las instrucciones.

—El sendero desemboca en un claro casi circular, no muy lejos de la entrada principal —anunció Adam—. Sugiero que dejemos aquí los caballos y el carruaje y sigamos a pie. Sin esperar respuesta, giró con brusquedad y volvió a galopar por el camino, sin comprobar siquiera si el carruaje le seguía.

—Ya estamos aquí, caballeros —comentó Nicholas con voz tensa—. No tengo ni idea de a quién o qué vamos a encontrar dentro, pero rezo porque Patience esté allí.

—Y si no lo está —replicó Max, sombrío—, le arrancaré al bastardo cada palabra hasta que me diga dónde la esconde.

—Solo puedo decir «Amén» a eso —añadió el reverendo con fervor.

Nicholas y Malcolm se miraron de reojo. Era evidente que los sentimientos del marqués por Patience iban mucho más allá de un simple afecto. A pesar de la gravedad de la situación, el corazón del duque se alegró: su cuñada merecía a alguien que valorase... todas sus cualidades singulares. A punto estuvo de sonreír, un alivio inesperado entre tanta tensión. Si Max acababa casándose con Patience, Nicholas no tenía duda de que el pobre bastardo no iba a

tener un momento de respiro. «Como todos nosotros», pensó para sus adentros.

El carruaje comenzó a aminorar la marcha, devolviéndolo al presente, y segundos después tomaban un desvío casi invisible desde la carretera principal. Bamford había escogido un lugar excelente si quería mantener su asilo privado bien oculto.

El cochero condujo a los caballos con sumo cuidado por el sendero lleno de hoyos. Apenas había luz; el bosque era tan espeso a ambos lados que las sombras se alargaban, creando una penumbra inquietante. Tras unos quince minutos, el camino se abrió en el claro natural que Adam había descrito. El conde desmontó de un salto y se acercó al carruaje mientras los demás salían de este.

—La entrada a la casa está justo ahí delante —informó.

Nicholas asintió.

—¿Cuánto tiempo de luz nos queda?

—Como mucho, una hora —respondió Malcolm, entornando los ojos entre los árboles—. Tenemos que darnos prisa, muchacho, si queremos rescatar a la chica antes de que no veamos ni nuestras propias manos.

El duque se volvió hacia Max.

—Sé que está impaciente, pero le ruego que no haga ninguna heroicidad. Siga mi ejemplo. —Después, miró al reverendo Shackleford, que daba saltitos de un pie a otro, ansioso—. Augustus —añadió con sequedad—, la única razón por la que está aquí es porque sé perfectamente que, de no habérselo permitido, habría venido con Percy. Así, al menos, me aseguro de que el coadjutor sigue a salvo. —Su voz se volvió fría—. Pero si se le ocurre actuar por su cuenta, no dudaré en dejarle al margen. ¿Ha quedado claro?

El reverendo tragó saliva y asintió, tragándose una réplica. No sabía si su yerno hablaba en serio, pero por una vez prefirió no

comprobarlo.

No dijeron ni una palabra más mientras avanzaban en silencio hacia la entrada. Un esguince de tobillo solo empeoraría las cosas, así que pisaban con cautela. Minutos después alcanzaron el portón, que permanecía abierto tras la entrada de Bamford.

Nicholas se detuvo y se giró hacia los demás.

—A partir de aquí estaremos completamente expuestos hasta alcanzar la sombra de la casa, pero si vamos escondiéndonos de arbusto en arbusto tardaríamos una eternidad. Mi consejo es que caminemos como si tuviésemos todo el derecho a estar aquí. Tal vez así engañemos a cualquier observador casual.

—El carruaje de Bamford está ahí —señaló Malcolm—. Esperemos que el conde esté bien entretenido.

Sin más dilación, cruzaron el claro a paso firme. A Max se le erizó la piel solo de imaginar que les estuvieran observando desde la oscuridad.

Durante un rato nadie habló, y lo único que rompía el silencio, además de sus pasos sobre los adoquines, era el resuello y jadeo del reverendo, que se esforzaba por seguirles el ritmo.

—El descaro solo nos servirá hasta cierto punto —murmuró Nicholas, mientras se acercaban al carruaje vacío—, así que propongo que evitemos la puerta principal.

Al llegar junto al coche del conde, los caballos empezaron a resoplar y pisotear el suelo, inquietos.

—Evidentemente, Bamford no piensa pasar aquí la noche —observó Malcolm.

—¿Deberíamos dividirnos? —preguntó Adam mirando el cielo, cada vez más oscuro.

Malcolm asintió, aunque con gesto contrariado.

—Nos estamos quedando sin tiempo, muchacho.

Nicholas suspiró. Sabía que su ayuda de cámara tenía razón: en menos de una hora estarían a oscuras. Pero si se separaban y se perdían unos a otros... Había vivido demasiadas pesadillas como para arriesgarse.

—Permaneceremos juntos —ordenó con firmeza—. Augustus, cierra la marcha. No podemos malgastar un solo minuto.

Avanzaron con el mayor sigilo posible bordeando la fachada de la casa. No había ni una vela encendida tras las ventanas, y Max se preguntaba dónde demonios estaría todo el mundo. Al llegar a la esquina, Nicholas se detuvo un instante, se asomó y, tras indicarles que le siguieran, continuó adelante. Minutos después habían rodeado toda la casa. No había rastro de ninguna puerta, y Nicholas empezó a temer que tendrían que romper una ventana, aunque las pocas que habían visto no eran lo bastante grandes ni para que pasara un niño.

—¿Dónde está Patience cuando se la necesita? —murmuró Max, irónico.

Adam soltó una carcajada seca.

—Desde luego, Bamford se ha asegurado de que quien entre ahí, no salga.

—¿Qué es eso? —interrumpió de repente el reverendo, señalando hacia una arcada oscura a apenas dos metros.

Frunciendo el ceño, Nicholas se acercó despacio y descubrió una escalinata, casi invisible en la penumbra. Bajó con cautela y encontró una puerta. ¿Daría al interior de la casa o sería solo un almacén? Solo había una forma de saberlo. Volvió a subir y llamó al resto del grupo.

Y entonces, todos olieron el humo.

1 Nota de la traductora: Calle residencial en forma de medialuna típica de ciudades británicas como Bath, flanqueada por elegantes casas adosadas de época georgiana.

CAPÍTULO 22



Cuando por fin las dejaron salir a trabajar al jardín, Patience ya estaba al borde de la desesperación. A lo largo del día, no había dejado de observar, buscando cualquier indicio de otra puerta que llevara al exterior, pero no vio nada. Sin duda existía una entrada principal, pero no tenía ni idea de cómo llegar a ella. Las ventanas que había podido ver eran, en su mayoría, gruesas y divididas por travesaños, casi imposibles de romper, y durante todo el tiempo estuvieron vigiladas, ya fuera por la señora Trenchant o por Cavendish. No se veía por ningún lado el camino de entrada, y estaba segura de que, si intentaba escapar, la atraparían en cuestión de segundos. El gigante parecía disfrutar con la inquietud de Patience ante lo que iba a suceder; cada vez que se cruzaban sus miradas, él le lanzaba un guiño obsceno. Al acercarse el atardecer, la ansiedad de Patience, sumada a su estómago vacío, empezó a marearla, y tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no perder el control y vomitar.

Cuando las sombras se alargaban ya en el jardín, por fin las llamaron para entrar. La única puerta que habían utilizado hasta ese momento estaba oculta al pie de unos escalones en un lateral de la casa. Daba acceso a una serie de habitaciones vacías en el sótano, que en otro tiempo habían sido los dormitorios de los criados. Al pasar por la

angosta puerta, Patience se detuvo un instante para mirar atrás. Sabía que el camino de entrada estaría por la parte delantera, y creyó escuchar el rumor de un carruaje a lo lejos. El terror, más intenso que nunca, se apoderó de todo su cuerpo, y el portazo a su espalda le sonó como una sentencia. Por primera vez, el clic de la cerradura no le produjo el menor alivio.

Conteniendo un sollozo, fue tras el resto de las mujeres. Aquella era la única puerta exterior que habían usado; debía encontrar la forma de burlar la vigilancia de Cavendish y regresar hasta allí. Pero ni siquiera había conseguido algo con lo que forzar una cerradura. Se irguió, obligándose a no ceder al pánico. Venirse abajo no le serviría de nada; un ataque de nervios solo le aseguraría otra noche atada a la cama.

...Después de que Bamford hubiera hecho con ella lo que quisiera.

Mientras Cavendish abría la puerta de la sala donde cenaban, la mente de Patience iba a toda velocidad. No les daban cubiertos, así que no había nada sobre la mesa que pudiera usar como ganzúa. Al desfilar ante el gigante para entrar, mantuvo la mirada baja, escudriñando el suelo en busca de cualquier objeto útil. La habitación estaba envuelta en penumbra: solo dos velas casi consumidas, encajadas en los alféizares de las ventanas, ofrecían algo de luz, junto a la que sostenía la señora Trenchant en una mano mientras se rascaba la cabeza y las apremiaba con impaciencia para que se sentaran.

—¡Vamos, rápido, que no tengo toda la noche! Quiero veros de vuelta en la cama antes de que llegue Bamford. —Luego miró directamente a Patience—. Todas menos tú, bonita —añadió, con una mueca lasciva.

Patience notó las miradas de compasión de las otras mujeres. Si le quedaba alguna duda sobre las intenciones de su captor, acababan de disiparse. Reuniendo la poca dignidad que le quedaba, sostuvo la mirada de la celadora, que seguía rascándose con fruición. Patience sospechaba que la mujer tenía piojos y se contuvo de rascarse la

cabeza por pura inercia. La señora Trenchant soltó una risita burlona.

—El amo te va a quitar muy pronto esa mirada altiva —se mofó.

Patience apretó los labios y bajó la vista. No le convenía provocar a sus carceleros o la sacarían antes de poder probar bocado. Sabía que tenía que comer algo si quería mantenerse en pie, así que se sirvió en silencio un trozo de pan.

Tras asegurar la puerta por la que acababan de entrar, Cavendish gruñó una orden y se perdió en el pasillo oscuro que conducía al vestidor y al dormitorio. La señora Trenchant lo siguió después de echar una última ojeada.

—Tenéis diez minutos —advirtió, sin dejar de rascarse. Patience, masticando pan, vio de pronto cómo una horquilla se desprendía del moño de la celadora, empujada por los dedos inquietos de la mujer. Patience contuvo el aliento, deseando que la horquilla cayera antes de que la mujer llegara a la puerta.

Esta levantó el candelero para iluminar la estancia una última vez.

—Diez minutos —repitió. Cuando se giró, la horquilla ya no estaba en el moño.

Tan pronto como la puerta se cerró y el cerrojo sonó al otro lado, Patience observó el suelo hasta encontrar la horquilla caída. A punto de llorar de alivio, se deslizó hasta el extremo del banco y cayó de rodillas.

—¿Pero qué demonios haces? —gruñó Lolly mientras Patience rebuscaba a sus pies.

—Ha perdido el juicio, ha durado poco —sentenció Bess, llevándose más queso a la boca.

Las otras dos se limitaron a observar desconcertadas, pero intuyendo que Patience no se había vuelto loca de golpe.

De pronto, Patience lanzó un grito ahogado y levantó la horquilla en alto, triunfante.

—¿Qué ha encontrado, señorita? —preguntó Kate, frunciendo el ceño.

—Nuestra libertad —susurró Patience, a la vez que se incorporaba de un salto.

Recogiéndose el dobladillo del vestido, se precipitó hacia una de las ventanas, arrancó la vela de su base de cera y se la tendió a Bess.

—Rápido —ordenó, arrastrando a la mujer fuera del banco y hacia la puerta exterior—, ilumina la cerradura y no la muevas.

—¡Ay, que me quemo la mano! —protestó Bess, pero Patience ya estaba agachada, concentrada en la cerradura, introduciendo la horquilla y girando con sumo cuidado, como le había enseñado John. Bastaron treinta segundos para que sonara el chasquido del mecanismo. Patience abrió la puerta y se volvió hacia sus compañeras, que la miraban boquiabiertas.

—¿Venís o no? —preguntó, con una sonrisa desafiante.

Bamford ordenó a la señora Trenchant que le llevara una palangana de agua caliente y una botella de *brandy* mientras se acomodaba en su dormitorio privado. Observó los lujosos cortinajes de su santuario y sonrió satisfecho.

Cuando encerró allí a Edith, ni siquiera había imaginado la posibilidad de montar su propio burdel privado. Nunca había tenido el menor interés por su esposa, claro. Desde el principio le había parecido una criatura anodina, siempre a punto de desmayarse cada vez que él le prestaba atención. De hecho, estuvo más que encantado de buscar otros placeres en cuanto cobró la dote, y si la estúpida no hubiera sido tan religiosa, exigiéndole que respetara sus votos, él habría preferido simplemente ignorarla.

Pero la situación cambió cuando Edith amenazó con hacer públicas sus... inclinaciones particulares. Deshacerse de ella de forma permanente, como había hecho con sus dos esposas anteriores, no era una opción tan sencilla, así que recurrir a un asilo privado fue la siguiente mejor alternativa. Por desgracia, los médicos de la primera institución empezaron a sugerir su puesta en libertad, y la familia de Edith los apoyaba. Evidentemente, él no podía consentirlo.

Bamford se rio para sus adentros. Le llevó un tiempo transformar Farfield Place, pero, una vez hecho, no tardó en trasladar a Edith en secreto. La cara de los padres de la muchacha cuando descubrieron que ella había desaparecido fue todo un espectáculo. A partir de ahí, sus propios gustos le llevaron a buscar otras reclusas. Había algo especialmente satisfactorio en vengarse de quienes le habían rechazado. Allí, en aquel lugar, él era Dios.

Y ahora, por fin, se estaba vengando de Guildford. Soltó una carcajada mientras se quitaba la camisa. Ese pobre diablo jamás sabría lo que había pasado con su insulsa amante, y tampoco su familia. Guildford habría recuperado el diamante, sí, pero ¿a qué precio?

Bamford sintió un cosquilleo inconfundible en la entrepierna. Cuando violara a Patience Shackleford aquella noche, imaginaría a Guildford obligado a presenciarlo.

—¿Cómo demonios has hecho eso? —susurró Bess, asomando la cabeza por la puerta abierta como si esperase encontrar un mundo mágico al otro lado.

—No importa —respondió Patience—. Tenemos apenas unos minutos antes de que regrese la señora Trenchant. Si empujamos la mesa contra la puerta, ganaremos algo de tiempo. Vamos.

Con ayuda de las demás, arrastró la mesa hasta la puerta por la que habían salido sus carceleros.

—¿Y adónde se supone que iremos? —preguntó Kate entre jadeos, mientras empujaban.

Patience no llegó a responder, interrumpida por el siniestro giro de una llave en la cerradura.

Desesperada, Patience tomó la segunda vela de la repisa y corrió hacia la habitación más oscura del fondo. Las otras mujeres no discutieron; la siguieron, mientras ella miraba atrás, pendiente de la puerta atrancada. En cuanto Cavendish notó resistencia al empujar, soltó un bramido y arremetió contra la madera con el hombro. La mesa comenzó a deslizarse por el suelo, chirriando con fuerza.

—Maldita sea... —murmuró Patience, dándose cuenta de que el obstáculo no detendría al gigante más que unos segundos. De pronto, Beatrix se abalanzó hacia delante y le arrebató a Patience la vela de la mano. Gritando como una posesa, la hundió en el cabello de Cavendish en cuanto este asomó la cabeza por la rendija. Con un rugido, él retrocedió, con el pelo echando humo.

Beatrix lanzó la vela hacia la mesa con un sollozo histérico. Esta rebotó y cayó al suelo, donde la capa de juncos secos prendió al instante. Patience, con los ojos ya escociéndole por el humo, agarró la mano de Beatrix y la arrastró hacia la puerta junto a la que se refugiaban las demás. La corriente de aire que llegaba de las estancias vacías avivó las llamas y, en medio minuto, la mesa ardía con violencia.

—¡Vamos! —exclamó Patience, empujando a sus compañeras y cerrando la puerta tras ellas. La luz mortecina que se filtraba por las pequeñas ventanas apenas permitía ver, y perdieron preciosos segundos tanteando la siguiente puerta. El humo comenzaba a colarse bajo la hoja cuando, por fin, Patience logró forzar la cerradura. Todas se precipitaron hacia otra estancia. Kate fue la primera en llegar.

—Está cerrada —gimió, mirando a Patience.

Ya podían oír los rugidos furiosos de Cavendish al intentar apartar la mesa en llamas para entrar en el comedor. Patience se agachó, tratando de ignorar el olor acre y el estruendo, y se concentró. Si no lograba abrir esa cerradura, todas morirían allí dentro.

—Maldita sea —bufó Max, al darse cuenta de que el olor a humo procedía justo del otro lado de la puerta que tenían delante.

—Tenemos que encontrar otra entrada —masculló Adam—. Si las habitaciones tras esta puerta están en llamas, puede que no podamos cruzar.

—¡Rayos y centellas! —soltó el reverendo, negando con la cabeza. Alzó la vista hacia el cielo, cada vez más oscuro—. Si tienes alguna idea ahí arriba —musitó en voz baja, casi esperanzado—, ahora sería un buen momento de iluminarme.

Estaban a punto de desandar el camino cuando, de pronto, Nicholas se detuvo y levantó una mano. En el silencio que siguió, todos pudieron escuchar gritos y golpes.

—Alguien está atrapado dentro —dijo Malcolm, poniendo voz al temor de todos.

—¡Patience! —bramó el reverendo Shackleford, presa del pánico. En respuesta, los gritos del interior se intensificaron.

—Está ahí —gruñó Max. Sin más, retrocedió y lanzó una fuerte patada contra la puerta. Sonó un crujido ominoso, pero la cerradura aguantó. Sin detenerse, Max volvió a golpear la madera; esta vez cedió un poco y, a la tercera patada, con una violencia feroz, la puerta se abrió de par en par.

Max fue el primero en entrar, justo a tiempo para ver a Patience cruzar a la carrera una puerta al otro lado de la estancia. En cuanto ella lo vio, rompió a llorar.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —sollozó, corriendo hacia él.

—¿Estás b...? —empezó a decir Max, pero no pudo terminar su pregunta, porque Patience se lanzó sin vacilar a sus brazos. Al apretarla contra sí, Max dejó escapar un gemido ahogado y miró por encima de su cabeza, divisando a las otras cuatro figuras que huían del humo tras ella.

—Max, sáquela fuera —ordenó Nicholas, que avanzaba hacia las mujeres aterrorizadas—. Por aquí —tronó, intentando guiar a las recién liberadas hacia la salida. El pánico, sin embargo, las mantenía ancladas en el sitio.

—Pero ¿quién demonios sois vosotros? —acertó a preguntar una de ellas.

—No hay tiempo —dijo Nicholas—. ¿Podemos dejar las presentaciones para después?

—Somos agentes de Dios —proclamó el reverendo con su mejor voz de condena y salvación. Se adelantó al duque, juntando las manos en actitud orante—. El Altísimo nos envía para ayudaros.

—Madre mía, si es un vicario de verdad —susurró Lolly, atónita. No alcanzaba a comprender por qué Dios mandaría a un clérigo para socorrer a alguien como ella; dejando de lado su último oficio, lo más cerca que había estado de una iglesia era..., bueno, nunca. Y aun así, no pensaba tentar a la suerte riéndose de la intervención divina, menos aun cuando el mismísimo Todopoderoso podía cambiar de idea en cualquier momento. Sin más dilación, se volvió para empujar a sus compañeras asustadas hacia la entrada, visible a la luz de la luna.

—¡Dios le bendiga! —gritó Bess con fervor mientras desaparecían escaleras arriba.

Para entonces, el humo negro ya inundaba la estancia, acompañado del crepitar cada vez más cercano de las llamas.

—¡Tenéis que salir ya! —gritó Malcolm desde el pie de las escaleras —. ¡El techo podría venirse abajo en cualquier momento!

A ninguno de los tres les hizo falta más advertencias; comenzaron a retroceder lo más rápido que pudieron. Pero justo entonces, el humo se abrió de pronto a sus espaldas, dejando ver una figura gigantesca. Con media cara quemada, el gigante, que se abalanzaba hacia ellos rugiendo, parecía surgido del mismísimo infierno de Dante.

—Rayos y centellas... —murmuró el reverendo, paralizado por el horror.

—¡Augustus! —gritó Nicholas—. ¡Muévase! —Esa orden bastó para sacar al clérigo de su parálisis, pero para entonces el monstruo ya casi estaba encima de él. De pronto, un disparo quebró el aire y, al mirar hacia atrás, el reverendo vio el humo saliendo de la pistola de Adam. Cuando volvió a mirar al frente, Augustus Shackleford contempló impotente cómo el gigante caía lentamente a sus pies.

CAPÍTULO 23



Nicholas agarró al reverendo por el hombro y lo empujó escaleras arriba. Ambos salieron al aire libre tosiendo sin remedio.

—¡Padre! —exclamó Patience, acercándose a su progenitor llena de preocupación.

—Estoy bien —masculló el reverendo—. No te preocupes tanto. No es la primera vez que me disparan, ¿sabes?

—No le he disparado a usted —gruñó Adam, negando con la cabeza.

—Buen apunte —concedió el reverendo—. Menos mal que no eres mal tirador.

Adam esbozó una sonrisa.

—De nada —respondió, haciendo una leve reverencia.

—Pero aún no estamos fuera de peligro —intervino Nicholas en tono sombrío, poniendo fin a cualquier atisbo de humor—. Somos diez, y el carruaje solo tiene sitio para seis, como mucho. —Hizo una pausa y añadió en voz baja—: Y no sabemos dónde está Bamford.

—Que el diablo se lleve a ese granuja —gruñó Malcolm.

—Ojalá lo hiciera —secundó el duque con sequedad.

—¿No podríamos usar su, siempre que él no esté dentro? —sugirió Adam.

—¿Creéis que sabe que su casa está ardiendo? —preguntó Max, frunciendo el ceño al ver cómo las llamas empezaban a asomar por las ventanas traseras.

—Bueno, si no lo sabe, está a punto de enterarse —murmuró Nicholas, pensativo—. Daremos la vuelta hasta el frente de la casa —decidió al cabo—. Con un poco de suerte, Bamford seguirá dentro y podremos tomar prestado su carruaje mientras está ocupado en otras cosas.

Avanzaron con sigilo hasta la fachada principal. Al girar la esquina, el carruaje de Bamford y los caballos seguían allí. Minutos después, alcanzaron el coche y, tras lanzar una ojeada a las ventanas silenciosas, el duque abrió con cuidado la puertezuela más alejada del edificio. Aún no se apreciaba rastro del fuego que consumía la parte trasera de la casa, así que solo les quedaba confiar en que Bamford continuase ignorante de la situación.

Adam comenzó a ayudar a las mujeres a subir al carruaje lo más silenciosamente posible.

—¿Alguna de vosotras sabe conducir esto? —les preguntó, sin demasiada esperanza.

—Mi padre era cochero —respondió Lolly, tan tranquila—. Sé perfectamente lo que hay que hacer. —Saltó al pescante y le dedicó una sonrisa al sorprendido conde.

—Ahora te toca a ti, Patience —dijo Adam.

Pero su cuñada negó con terquedad.

—Lady Edith, la prima de Felicity, sigue dentro —informó—. No podemos marcharnos sin ella.

Nicholas frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes? ¿La has visto?

—Está allí dentro —intervino Lolly desde el pescante—. Bamford hizo todo este maldito montaje para esconder a su esposa de miradas indiscretas. —Soltó una risa amarga—. El resto solo servíamos de entretenimiento adicional.

El duque suspiró, apretando la mandíbula. Se acercó al carruaje, encendió los faroles y le dio a Lolly la dirección de su residencia en Bath.

—Dile al mayordomo que vas de parte del duque de Blackmore —añadió antes de apartarse.

Lolly asintió y, segundos después, el carruaje se alejaba traqueteando hacia la entrada.

—Dudo mucho que Su Señoría no vea cómo su carruaje desaparece por el maldito camino —observó Max—. Me temo, caballeros, que vamos contrarreloj.

Un estruendo repentino les sorprendió a todos, subrayando la advertencia del marqués. Las llamas empezaron a asomar por un gran boquete en el tejado.

—Ya no tenemos tiempo —gruñó Adam—. Si no sacamos a la esposa de Bamford ahora, morirá abrasada.

Un nuevo estallido retumbó en el aire y Adam, Nicholas, Max y Malcolm echaron a correr hacia la escalinata de la entrada.

Justo al llegar al pie de las escaleras, la puerta principal se abrió de golpe y apareció la figura oronda del conde de Bamford, deformada por el resplandor anaranjado de las llamas.

—Mierda... —murmuró el escocés.

—¡No os mováis! —bramó Bamford, blandiendo una pistola con el rostro demudado.

—¿Cómo vamos a evitarlo? —susurró Adam.

—¡¿Dónde está su esposa, Bamford?! —gritó Max—. Le juro por Dios que, si permite que muera, haré que todo el mundo sepa el miserable que es.

—Tú... —escupió Bamford, alzando la pistola y apuntando directamente al marqués.

—No sea insensato, Bamford —replicó Nicholas, helado—. Ya tiene bastantes problemas, no añada un asesinato a su lista.

—¿Y qué importa uno más? —dijo una voz femenina desde el umbral.

Antes de que el conde pudiera reaccionar, una figura emergió entre el humo y le propinó al conde un empujón que lo lanzó escalones abajo. El hombre rodó, gritando, hasta quedar hecho un ovillo al pie de la escalinata.

—¿Está muerto? —preguntó Malcolm.

Nicholas se agachó y le dio la vuelta al cuerpo.

—Sigue respirando —anunció sin emoción.

Todos alzaron la vista hacia la figura menuda que bajaba la escalinata. Al llegar al último peldaño, la condesa de Bamford contempló el cuerpo inmóvil de su marido.

—Sigue con vida, milady —informó Nicholas—. ¿Desea que hagamos algo por él?

—¿Pueden salvarlo? —preguntó ella con voz serena.

El duque miró a Malcolm.

—Tal vez —musitó el escocés.

—Entonces les ruego que hagan cuanto puedan —respondió lady Bamford—. No deseo llevar la muerte de este hombre sobre mi conciencia, si puedo evitarlo.

Malcolm asintió.

—Habrá que llevarlo de vuelta a Bath —aconsejó—. ¿Hay algún otro medio de transporte aquí?

—En el establo hay un viejo faetón —dijo la condesa—, pero no quedan caballos.

—Yo iré con Merlin a buscar ayuda —se ofreció Adam.

—Dudo que este bastardo siga vivo cuando regreses —apuntó Malcolm—. Será mejor tratarlo aquí mismo. ¿Me dice dónde está el establo, milady?

La condesa asintió. Un estruendo más los interrumpió: el tejado se había desplomado por completo. Todos se giraron para contemplar la destrucción final de Farfield Place.

—A pesar de todo, aquí he sido razonablemente feliz —musitó lady Bamford—. Habría aceptado quedarme hasta mis últimos días si él no hubiera decidido encerrar a otras personas contra su voluntad —declaró mirando de nuevo el cuerpo inconsciente de su marido.

Patience se acercó junto a su padre.

—Su prima Felicity ha estado buscándola —le dijo ella, tocando el brazo de la condesa con ternura.

Edith alzó la mirada, mostrando emoción por primera vez.

—¿No me han olvidado, entonces? —susurró.

Patience negó con la cabeza, conteniendo las lágrimas.

—¿Quiere que le administre al conde la extremaunción, milady? —preguntó el reverendo.

—¿Para qué? —respondió la condesa—. Creo que todos sabemos exactamente adónde va a ir mi marido.

Contra todo pronóstico, Bamford sobrevivió a la caída, aunque el resto de su vida dependería por completo de su esposa. No quedó nada de su asilo privado, y las antiguas internas encontraron refugio con lady Bamford en su residencia de Bath, durante todo el tiempo que quisieran. Y si la condesa sentía cierta satisfacción al ver que quienes cuidaban ahora de su marido eran sus antiguas víctimas, nadie podría reprochárselo, y mucho menos ellas.

El reencuentro de la condesa con su prima Felicity fue de lo más emotivo. De toda la familia, solo quedaban ellas dos. Edith le agradeció entre lágrimas que nunca se hubiera dado por vencida en buscarla, y Felicity solo negó con la cabeza y abrazó a la frágil condesa, fundiéndose ambas en un llanto silencioso.

Dos días después de su regreso de Farfield Place, Patience seguía en Bath. No solo eso, sino que además estaba de nuevo confinada en su dormitorio.

Esta vez, sin embargo, aguardaba impaciente a que la llamasen para bajar al salón, como sabía que ocurriría. Se había puesto su viejo vestido, convencida de que, si Guildford la amaba de verdad, poco le importaría su aspecto. Tras una espera que le pareció interminable, el momento llegó por fin.

Al acercarse a la puerta cerrada, advirtió que un silencio absoluto reinaba al otro lado. De hecho, habría podido oír caer un alfiler, si a alguien se le hubiera ocurrido dejar caer uno. Patience vaciló un instante en el umbral, preguntándose si había perdido el juicio, pero, cuadrando los hombros, empujó la puerta y entró decidida.

Como siempre, el marqués consiguió dejarla sin aliento. A diferencia de ella, iba impecablemente vestido, con la levita y los pantalones ceñidos como si se los hubieran moldeado sobre la piel. Su rostro rivalizaba con el mismísimo David de Miguel Ángel, y Patience se preguntó si alguna vez llegaría a cansarse de contemplarlo.

Pero lo más increíble de todo era la forma en que él la miraba, como si en sus ojos se hallasen todos los secretos del universo. Sin poder

evitarlo, Patience le dedicó una amplia sonrisa. Más sorprendente aún, Maximilian Wolverton, décimo marqués de Guildford, se la devolvió.

—Ya sabes de qué va todo esto, Patience —dijo el reverendo Shackleford, con uno tono resignado. Al fin y al cabo, era la quinta vez que se veía en esa situación.

Su hija apartó la mirada un instante del marqués y asintió, con los ojos brillantes.

—Entonces, ¿vas a casarte con este condenado individuo o no? —preguntó su padre, claramente ansioso por dar el asunto por concluido.

Patience no respondió. Caminó hacia Max sin apartar los ojos de los suyos. Cuando estuvieron lo bastante cerca, el marqués extendió la mano y le acarició el rostro con delicadeza.

—¿Renunciarías a tu libertad por mí? —le preguntó él en un susurro casi inaudible.

—La libertad de la que hablas es más un estado mental que otra cosa —le respondió ella con otro murmullo—. Jamás abandonaré mi independencia y, desde luego, discutiremos como perros y gatos por culpa de esta. —Alzó la mano y le acarició el rostro a su vez—. Pero ni yo sería tan necia como para dejar escapar lo que tenemos juntos.

—¿Y qué pasa con esa cómoda oscuridad que querías? —le preguntó Max, alzando una ceja con gesto irónico.

—Teniendo en cuenta que, a estas alturas, casi todo el mundo me considera un caso perdido —respondió Patience, divertida—, creo que no nos va a faltar. —Sus labios se curvaron en otra sonrisa—. Siempre y cuando no se te ocurra encerrarme, por supuesto. —Su sonrisa se ensanchó hasta que acabó soltando una carcajada—. Aunque no tengo ni idea de cómo vas a explicarle esto a Su Majestad, la reina Carlota.

Fin

NOTA DE LA AUTORA



Como probablemente habréis adivinado, el príncipe regente no mandó construir un mausoleo en Bath expresamente para acoger los restos de sus amigos más cercanos, aunque el resto de los elementos sobre su vida son, en su mayoría, ciertos.

El diamante de la Gran Tabla existe en realidad y en origen superaba los doscientos cincuenta quilates. Sin embargo, se cree que fue dividido en dos diamantes más pequeños, no en tres como se narra en la novela. Esas dos gemas se conocen como Daria-i-Nur y Nur-al-Ain y, hasta donde yo sé, aún se conservan tan deslumbrantes como siempre en el Tesoro Nacional de Joyas, dentro del Banco Central de Irán, en Teherán.

Naturalmente, Sepideh es solo fruto de mi imaginación...

Si deseas leer más sobre la historia de la Gran Tabla, puedes hacerlo en el siguiente enlace:

Wikipedia - La Gran Tabla

Una última reflexión: en la sociedad actual, quizá a Patience se le habría diagnosticado autismo. Muchos de sus peculiares rasgos los comparten personas dentro del espectro autista (aunque, en

realidad, todos tenemos algún rasgo peculiar y, siendo sinceros, ¿qué significa «lo normal»?). Sin embargo, pensar que todas las personas autistas son iguales es como afirmar que todos los nacidos en un país comparten el mismo carácter.

No cabe duda de que el autismo existía en el siglo XIX, aunque quizá no se manifestaba con la misma frecuencia. Eso sí, en aquella época, se veía con una falta de comprensión y sensibilidad que nada tiene que ver con la visión de hoy.

Mi maravilloso nieto es autista y, aunque sin duda es «diferente» y percibe el mundo de otra manera, resulta increíblemente enriquecedor descubrir la vida a través de sus ojos.

A veces solo necesitamos mirar el mundo desde una perspectiva distinta para darnos cuenta de lo asombrosas que son las personas con autismo...

CONTACTA CONMIGO



Muchísimas gracias por leer *Patience*. Espero de corazón que lo hayas disfrutado.

Si quieres contactar conmigo, estaré encantada de saber de ti. No dudes en escribirme a través de mi página de Facebook o de mi sitio web:

Facebook: Beverley Watts – Romantic Comedy Author

Sitio web: www.beverleywatts.com

Si quieres ser de los primeros en enterarte cuando se publique el próximo libro de «Las hermanas Shackleford», suscríbete a mi boletín y te mantendré al día de todas mis novedades.

Únete a mi boletín aquí: Suscribirse

Y, por último, muchísimas gracias por dedicar tu tiempo a leer esta historia. Si te apetece leer un adelanto de *Charity*, la sexta entrega de la serie «Las hermanas Shackleford», solo tienes que pasar la página...

CHARITY



Sentado en su mesa habitual de la posada Red Lion, el reverendo Shackleford apuró un buen trago de su jarra de cerveza negra y se felicitó, no solo por tener ahora cinco yernos influyentes —y, para qué negarlo, muy ricos—, sino porque sus arcas iban engordando a buen ritmo. Pronto habría suficiente dinero para asegurar que Anthony pudiera abrirse camino en la alta sociedad, con recursos propios y no como un pariente pobre. Aunque, siendo sinceros, no era ninguna deshonra ser el pariente pobre de un duque, un conde, un marqués y un vizconde.

Ahora, con doce años, el muchacho recibía clases cada día en Blackmore, junto a Peter, el hijo de Nicholas y Grace. Todo iba sobre ruedas, salvo por el pequeño detalle de que, según el preceptor, Anthony no era precisamente la mejor influencia para el heredero de seis años del ducado de Blackmore.

Augustus Shackleford frunció el ceño, notando cómo se agriaba un poco su buen humor. La verdad, Anthony era demasiado espabilado para su edad. Tampoco era de extrañar, si consideraba que había crecido a la zaga de sus ocho hermanas, que siempre andaban tramando algo y nunca se preocupaban lo más mínimo por las apariencias.

Suspiró y volvió a levantar la jarra. Había sido un camino largo y lleno de tropiezos, y no podía evitar la sensación de haberlo recorrido casi siempre a la pata coja. Pero ya solo le quedaban tres hijas solteras, y estaba convencido de no haberlo hecho tan mal.

Claro que le inquietaba que, a sus dieciocho años, ni Charity ni Chastity mostraran el menor interés en casarse. Pero dejando a un lado la sinceridad excesiva de Charity, estaba seguro de que ambas eran más que aceptables en cuanto a belleza, y albergaba la esperanza de que al menos una de ellas se atreviera a probar suerte en la Temporada londinense.

El reverendo Shackleford dio otro trago, convencido de que, tarde o temprano, alguno de sus yernos terminaría pagando los gastos de la presentación en Londres de las gemelas.

De forma inevitable, sus pensamientos volvieron a Prudence, y un leve escalofrío le recorrió la espalda antes de sobreponerse. La muchacha tenía dieciséis años, así que aún tenía tiempo de encauzarla. El señor Shackleford apartó de inmediato esos pensamientos, no fuera a acabar con una úlcera, y centró su atención en su único hijo varón.

Anthony, al fin y al cabo, se comportaba como cualquier chico: ponía a prueba los límites, como corresponde a cualquier joven caballero que se precie. Aunque, para ser justos, no conocía a ningún caballero de la edad de su hijo para poder confirmarlo. Volvió a pensar en sus hijas. Ellas no es que hubieran tanteado los límites: sencillamente, los habían ignorado por completo. Pero a los muchachos se les suponía revoltosos, y pensaba hablar con Anthony, de hombre a hombre, esa misma tarde.

La verdad era que sentía que el Altísimo por fin iba a recompensarle por tanta dedicación. Haciendo un gesto al posadero, el reverendo decidió premiarse con un pudin de carne y riñones, convencido de que ya había pasado lo peor.

Aquel mes de febrero se presentaba insólitamente cálido: los narcisos y los azafranes silvestres ya florecían en los setos y los campos de Blackmore. Nada que ver con la guerra sangrienta que llevaba asolando Europa más de veinte años. Pero, por primera vez, se vislumbraba la luz al final del túnel. En octubre, Napoleón había sido derrotado en Leipzig, lo que auguraba el derrumbe del imperio francés al este del Rin. El autoproclamado emperador se replegaba hacia París, acosado por las tropas de Rusia, Prusia, Austria y Suecia. Los periódicos aseguraban que el duque de Wellington ya estaba en el suroeste de Francia, tras expulsar a los franceses de España, y avanzaba directo hacia París. Ya casi daban la guerra por terminada.

Grace observó cómo el carruaje de su esposo desaparecía por las verjas de la finca de Blackmore. A pesar de llevar casi ocho años casada con Nicholas, nunca se acostumbraba a esas ausencias impuestas y, en el fondo, sabía que él sentía lo mismo.

En esta ocasión, la situación en Europa le obligaba a marcharse, pero al menos las noticias eran buenas. Napoleón estaba en retirada y parecía solo cuestión de tiempo que se viera forzado a abdicar. Nicholas había sido convocado a una reunión urgente de los lores en Westminster.

No era tan grave. Nicholas estaría fuera unas semanas, pero ella se reuniría con él en Londres poco después. De hecho, casi toda la familia iba a encontrarse por primera vez desde la boda de Patience con el marqués de Guildford, hacía dieciocho meses.

Tras aquel enlace, la frialdad que la reina Carlota había mostrado siempre a los Shackleford quedó en el pasado. Más sorprendente aún fue el cariño inesperado que Su Majestad le tomó a Patience.

Grace, sentada junto al fuego, no pudo evitar una sonrisa. Aunque su hermana casi nunca pretendía ser graciosa, en cierta ocasión le soltó a la reina que el Mayordomo Mayor le recordaba a Freddy, su sabueso.

Así que, allí estaban todos, de nuevo gozando del favor de la reina. Por ahora...

Los únicos ausentes en la reunión londinense serían su hermana Faith y Roan, ya que aquella acababa de tener una niña. Por eso, Grace había decidido aprovechar dos de las cuatro semanas lejos de su marido para visitar Torquay y conocer a su nueva sobrina.

La duquesa miró a su hija, que andaba limpiando los cristales del salón con una servilleta. Grace frunció el ceño ante las manchas que dejaba la niña en el vidrio, pensando que la misma servilleta había servido minutos antes para quitarle los restos de pastel de chocolate de los dedos.

Jennifer, que estaba a punto de cumplir tres años, ya empezaba a mostrar rasgos inquietantes, muy propios de las mujeres de su familia. Grace negó con una sonrisa resignada. La verdad, Nicholas era demasiado blando con la pequeña.

Un golpe repentino en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—Adelante —dijo, sirviéndose otra taza de té.

La puerta se abrió y apareció Jimmy, el chico para todo de su marido... o eso suponía ella, porque nadie parecía saber muy bien qué hacía realmente Jimmy para Nicholas. Cuando se le preguntaba, el duque solía reír y guiñar un ojo. Grace sabía que su esposo le tenía un especial cariño y sospechaba que le mantenía cerca para evitar que se metiera en líos. Y, gracias a ese patronazgo, la madre viuda del muchacho tenía siempre la despensa llena.

Grace observó al joven, que se quitó la gorra con educación. En realidad, Jimmy ya no era ningún niño. Con casi dieciocho años, el pelo color del oro viejo y los ojos azul aciano, ya llamaba la atención de todas las jóvenes solteras en varios kilómetros a la redonda.

—Con el permiso de Su Excelencia —murmuró Jimmy—, la señorita Charity me ha encargado entregarle esta nota. —Le tendió un sobre —. Ha insistido en que solo podía dársela a usted.

Grace frunció el ceño y tomó la carta, preguntándose si su hermana habría tenido algún problema. Lo cierto era que todo había estado sorprendentemente tranquilo en la vicaría desde la boda de Patience. Si las gemelas tramaban algo, lo mantenían muy bien oculto. Pero, a sus dieciocho años, ya eran mujeres hechas y derechas, y parecía lógico dejar atrás las travesuras infantiles. Mientras rompía el sello, Grace decidió ignorar la vocecilla que le advertía que ser adulta no le había quitado del todo el gusto por un buen embrollo.

—¡Maldita sea! —exclamó al leer el contenido.

Las gemelas podían considerarse ya adultas, pero ni Charity ni Chastity habían mostrado nunca el menor deseo de participar en la Temporada londinense, ni en ninguna otra. Y aunque deseaba verlas bien casadas, Grace había aprendido la lección con Patience: obligar a alguien por la fuerza rara vez salía bien. Que la jugada les saliera bien aquella vez fue, desde luego, cosa del azar y no de ninguna maquinación suya ni de Tempy. Aun así, confiaba en que, con un poco de tiempo, las gemelas cambiarían de opinión.

Sin embargo, al leer la nota, no pudo evitar pensar que, quizá esta vez, su prudencia se le habría vuelto en su contra.

—El amor verdadero no conoce barreras —declaró Chastity con aire dramático, posando la mano sobre el pecho, a la altura del corazón.

—No digas bobadas —bufó Charity—. Si solo has hablado con él del maldito tiempo. —Hizo una pausa y apretó los dientes, frustrada. Quería mucho a su gemela, pero esa tendencia de Chastity a ver un romance en cualquier hombre menor de sesenta y en posesión de sus propios dientes era para perder la paciencia. Charity se dejó caer en el diván del salón, que normalmente ocupaba su madrastra Agnes. Por suerte, esa tarde había decidido echarse la siesta en su dormitorio, cosa de agradecer, dado el tema de conversación—. Y además —prosiguió Charity, ya al borde de la desesperación—, la

persona de la que hablas vive en una casita de una sola habitación, con su madre y tres hermanas.

Chastity frunció el ceño.

—¿De veras?

Charity asintió, preguntándose si por fin lograría hacerle entrar en razón. En realidad, habría preferido que su hermana aceptara pasar la Temporada en Londres. Con su romanticismo, seguro que acababa encontrando, si no un lord, al menos alguien con medios suficientes.

Por desgracia, la negativa de Charity a participar en el mercado matrimonial había hecho que su hermana menor se sacrificara con gran nobleza a la soltería. Y esa supuesta nobleza había venido acompañada de proclamas teatrales: que prefería morir antes que renunciar al hombre que, entre otras lindezas, era «lo más cercano a su corazón; su otra mitad; el sol de su luna; la noche de su...». A esas alturas, Charity ya no la escuchaba.

Suspiró resignada. De las dos, Chastity era la más predispuesta para el matrimonio. Pero empezaba a parecer que la única manera de que la pobre insensata encontrase un hombre medianamente adecuado era que ella misma accediese a asistir a la dichosa Temporada en Londres junto a su gemela.

Charity frunció el ceño, al darse cuenta de que Chastity le estaba hablando otra vez.

—Pues el señor Timson me informó de que le habían ofrecido un destino en Brixham —comentó Chastity—. Insistió mucho en que la oferta incluía un pequeño apartamento.

Charity frunció el ceño. Si su hermana había llegado a mantener una conversación de verdad con el odioso sapo de Obadiah Timson, la situación era aún peor de lo que imaginaba.

—¿Y cuándo has tenido tú esa conversación con el señor Timson? —le preguntó Charity, procurando que su tono sonara ligero y natural,

aunque por dentro sentía un nudo en el estómago. Al ver que su hermana se sonrojaba, a Charity se le cayó el alma a los pies.

—Simplemente dimos un paseo después de salir de la iglesia, el domingo —admitió Chastity.

—Tú dijiste que ibas a llevarle un trozo de tarta de manzana a la señora Peterson, en el pueblo —la acusó Charity.

—Eso hice —replicó Chastity—. Y el señor Timson tuvo la amabilidad de acompañarme.

Charity contempló a su hermana con horror.

—Pero ¿en qué estabas pensando, Chastity? —le espetó, esforzándose por no perder la calma—. Padre va a enfurecerse en cuanto lo sepa. Bastante suerte tendrás si no te encierra en el desván durante seis meses. ¿Es que has perdido el poco juicio que te queda?

—Yo más bien diría que será más probable que te mande a la Residencia para Mujeres Descarriadas de la señora Brandreth —dijo una voz desde la puerta.

Ambas hermanas se giraron y vieron a Prudence, que entraba tranquilamente en el salón y se servía una galleta de la bandeja.

—¿No se suponía que ibas a buscar a Anthony a Blackmore? —le espetó Charity con sequedad.

—He visto un anuncio de ese establecimiento en el despacho de padre —prosiguió Prudence, haciendo caso omiso a la pregunta de su hermana.

—¿Qué anuncio? Yo jamás he oído hablar de ese sitio —replicó Charity, en un tono sarcástico que no lograba ocultar del todo su inquietud.

—Te obligarán a fregar suelos desde el amanecer hasta la noche, y solo te darán pan y agua antes de mandarte a la cama. Un poco

como aquel horrible lugar donde encerraron a Patience.

—No digas disparates, Pru —protestó Charity—. Ese sitio no existe.

Prudence se encogió de hombros y cogió otra galleta.

—Puedes comprobarlo tú misma —sugirió—. El panfleto está encima de su escritorio.

—¿Y qué hacías tú en el despacho de padre? —inquirió Chastity, tratando de espantar de su mente imágenes de cepillos y cubos de fregar.

—Estaba buscando a Freddy —respondió Prudence con toda naturalidad—. Pensaba llevármelo para ir a recoger a Anthony.

—Estoy segura de que sabes perfectamente que padre está en el Red Lion y que seguramente tendrá a Freddy con él —replicó Charity, lanzando a su hermana una mirada desafiante.

—Pues eso te da tiempo de sobra para hacer desparecer el panfleto del escritorio de padre, ¿no te parece? —declaró Prudence con una sonrisilla traviesa, antes de salir de la habitación.

—No deberíamos haberlo cogido —susurró Chastity, una hora después. Estaban sentadas en su dormitorio, con el dichoso anuncio desplegado sobre la cama.

—No entiendo por qué susurras —gruñó Charity—. Nadie puede oírte. Y, además, ¿de veras quieres arriesgarte a que...? —Hizo una pausa y leyó el papel sobre la colcha—. ¿A «desterrar los malos pensamientos gracias a la oración y el trabajo duro»?

Chastity negó con la cabeza, muda, mientras su hermana se recostaba sobre los talones.

—Bueno, si padre se entera de lo de Obadiah Timson, más te vale ir preparando las rodillas, porque te van a salir callos de tanto rezar. —Charity sabía que estaba siendo dura. También sabía que la idea de

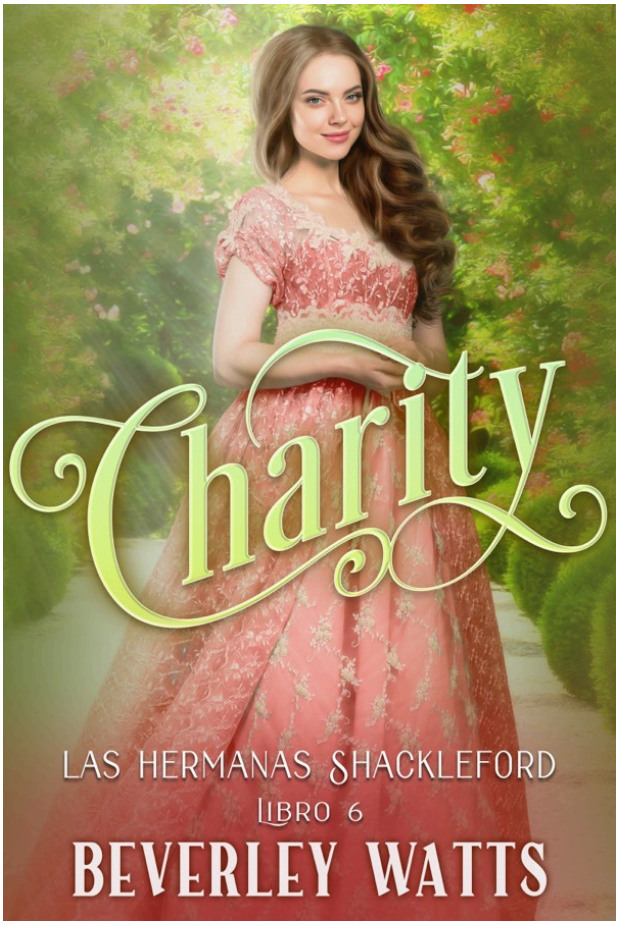
que su padre pudiera enviar a una de sus hijas a una residencia para mujeres descarriadas era tan improbable como que casara a alguna de ellas con Percy. Frunció el ceño. Aunque el panfleto seguía en su escritorio...

—¿Y ahora qué hacemos? —susurró Chastity, luchando por contener las lágrimas.

Charity suspiró y negó con la cabeza.

—Lo de siempre —murmuró—. Avisar a Grace...

SINOPSIS CHARITY



***Las hermanas Shackleford*, Libro 6**

Aunque todos considerarían a Charity Shackleford mucho más resuelta que su hermana gemela Chastity, ella estaba mucho menos dispuesta a hacer el ridículo. Algo que su gemela parecía estar haciendo con cada vez más frecuencia.

De hecho, cuando los detalles del último paso en falso de Chastity amenazan con traspasar los límites de Blackmore, parece que la única solución es alejarla de allí. Naturalmente, como siempre, Grace, la hija mayor y actual duquesa de Blackmore, será la encargada arreglar las cosas.

Sin embargo, justo cuando Grace se dispone a informar a su padre de su intención de llevarse a Chastity unos días a Torquay, donde vive su hermana Faith, el reverendo recibe un aviso urgente para asistir a la madre moribunda de Percy, su ayudante. Convencida de que su padre no es de fiar cuando se trata de mantenerse al margen de los problemas, ni siquiera el tiempo suficiente para administrar la extremaunción a nadie, Grace decide que Charity lo acompañe.

Pero en cuanto llegan al puerto comercial de Dartmouth, Charity se da cuenta de que nada es lo que parece. Y no tardará en confirmar que los temores de su hermana no eran exagerados cuando ella misma, su padre y Percy acaban atrapados en una oscura conspiración de contrabando y asesinato.

Solo la inesperada aparición del enigmático Jago Carlyon se interpone entre ellos y el peligroso cabecilla de la red de contrabandistas de Hope Cove. Mientras Charity lucha contra la atracción que siente por el apuesto hombre de Cornualles, ella deberá decidir si puede confiarle su corazón… e incluso su vida.

Charity es una lectura obligada para quienes disfrutan de historias llenas de ingenio, humor y un toque de pasión.

SERIE «LAS HERMANAS SHACKLEFORD»



Serie «Las hermanas Shackleford»

Libro 1 – **Grace**

Libro 2 – **Temperance**

Libro 3 – **Faith**

Libro 4 – **Hope**

Libro 5 – **Patience**

Libro 6 – **Charity**
Próximamente

Libro 7 – **Chastity**
Próximamente

Libro 8 – **Prudence**
Próximamente

Libro 9 – **Anthony**
Próximamente

Título original: Patience

Diseño de la portada: Midnight Muse

Tipografía: Covers By Karen

Edición en papel: 2025

© 2022, BaR Publishing

© 2025, BaR Publishing

© 2025 Rosa María Calvo Luque para Coralia Press, por la traducción

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes y hechos representados en ella son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, eventos o lugares es pura coincidencia.

BaR Publishing no se hace responsable de la permanencia o precisión de las URL de sitios web externos o de terceros mencionados en esta publicación, ni garantiza que el contenido de dichos sitios sea, o siga siendo, exacto o apropiado.

Las designaciones utilizadas por las empresas para distinguir sus productos suelen estar registradas como marcas comerciales. Todos los nombres de marcas y productos mencionados en este libro y en su cubierta son nombres comerciales, marcas de servicio, marcas comerciales y marcas registradas de sus respectivos propietarios. Ni la editorial ni el libro están asociados con ningún producto o proveedor mencionado en esta obra. Ninguna de las empresas referenciadas en el libro ha avalado esta publicación.

Gracias por comprar este libro y respetar las leyes del *copyright.*

SOBRE LA AUTORA



Beverley Watts pasó ocho años enseñando inglés como lengua extranjera a estudiantes militares internacionales en el Britannia Royal Naval College, el principal centro de formación de oficiales de la Marina Real en el Reino Unido. Para ella, en todo ese tiempo, no hubo ni un solo día aburrido y muchas de sus experiencias en el centro no solo fueron memorables, sino que también podrían ser dignos de aparecer en una novela. Su primera obra, *An Officer And*

A Gentleman Wanted, está inspirada, de forma muy libre, en sus aventuras en la academia.

Beverley disfruta especialmente escribiendo libros que hacen reír, y tiene en su haber dos series de comedias románticas, tanto contemporáneas como históricas, además de una serie de *cosy mystery* con un toque de humor.

Vive con su marido en un apartamento con vistas al mar en la hermosa Riviera Inglesa. Entre ambos tienen tres hijos adultos, dos preciosos nietos y un auténtico zoológico doméstico que incluye cuatro perros rescatados en Rumanía y de raza indefinida, llamados Florence, Trixie, Lizzie y Aggie. Hasta hace poco también compartían su hogar con una adorable *Chichon* llamada Dotty, que sirvió de inspiración para Dotty en *The Shackleford Diaries*.

Puedes descubrir más sobre los libros de Beverley en: www.beverleywatts.com